



ESCUELA DE CATEQUISTAS

Diócesis de Alcalá de Henares

FORMACIÓN SISTEMÁTICA

UNA BIOGRAFÍA DE LA FE DE LOS APÓSTOLES

P. Enrique Santayana C.O.

Descripción

La catequesis tiene su origen en la fe dada por los Apóstoles a Jesucristo y tiende a incorporar a los hombres a este acto de fe apostólico.

Para explicarlo haremos, primero, un recorrido histórico, desde los primeros encuentros de Jesús con Simón, Andrés, Santiago, Juan... hasta los comienzos de la predicación apostólica; luego, veremos cómo este principio determina la forma y el contenido de la catequesis de iniciación.

Este tema se enmarca en uno de los núcleos de la formación del catequista: el de los principios fundamentales de la catequesis

TEMA 1:

«VENID Y VERÉIS». LOS PRIMEROS PASOS DE LA FE DE LOS APÓSTOLES

I. INTRODUCCIÓN:

El Objetivo de esta asignatura es mostrar cómo la catequesis parte del acto de fe de los Apóstoles en la persona de Jesús y tiende a hacer partícipe a los catequizandos de esa misma fe.

El *Directorio General para la Catequesis* (DGC 66), dice a propósito de la relación entre catequesis y fe. Fe que ha de entenderse siempre como la fe apostólica:

La catequesis es, así, elemento fundamental de la iniciación cristiana y está estrechamente vinculada a los sacramentos de la iniciación, especialmente al Bautismo, «sacramento de la fe». El eslabón que une la catequesis con el Bautismo es la profesión de fe, que es, a un tiempo, elemento interior de este sacramento y meta de la catequesis. La finalidad de la acción catequética consiste precisamente en esto: propiciar una viva, explícita y operante profesión de fe.

[...] la auténtica catequesis es siempre una iniciación ordenada y sistemática a la revelación que Dios mismo ha hecho al hombre en Jesucristo [...]

Ya hemos dicho en algún otro encuentro que la finalidad de la catequesis es llevar al hombre a la comunión con Cristo. Aquí hemos leído que «la profesión de fe —es decir, profesar la fe apostólica, hacer propia esa fe de forma verdadera y pública— es la meta de la catequesis. Quizá a alguno le parezca una contradicción, ¿no habíamos dicho que la meta era la comunión con Cristo? —En realidad es lo mismo, porque la virtud de la fe es la que nos da acceso a Cristo y nos permite no sólo estar junto a él, sino entrar en comunión con él, en una relación de interioridad recíproca que no da la mera cercanía física. Por tanto, en el fondo, decir que «la meta de la catequesis es la profesión de fe apostólica» y decir que «la finalidad de la catequesis es la comunión con Cristo» es lo mismo.

Sólo subrayar dos cosas más del párrafo anterior del DGC: 1) la unidad que muestra sobre la liturgia y la catequesis en el proceso de la iniciación cristiana —de lo que hablaremos en otra asignatura—; 2) Cómo dice que la auténtica catequesis es una iniciación ordenada a la revelación que Dios ha hecho en Jesucristo.

Pero centrémonos en lo que decíamos de la fe de los Apóstoles. La catequesis busca a hacer al hombre partícipe de la fe que los apóstoles dieron a Jesús.

Pero la fe de los apóstoles en Jesús no es hecho puntual, sino que es un proceso, un camino. Nosotros queremos ver ese camino, es el camino que Cristo hace con ellos desde que les llama y les admite en su compañía hasta que les hace testigos de su muerte y de su resurrección, les envía a enseñar y a bautizar y les da de su Espíritu en Pentecostés.

¿Por qué nos interesa observar este camino de la fe de los Apóstoles? Varios son los motivos:

- En primer lugar porque al hacer este camino con los Apóstoles nos percataremos mejor de la naturaleza de esta y de los contenidos propios de esta fe que queremos transmitir.
- En segundo lugar, porque nosotros en la catequesis queremos que un hombre llegue a hacer suya la fe apostólica, llegue a unirse a la fe apostólica, para eso en la catequesis debemos introducirles en el mismo camino por el que Jesús llevó a los apóstoles.

Durante un tiempo prolongado —por el evangelio de Juan, sabemos que es de tres años— un grupo de discípulos acompaña a Cristo y participa de forma absolutamente cercana de su vida: viven con él, están con él, comen con él, caminan juntos, le oyen predicar, observan las cosas que hace... Entre este grupo de discípulos, el Señor «instituye» a los Doce, un grupo que participará de forma más cercana si cabe de su vida.

Hemos dicho que el Señor los «instituyó», porque realmente el Señor, en un momento determinado de ese camino de tres años, según nos cuenta san Lucas, después de pasar la noche «en oración a Dios» los llamó de forma solemne e instituyó un grupo que tendría después una misión determinada:

En aquellos días salió al monte a orar y pasó toda la noche en oración a Dios. Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos y de entre ellos eligió a doce, a los que denominó apóstoles: a Simón, a quien también llamó Pedro, y a su hermano Andrés, a Santiago, a Juan, a Felipe, a Bartolomé, a Mateo, a Tomás, a Santiago de Alfeo, a Simón, llamado Zelotes, a Judas de Santiago y a Judas Iscariote, que fue el traidor. (Lc 6,12-16)

El grupo de los Apóstoles es convocado y formado por Jesús con vistas a asociarlos a su ser más íntimo y a su misión, y así, a la fundación de la Iglesia como continuidad del mismo Cristo y de su obra a lo largo de los siglos.

Ahora nuestro propósito es comprender el camino de fe que hace con ellos, desde que los llama por primera vez a su compañía hasta que ellos pueden hacer una verdadera profesión de fe.

II. EL ITINERARIO DE LA FE APOSTÓLICA

El itinerario que vamos a hacer aquí no es exhaustivo. Un examen así requeriría un estudio muy concienzudo de los cuatro evangelios. Nosotros nos limitaremos a mostrar algunos momentos importantes de este itinerario en el Evangelio de San Juan. En este primer tema mostraremos los primeros pasos de la fe de los Apóstoles.

1. El testimonio de Juan Bautista

En el evangelio de san Juan encontramos que el itinerario de los discípulos lo inician dos que, antes eran discípulos de Juan el Bautista. Sobre este hecho me gustaría subrayar algunas cosas:

1.1. Juan Bautista se entiende a sí mismo como el paso de las «promesas» al «cumplimiento» y muestra como todo confluye en Jesús.

Los receptores inmediatos de todas las palabras y los gestos que hace Jesús son judíos, los herederos de las promesas veterotestamentarias. En ellos convergen toda la historia previa de Israel. Así podía ser tomado también Juan el Bautista.

Pero él es algo más y así es presentado por el evangelista Juan. Retoma en su predicación la gran promesa que atraviesa toda la Antigua Alianza y llama a la conversión, justamente por la inminencia de su cumplimiento. Retoma así toda la historia y toda la tradición anterior y la hace confluir en la persona de Jesús.

Retoma toda la promesa del AT: En el evangelio de san Juan, cuando le preguntan por su papel, encontramos que él asume este puesto que entronca con las profecías del AT. Este pasaje lo encontramos en las primeras palabras del Evangelio, justamente después del prólogo, lo cual ya es sintomático de la importancia que da Juan a esta especie de gozne entre las viejas promesas y la novedad de Cristo. En este mismo sentido, hay que subrayar que san Juan menciona por dos veces la figura de Juan en su famoso prólogo.

Éste es el testimonio de Juan, cuando desde Jerusalén los judíos le enviaron sacerdotes y levitas para que le preguntaran: «¿Tú quién eres?». Entonces él confesó la verdad y no la negó, y declaró: — Yo no soy el Cristo.

Y le preguntaron: — ¿Entonces, qué? ¿Eres tú Elías? Y dijo: — No lo soy. — ¿Eres tú el Profeta? — No -respondió.

Por último le dijeron: — ¿Quién eres, para que demos una respuesta a los que nos han enviado? ¿Qué dices de ti mismo?

Contestó: — Yo soy la voz del que clama en el desierto: «Haced recto el camino del Señor¹», como dijo el profeta Isaías.

Los enviados eran de los fariseos. Le preguntaron: — ¿Pues por qué bautizas si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el Profeta?

Juan les respondió: — Yo bautizo con agua, pero en medio de vosotros está uno a quien no conocéis. Él es el que viene después de mí, a quien yo no soy digno de desatarle la correa de la sandalia. (Jn 1,19-27)

Y muestra cómo todas las promesas desembocan en Jesús. Jesús es su cumplimiento y su plenitud, se enmarca en la tradición anterior pero trae con él un nuevo inicio. Todas las palabras del Bautista que recoge el cuarto evangelio van dirigidas a que los que le escuchan pongan su atención en Jesús, incluso antes de qué el aparezca en escena («en medio de vosotros está uno a quien no conocéis»). Y estas palabras tienen un doble sentido: mostrar a Jesús como *cumplimiento*² de las promesas de la Antigua Alianza y como su *plenitud*³ y, de esta forma, como un novedad, un nuevo inicio.

Nosotros hemos decidido de antemano, para simplificar nuestro camino, fijarnos en el evangelio de san Juan, pero todos los evangelistas muestran la conexión a través de la figura de Juan el Bautista y de su anuncio y a través de las primera predicación de Jesús entre la promesa veterotestamentaria (Mesías, Reino de los Cielos) y la persona misma de Jesús⁴.

¹ Cf. Is 40,3

² «Éste es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo»;

³ «Después de mí viene un hombre que ha sido antepuesto a mí, porque existía antes que yo». «Yo no le conocía, pero he venido a bautizar en agua para que él sea manifestado a Israel».

⁴ Al hablar de «la promesa», estamos en cierta forma simplificando lo que en el AT aparece con una multitud de matices distintos y con diversas figuras. Pero es un simplificar legítimo porque todas ellas confluyen en la persona de Jesús. Este converger de todas las promesas veterotestamentarias en una idea y en una persona que las sintetizaba se da antes de que Jesús comience su predicación. En los profetas hay una figura que sintetiza y personaliza todas las promesas: el Mesías, el Ungido. Y en la predicación de Juan Bautista, además de este Mesías, aparece otra expresión que está en relación con la figura del Mesías: «el Reino de los Cielos». Tema que se encuentra también en el núcleo de los comienzos de la predicación de Jesús. «En aquellos días apareció Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea y diciendo: — Convertíos, porque está al llegar el Reino de los Cielos. Éste es aquel de quien habló el profeta Isaías diciendo: Voz del que clama en el desierto: «Preparad el camino del Señor, haced rectas sus sendas»». (Mt 3,1-3). Y: «Desde entonces comenzó Jesús a predicar y a decir: — Convertíos, porque está al llegar el Reino de los Cielos» (Mt 4,17). Después de haber sido apresado Juan, vino Jesús a Galilea predicando el Evangelio de

Sigamos con el cuarto evangelio:

Al día siguiente vio a Jesús venir hacia él y dijo: — Éste es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Éste es de quien yo dije: «Después de mí viene un hombre que ha sido antepuesto a mí, porque existía antes que yo». Yo no le conocía, pero he venido a bautizar en agua para que él sea manifestado a Israel.

Y Juan dio testimonio diciendo: — He visto el Espíritu que bajaba del cielo como una paloma y permanecía sobre él. Yo no le conocía, pero el que me envió a bautizar en agua me dijo: «Sobre el que veas que desciende el Espíritu y permanece sobre él, ése es quien bautiza en el Espíritu Santo». Y yo he visto y he dado testimonio de que éste es el Hijo [o “Elegido”] de Dios. (Jn 1,29–34)

El hecho de que los dos primeros discípulos de Jesús hayan sido antes discípulos de Juan y que además lo sean, en parte, movidos por su indicación, son una referencia clara a como el AT es **un camino previo de fe que es necesario recorrer**. Debemos pararnos un momento a describir los puntos fundamentales de este camino previo de la fe de los apóstoles.

A) «**Yo soy el que soy**» (Ex 3,14): La afirmación de un único Dios y de que ese único Dios es el Dios verdadero y absoluto. Por lo tanto, único principio de todo lo que existe. En concreto: trascendente y, al tiempo, Creador. Aquí es bueno señalar que el gran contenido «catequético» de la creación en la Biblia no es el de la paternidad de Dios, tal como muchas veces se habla hoy de ella. El gran contenido es que no hay muchos dioses, sino sólo uno y absoluto, que por ser creador de todo, tiene todo en sus manos. O lo que es lo mismo: en el universo y en la vida del hombre hay un principio de todo, hay alguien que da razón de todo y el logro de la vida de un hombre no depende de mil factores diversos y desconectados, sino que el que la vida del hombre llegue a ser una vida lograda depende sólo de Uno. Hay un Único Necesario, *Unum necessarium*. Ya esto de por sí es una buena noticia, en relación al politeísmo, tanto en sus formas antiguas como en las modernas. Porque libera al hombre de la impresión

Dios, y diciendo: — El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está al llegar; convertíos y creed en el Evangelio” (Mc 1,14–15). En el evangelio según san Lucas, el anuncio del Mesías se centra en el asunto del Espíritu Santo, con el que debía ser ungido el Mesías definitivo: «El os bautizará con Espíritu Santo». Y vemos que en la primera predicación que recoge san Lucas, Jesús se aplica el pasaje de Isaías que aludía a esta unción: «El Espíritu del Señor está sobre mí». Por último, cuando el evangelio de Juan recoge el testimonio del Bautista de haber visto cómo Jesús era ungido con el Espíritu Santo, lo que hace es decir: He aquí al Mesías (ungido) prometido.

de vivir en medio de un caos, o de la lucha de poderes superiores a él que lo desgarran, y de la esclavitud a mil factores diversos de su vida.

B) **«El Señor pasó delante de él [de Moisés] proclamando: “Señor, Señor, Dios compasivo y misericordioso, lento a la cólera y rico en misericordia y fidelidad”»** (Ex 34,6) La afirmación de que el Dios Absoluto, es un ser **personal**, es **fiel** y es **misericordioso**. Que Dios sea un ser personal significa que el hombre podría establecer diálogo con él. El principio y el fin de todas las cosas no es una especie de verdad abstracta, o una realidad que sencillamente no “responde”. Imaginemos que fuese verdad el principio de los materialismos según el cual el principio de todo está en la materia, se entienda ésta de una u otra forma. Si eso fuese así, ¿podría el hombre llamar a la materia buscando auxilio? ¿Podría buscar en ella la permanencia de la relación de amor con su esposo o su esposa, con su hijo o con su amigo, más allá de la muerte? Además a lo largo de la historia de Israel se muestra que este Dios capaz de relación es fiel. Esto es, no varía, no es voluble ni caprichoso, ni su voluntad depende de circunstancias externas a él, ni siquiera de la respuesta del hombre, sino que su ser y su voluntad es una y la misma siempre. Si eso se compagina con que se muestra misericordioso⁵, que se proclama a sí mismo como tal (cf. Ex 34,6), con que es un Dios que se entrega a lo que es infinitamente más pequeño que él, tanto en el ámbito del ser como en el ámbito moral —el que entrega su corazón a los miserables—, nos encontramos con que a la buena noticia de que Dios es Uno, se añade que a él nos podemos dirigir con palabras tales como: «Levanto mis ojos a los montes, ¿de dónde me vendrá el auxilio? —El auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra»; o como estas otras: «Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa, lava del todo mi delito, limpia mi pecado». No es lo mismo pedir misericordia apelando a la bondad de aquel a quien uno se dirige, que buscar misericordia apelando al valor de los sacrificios humanos, por ejemplo.

C) **«Así dirás a los hijos de Israel: “El Señor, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, me envía a vosotros”. Éste es mi nombre para siempre; así será invocado de generación en generación»** (Ex 3,15). Esta es la expresión del amor. Lo que dice aquí Dios es que su nombre y su ser han venido a identificarse con su pueblo. Ya no es sin más “Dios”, sino el Dios de Abraham, el Dios de los hombres. Dios Absoluto, fiel y misericordioso, es un Dios que se identifica su nombre, su esencia misma, con el pueblo al que

⁵ Para la revelación de la misericordia de Dios en el AT cf. Juan Pablo II, Carta Encíclica *Dives in Misericordia* 4. Importante en este texto la nota nº 52.

ama. Este aspecto de que Dios ama al hombre hasta identificarse con él, es quizá el elemento más fascinante de la revelación veterotestamentaria. El Dios Absoluto, el Dios Creador del Cielo y de la Tierra, que tiene todo en sus manos, el Dios Fiel y Misericordioso, no sólo se dice capaz de relación, de ser invocado y de perdonar, fiel a las promesas de su misericordia, sino que dice que no se entiende a sí mismo sin ti. La fidelidad de Dios no es sencillamente una forma de la inmutabilidad del ser supremo; su misericordia no es sencillamente una forma extrema de magnanimidad hacia todo lo que existe, y hacia aquellos que son más pequeños, sino la manifestación de un acto de voluntad: la decisión del amor, la decisión de identificarse con el destino del otro y entregarse a él: **«¿Es que puede una mujer olvidarse de su niño de pecho, no compadecerse del hijo de sus entrañas? ¡Pues aunque ellas se olvidaran, Yo no te olvidaré! Mira: te he grabado en las palmas de mis manos»** (Is 49,15-16a). Sólo la cruz de Cristo manifestará, en la plenitud de los tiempos, hasta dónde llega este acto de amor: **«Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob»**. Pero ya el Antiguo Testamento es testigo de que el amor de Dios no se contenta con la relación presente, sino que ha iniciado con su pueblo un camino que contiene la promesa de una comunión más perfecta, en la que el amor se ensanche. Dios ama al hombre y este mismo amor le empuja a buscar una comunión más perfecta. Esta promesa es la que subyace en la “Alianza” y en una imagen que la interpreta: la de los esponsales y la del amor conyugal. Dios camina con el hombre hacia la entrega total y definitiva, la propia de la alianza esponsal.

Sin duda, la revelación veterotestamentaria de Dios tiene otros muchos matices, sin duda se podría buscar una síntesis mejor. De una forma u otra, no queremos decir que Juan y Andrés, aquellos dos primeros discípulos, cuando ven al Bautista señalando a Jesús, tuviesen todas estas ideas en la mente de forma consciente. Pero, con un conocimiento más o menos consciente, ellos son los que teniendo como propia esta herencia, es bagaje espiritual, son testigos de cómo el último de los profetas señala a Cristo.

1.2. El otro aspecto que quisiera resaltar de este arranque del discipulado es justamente que se inicia con la indicación de alguien que para los dos primeros discípulos es una autoridad. No me refiero a alguien que tenga una autoridad externa, sino alguien, Juan el Bautista, en el que ellos reconocían ya un maestro, alguien que va por delante de ellos en el camino de Dios y del cual uno debe

aprender y al cual merece la pena, no sólo escuchar con atención, sino hacer caso, aún en el caso de que uno no vea bien las razones que el “maestro” tiene para una indicación concreta.

Al día siguiente estaban allí de nuevo Juan y dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dijo: «Éste es el Cordero de Dios». Los dos discípulos, al oírle hablar así, siguieron a Jesús. (Jn 1,35–37)

Por lo tanto, aquí deberíamos destacar la importancia que tiene en el camino de la fe: en primer lugar la autoridad de un maestro que indica el camino y del cuál uno se puede fiar; en segundo lugar, algo que ya hemos repetido, el camino para el reconocimiento del valor de la persona de Jesús y para la fe en él ha de asumir de una u otra forma el camino previo de la fe veterotestamentaria.

2. La llamada y el inicio del discipulado.

2.1. La narración que hace Juan de la llamada y seguimiento de los primeros discípulos muestra, de nuevo, cómo ellos le siguen precisamente porque intuyen que Jesús es el cumplimiento de las promesas de AT, que se condensan aquí en la figura de «el cordero que quita el pecado del mundo» y que sintetiza dos realidades del AT: el cordero pascual, cuya sangre había significado la inmunidad frente al ángel exterminador y el comienzo del camino hacia la libertad; y el sacrificio expiatorio del siervo de Dios de Is 53,1–12

2.2. Muestran también que este primer acercamiento de los discípulos, tiene la forma de una expectación. Aunque ciertas afirmaciones dan la sensación de que ya algunos de los personajes tienen una fe firme en Jesús como el Mesías, se trata más bien de la expectación que genera en el alma la aparición de alguien que, por las indicaciones que había dado el Bautista, podría ser ciertamente el cumplimiento de las promesas.

Sin embargo, la fe firme y plena, se irá afianzando poco a poco en un camino lento, en el que también veremos bajas. Y muy importante: este camino no se hace sin una implicación que afecta a la persona. Quiero decir que no se puede hacer este camino, que parte de una cierta curiosidad sana o de una gran expectativa, como el que intenta resolver un crucigrama en el salón de su casa,

tranquilamente sentado. No, el camino de la fe, implica desde el principio un poner en juego la persona, entre otras cosas porque es la relación con el Dios verdadero la que allí se juega y con ello el destino de la propia existencia. Es claro que nadie arriesgaría su vida en la resolución de un crucigrama, porque resolverlo es indiferente para lo que es realmente importante en la vida del hombre. Pero el destino último de la existencia, el alcanzar o no a Dios, eso es otra cosa diversa. El camino de fe implica por tanto la movilización de la persona y eso no se hace si no se percata uno de que algo verdaderamente grande está en juego.

2.3. En tercer lugar se muestra otro punto fundamental de todo el recorrido de la fe: la importancia de las relaciones verdaderamente humanas en este recorrido. Primero la relación que los dos primeros mantenían con el Bautista. Luego que Jesús la primera respuesta que ellos dan a Jesús es tremendamente lúcida: «¿Dónde vives?», porque se dan cuenta de que la verdad de Dios no la encontrarán sino en la relación con este que ha sido señalado por su primer maestro. Luego está el hecho de que Jesús les invite a su compañía: «venid y lo veréis». Y que ellos efectivamente se uniesen a él. Pero hay más, porque uno de ellos Andrés, va a decírselo a su hermano, nada menos que Simón Pedro. Y se convierte así el tercero de los discípulos. Luego aparece Felipe, del que Jn no da ningún dato que nos permita ponerlo en relación con los anteriores, pero Felipe sí llama a Natanael. La primera reacción de Natanael nos indica algo ya dicho: que aquellos hombres tenían la mente y el corazón formado por el AT, con la expectativa que éste generaba en los corazones más generosos, pero también con las extrañezas que se produce en ellos ante algunos datos de la vida de Jesús, como que sea de Nazaret. Ante la extrañeza de Natanael, de nuevo la propuesta de Felipe, que vuelve a mostrar la necesidad de arriesgar e ir donde la persona concreta de Jesús, de no discutir sobre palabras o ideas, sino de ir a conocer a alguien concreto.

2.4. Y Natanael nos pone en la pista de otro elemento importante en el surgimiento y crecimiento de la fe: Jesús no sólo tiene que ver con el Dios verdadero manifestado en el AT, el Dios de la revelación; tiene que ver también con el interior del hombre, con el corazón del hombre y sus pensamientos y deseos más íntimos y profundos, aquellos en los que nadie puede penetrar, si no son revelados libremente por el propio hombre. El diálogo de Jesús cuando

Natanael llega hasta él, no sólo indica que Jesús tiene un conocimiento sobrenatural del hombre, sino, sobre todo, de su interior, que el corazón del hombre, con sus misterios, es transparente a los ojos de Jesús, tienen que ver con él. La sorpresa que experimenta Natanael es la de aquel que se ve sorprendido en un gesto que delata un interior que parecía estar oculto a la vista de todos. Es como si aquel hombre de Nazaret conociendo dónde estaba antes de que lo llamase Felipe, supiera también lo que había en su corazón. Esta experiencia no está lejos del quehacer catequético, porque la Iglesia, por propia experiencia y por la luz nueva de la revelación, conoce el corazón del hombre. El catequista conoce aquel misterio que esconde todo hombre y que él mismo no termina de entender porque le falta el factor fundamental para su comprensión: la persona de Cristo, para la que ha sido creado y que da razón de lo que experimenta. El que desconoce al Verbo encarnado, aún se desconoce a sí mismo. La Iglesia, y el catequista por tanto, conoce este misterio fundamental del corazón humano.

La respuesta de Natanael podría parecer una confesión de fe casi ya perfecta. Pero sobre esto habría mucho que decir. En otra ocasión tendremos que estudiar el sentido de la expresión “hijo de Dios” en la Escritura y cómo esta expresión va tomando diversos significados hasta llegar a significar lo que expresa para nosotros cuando rezamos el credo. Además las palabras de Jesús ante esta profesión de fe, da a entender con claridad a Natanael que el camino de su fe, no ha hecho más que comenzar.

Los cuatro puntos que hemos destacado se pueden ir entresacando al hilo de la lectura de la narración del evangelio de san Juan:

Al día siguiente estaban allí de nuevo Juan y dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dijo: — Éste es el Cordero de Dios.

Los dos discípulos, al oírle hablar así, siguieron a Jesús. Se volvió Jesús y, viendo que le seguían, les preguntó: — ¿Qué buscáis? Ellos le dijeron: — Rabbí -que significa: «Maestro»-, ¿dónde vives?

Les respondió: — Venid y veréis. Fueron y vieron dónde vivía, y se quedaron con él aquel día. Era más o menos la hora décima.

Andrés, el hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan y habían seguido a Jesús. Encontró primero a su hermano Simón y le dijo: — Hemos encontrado al Mesías -que significa: «Cristo».

Y lo llevó a Jesús. Jesús le miró y le dijo: — Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas -que significa: «Piedra».

Al día siguiente determinó encaminarse hacia Galilea y encontró a Felipe. Y le dijo Jesús: — Sígueme.

Felipe era de Betsaida, la ciudad de Andrés y de Pedro. Felipe encontró a Natanael y le dijo: — Hemos encontrado a aquel de quien escribieron Moisés en la Ley y los Profetas: Jesús de Nazaret, el hijo de José.

Entonces le dijo Natanael: — ¿De Nazaret puede salir algo bueno? — Ven y verás -le respondió Felipe.

Vio Jesús a Natanael acercarse y dijo de él: — Aquí tenéis a un verdadero israelita en quien no hay doblez.

Le contestó Natanael: — ¿De qué me conoces? Respondió Jesús y le dijo: — Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi.

Respondió Natanael: — Rabbí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel.

Contestó Jesús: — ¿Porque te he dicho que te vi debajo de la higuera crees? Cosas mayores verás.

Y añadió: — En verdad, en verdad os digo que veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del Hombre.” (Jn 1,35-51)

3. El primer signo: las bodas de Caná.

Antes de seguir adelante debo decir que nosotros no queremos aquí hacer una explicación exhaustiva del texto bíblico. Nuestra explicación es parcial y sólo busca poner en claro algunos de los hitos del crecimiento de la fe los apóstoles. Entre otras cosas porque la «Las palabras de Dios crecen con el que las lee», como diría san Gregorio Magno⁶. Es decir que tiene una profundidad de significado que siempre puede crecer en nuestra comprensión y en nuestro amor. El que se sumerge en ella se sumerge en Dios y Dios no es abarcable, sino algo así como un Océano infinito. O para añadir otro matiz con palabras de Newman: « Las palabras de nuestro Salvador no son para oír una vez y nada más, sino que para entenderlas, tenemos que nutrirnos de ellas, vivir de ellas; así las iremos entendiendo cada vez mejor, poco a poco ».⁷

Todos conocemos el milagro y no hará falta leerlo entero. Subrayemos algunos puntos que nos interesan especialmente:

⁶ San Gregorio Magno, *Homilias sobre Ezequiel*, I,7,8, ed. Marcus Adriaen (CCL 142; Turnholti 1972), 87

⁷ John Henry Newman, *Sermones Parroquiales* 3 (Encuentro, Madrid 2009) 137

3.1. El evangelista dice que «en Caná de Galilea hizo Jesús el primero de los signos con el que manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él» (Jn 2,11). Ya sabéis que Juan gusta de llamar a los milagros “signos”. Se trata de un término importante en el cuarto evangelio, hasta se numeran. El signo es una manifestación de algo que permanece oculto a los ojos y a la inteligencia. En el evangelio de Jn, los signos son una manifestación de algo que queda oculto en el misterio. Queda oculta su verdadera identidad, su relación con Dios y su misión. Los signos son indicios de este misterio oculto en la humanidad de Cristo, no una demostración. Pero para llegar a este misterio es necesario acoger estos signos, junto con las palabras, como el que acoge la confianza de un amigo, una confianza que no se demuestra, que se cree en virtud de la amistad. Este es un asunto importante aquí. Si los milagros fueran una demostración de la divinidad de Jesús, entonces la fe no sería un ejercicio de libertad, sencillamente bastaría tener ojos en la cara para decir: “Es el Hijo de Dios”. Sin embargo no es así: Jesucristo revela su ser con signos y palabras sin doblegar la razón del hombre (no es 2 más 2 igual a 4). Y la fe, al final, contando con estos indicios, con estos signos y tomando pie de las palabras es un acto libre del hombre, un acto en el que intervienen su inteligencia y su voluntad. El signo, por tanto, es una provocación a confiar, a creer, a dar fe a quién manifiesta lo más íntimo de él, mientras eso más íntimo, la identidad de Jesús, su relación con el Padre, no se puede ver, no se puede comprobar, no se puede demostrar. En la transmisión de la fe este asunto es muy importante, porque nosotros no buscamos doblegar ni la voluntad ni la inteligencia de los que nos oyen ni con la fuerza ni con argumentos irrefutables. Nuestro testimonio se dirige sí a la inteligencia y a la voluntad, pero no para forzarlos, sino para provocar un acto libre: el de la fe, que responde a signos, no a evidencias innegables. Esta lógica de la transmisión de la fe es la misma lógica del amor humano, en el que uno da signos con palabras y obras ofreciéndose a otro. Y sólo se puede avanzar en ese camino, si el otro acoge esos signos como verdaderos y también da un paso en la misma dirección. Nosotros somos testigos de los signos del amor de Dios en la vida de Cristo y tenemos la responsabilidad de acompañar este testimonio con los signos de caridad verdadera, no impostada ni fingida, de nuestra misma vida. Pero con todo, debemos tener claro desde el principio que los signos que ponemos ante aquellos a los que transmitimos la fe son los de Cristo. Es él quién en su vida revela y ofrece el amor de Dios.

3.2. El segundo aspecto importante es resaltar que este primer signo con el marco en el que se produce, el de unas bodas, en el marco de la alianza y la promesa del amor humano. Es interesante entender que toda la revelación sobrenatural de Dios a lo largo de la historia se da en el marco y en consonancia con la revelación natural. Es decir, Dios tiene un lenguaje natural por el que se comunica al hombre, el lenguaje de la creación. Eso implica no sólo las cosas, sino la constitución del hombre, la conciencia, el deseo de infinito y de plenitud que alberga cada hombre, y también las relaciones humanas que nacen del orden creado: como la paternidad y la maternidad, la amistad, o la nación.

Pero sin duda entre todas ellas, entre todas las palabras naturales con las que Dios se dice a sí mismo, el amor entre un hombre y una mujer para siempre, es su palabra más elocuente. La palabra natural que mejor habla de Dios es la de la alianza y entrega matrimonial. Este amor, cuando se vive bien, a pesar incluso de la realidad del pecado original, es la realidad que más nos acerca al misterio del amor de Dios. De hecho hay que entender que este amor ha sido tomado como elemento de un sacramento, Cristo hará de él un «signo eficaz de su presencia». Sin embargo, a pesar de la plenitud que implica, siempre en el amor humano se manifiesta un límite. Y eso no sólo por la existencia del pecado. Y este límite es vivido por el hombre como una extrañeza y una carencia, falta algo, el corazón aún pide más. En el fondo toda palabra divina, también esta palabra natural del amor humano, no es comprensible si no se refiere al todo y a la Palabra definitiva: sin Cristo, todo el lenguaje de la creación es confuso para el hombre, pero al acoger la Palabra definitiva, todo encaja poco a poco en un orden perfecto.

En este pasaje, el límite se manifiesta en el hecho de que se acaba el vino. Y el milagro de Cristo en este contexto indica la superación de este límite y la plenitud de lo mejor de lo humano. Esto es fascinante. No viene sólo a «quitar el pecado», viene también a darle una plenitud antes desconocida a lo que es bueno. Esta novedad sorprendió al maestra sala y tuvo que sorprender a los discípulos. Ellos, dice san Juan, “creyeron en él”. Es un paso más.

Recapitulamos, la fe de los apóstoles da un paso, lo da ella por propia voluntad, porque cada paso que da la fe, es un paso libre. Y lo da ante los signos que ofrece Jesús. La fe es una respuesta, no toma la iniciativa, es una respuesta, pero es una respuesta libre, es un movimiento del espíritu humano que ante un indicio da un paso de confianza hacia Dios. La fe no se fuerza, tampoco Dios la fuerza, por mucho que sea un don. No hay un método infalible para hacer que

un hombre de fe. Y ella está en relación no sólo con la oferta de Dios de que podamos remediar el mal, sino con la oferta de la presencia de Dios en Cristo como plenitud de lo mejor del hombre.

Al tercer día se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y estaba allí la madre de Jesús. También fueron invitados a la boda Jesús y sus discípulos. Y, como faltó vino, la madre de Jesús le dijo: — No tienen vino.

Jesús le respondió: — Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí? Todavía no ha llegado mi hora.

Dijo su madre a los sirvientes: — Haced lo que él os diga.

Había allí seis tinajas de piedra preparadas para las purificaciones de los judíos, cada una con capacidad de unas dos o tres metretas. Jesús les dijo: — Llenad de agua las tinajas. Y las llenaron hasta arriba. Entonces les dijo: — Sacadlas ahora y llevadlas al maestresala. Así lo hicieron. Cuando el maestresala probó el agua convertida en vino, sin saber de dónde provenía -aunque los sirvientes que sacaron el agua lo sabían- llamó al esposo y le dijo: — Todos sirven primero el mejor vino, y cuando ya han bebido bien, el peor; tú, al contrario, has reservado el vino bueno hasta ahora.

Así, en Caná de Galilea hizo Jesús el primero de los signos con el que manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él.

Después de esto bajó a Cafarnaún con su madre, sus hermanos y sus discípulos; y se quedaron allí unos días. (Jn 2,1-12)

4. La purificación del Templo. (Jn 2,13-21)

La expulsión del templo tuvo que ser uno de aquellos hechos que conmocionara profundamente la mente y el corazón de sus discípulos. El Templo era para los judíos un signo de identidad nacional. Si algo representaba a Israel como nación y como pueblo, eso era el Templo de Jerusalén. Justamente por eso fue destruido en el año 70 al finalizar la «segunda guerra judía», con el fin de llevar hasta el final la derrota de aquellos que se habían sublevado contra el Imperio.

Pero el templo era sobre todo la condensación de toda la historia religiosa del país y, al final, expresión de la presencia de Dios, en medio de su pueblo, signo de la Alianza.

Hay que tener en cuenta que este hecho se produce además en el marco de una de las tres fiestas de peregrinación que tenían los judíos, junto con

Pentecostés y la Fiesta de las Tiendas, cuando Jerusalén multiplicaba varias veces su población a causa del número de peregrinos. Y en este momento tanto el sentimiento nacional, como el religioso estaban siempre más a flor de piel. De hecho, en Pascua el Gobernador romano, dejaba su habitual residencia, en Cesarea Marítima, venía con un refuerzo de soldados a Jerusalén. Allí su cuartel era la Torre Antonia, construida junto al Templo, desde la que podían controlar bastante bien los movimientos de las masas y los posibles levantamientos.

Es en este contexto donde nos conviene subrayar tres aspectos de este momento de la vida de Jesús, tres aspectos que no pasaron inadvertidos a los discípulos, al contrario, debieron dejar en ellos una huella profunda:

4.1. El primero, la autoridad con la que actúa Jesús.

Legalmente Jesús no tenía ninguna autoridad para actuar así en el Templo. Sin embargo, actúa como si tuviese plena autoridad sobre aquel lugar, como si fuese su casa. Y “los judíos” le piden explicación, justamente de esto: «**¿Qué signo nos das para hacer esto?**» (Jn 2,18) Que es como decir: «¿Eres alguien? ¿Tienes alguna autoridad que nosotros desconozcamos para que te saltes la autoridad establecida aquí? Si es así, dinos qué autoridad es esa o quién te da esta autoridad que te arrogas» Porque en el fondo, Jesús se está poniendo por encima del Sanedrín y del Sumo Sacerdote, que eran quienes tenían la autoridad sobre el Templo. En los evangelios sinópticos también aparece la sorpresa , a veces la extrañeza, de la autoridad que muestra Jesús. Se interpreta mal esta autoridad si se limita a identificarla con la autoridad mora, esto es que la autoridad de Jesús es el respaldo que su vida da a sus palabras. Esta explicación de “la autoridad de Jesús” explica el asombro, pero no la extrañeza y mucho menos el escándalo. (El paso de una cosa a otra, de la sorpresa y la admiración al escándalo y el rechazo se ve muy bien también en el primer ejemplo concreto de predicación de Jesús que recoge san Lucas (4,16-30), sobre todo en estos dos versículos: «Todos daban testimonio en favor de él y se maravillaban de las palabras de gracia que procedían de su boca, y decían: —¿No es éste el hijo de José? Entonces les dijo: —Sin duda me aplicaréis aquel proverbio: “Médico, cúrate a ti mismo”. Cuanto hemos oído que has hecho en Cafarnaún, hazlo también aquí en tu tierra”». (4,22-23). Que las palabras de Jesús iban acompañadas por el testimonio de una caridad sublime, es claro. Y que eso daría más fuerza a sus palabras, es cierto en algunos casos. Pero para entender esta autoridad que provoca admiración pero también extrañeza, hay que ponerla en

relación con su “pretensión”. Más adelante hablaremos de lo que eso significa. Baste decir ahora que cuando hablamos de “la pretensión de Jesús”, nos referimos a lo que con sus palabras y gestos él dice ser y el promete.

4.2. Primera referencia a su relación filial con Dios.

En relación con esta autoridad está la afirmación de Jesús: «**No hagáis de la casa de mi Padre un mercado**». En el cuarto evangelio, es la primera vez que Jesús habla de Dios como de su Padre. Esto era una cosa inaudita, tanto que los judíos no podrían tomar esta primera afirmación como algo literal. Sin embargo, acompañada de otras afirmaciones, gestos y signos, esta afirmación se va a convertir poco a poco en el núcleo de la identidad que Jesús revela de sí mismo y en la piedra de choque ante la que unos y otros van a tomar postura, también los discípulos.

4.3. Un nuevo Templo.

Junto a esta proclamación de que Dios es su Padre, están las palabras de Jesús por las cuales se identifica él mismo como el Templo, esto es con el lugar de la presencia de Dios, pero es una afirmación velada que sólo después de la resurrección pudieron entender los discípulos: «**Destruid este templo y en tres días lo levantaré**». Sin embargo, con estas palabras Jesús da un paso más. Primero ha mostrado celo por que el honor debido a Dios en su Templo sea guardado, pero al final lo que expresa es el establecimiento de un orden nuevo, donde hay una presencia más perfecta de Dios, la que se identifica con su propia persona. Es en el Hijo donde Dios se hace verdaderamente presente, sin mediación, sino personalmente.

4.4. Cumplimiento del AT: «El celo de tu casa me devora».

En cuarto lugar está el significado del gesto de la expulsión. El Evangelista lo cuando pone en relación este gesto con el celo por Dios, el decir, con el deseo de que a Dios se le de la honra y la adoración debida. Y justamente en este celo resplandeció, según cuenta el mismo Juan la descripción del salmo: «el celo por tu casa me devora». Ya está aquí de nuevo el tema del cumplimiento y plenitud del AT: He aquí el hombre justo y piadoso que describía el salmo 69: el hombre que busca la gloria de Dios, que siente celo por su Templo, el lugar de su presencia.

4.5. Profecía de la resurrección.

En quinto lugar en las palabras ya citadas antes, **«Destruid este templo y en tres días lo levantaré»**, hay una profecía de su muerte y su resurrección. Una profecía que los discípulos no pudieron entender, no podían saber a qué se refería hasta que las vieron cumplidas. Estas palabras no ayudaron a los discípulos en su camino de fe cuando fueron dichas, pero sí luego, cuando la resurrección, porque entonces pudieron entender todo el significado que tenía aquellas cosas de las que habían sido testigos tiempo atrás. Y este hecho nos vuelve a afirmar en que la fe de los discípulos, como decíamos al principio es un camino, un camino que se recorre junto a Jesús, paso a paso, y que llega a su plenitud tras la resurrección. Y así llegamos a un punto muy importante: en el itinerario de fe de los discípulos, el punto clave para entenderlo todo y para comprender quién es Jesús, para el contenido de la fe, es la muerte y la resurrección. No sólo para comprenderlo todo, sino para adherirse plenamente a la persona de Jesús. Cronológicamente para ellos, la muerte y la resurrección está al final del camino de su seguimiento terreno de Jesús, sin embargo entenderán todo después desde estos hechos y de la donación del Espíritu Santo. El itinerario de la fe alcanza un momento crítico justamente ante el testimonio apostólico sobre los misterios de la muerte y resurrección de Cristo. Y el itinerario catequético debe conducir, en primer lugar, al testimonio de estos hechos y la comprensión de lo que significan, para que ante ellos el que se inicia pueda comprender y decidirse ante la persona entera de Jesús. Es decir debemos el itinerario de la catequesis debe tener en el testimonio y en la comprensión de la muerte y de la resurrección de Jesús su primera meta, para que el hombre pueda, desde ella acoger o rechazar el testimonio apostólico en su conjunto, es decir, la persona de Jesús.

Conclusiones sobre la escena de la Purificación del Templo:

A. En el momento en que fueron testigos de este episodio, los discípulos sufrirían una fuerte impresión y una especie de provocación. También ellos tuvieron que preguntarse con qué autoridad decía y hacía Jesús aquellas cosas. Las profecías parecían avalar aquella autoridad, pero no suponían propiamente una demostraban de nada. A partir de este momento la

provocación que van a sentir ante la pretensión de Jesús va a ser cada vez mayor.

B. Después de la resurrección estos hechos sirvieron para que los discípulos entendieran la real personalidad de Jesús: el hijo de Dios, verdadera presencia de Dios en el mundo, la imagen visible del invisible, el verdadero lugar de encuentro entre Dios y el hombre, el que daba cumplimiento a las Escrituras, que anunciaban también una presencia de Dios más cercana a la establecida en la Antigua Alianza.

C. La muerte y la resurrección de Cristo son pieza clave para entender quién es Cristo y para que el hombre se entregue a él con la fe. Por eso, en la catequesis conviene siempre alcanzar pronto la narración de estos hechos, aunque luego haya que volver hacia atrás y empezar a ver pasajes anteriores más despacio. Porque sólo se entenderán a la luz de la muerte y de la resurrección de Jesucristo. De hecho, muerte y resurrección de Jesucristo forman parte del primer anuncio de la Iglesia y el núcleo de la primera catequesis que se ha de dar a los que se acercan, el núcleo fundamental de la catequesis del precathecumenado y sus tiempos análogos en la catequesis de iniciación de los ya bautizados.

TEMA 2:

JESÚS ENTRE LOS SAMARITANOS

Continuamos con el itinerario de la fe de los apóstoles que progresa poco a poco en el camino en el que acompañan y siguen a Cristo.

El diálogo de Jesús con la samaritana y todo lo que sigue darían para varios comentarios sobre el asunto del itinerario de la fe de los apóstoles. Señalaremos cuatro elementos: 1.1. Jesús se presenta a sí mismo como «el don de Dios». 1.2. Jesús se presenta a sí mismo como el que tiene el poder para saciar el deseo del corazón del hombre. 1.3. La promesa del alcance universal de su pretensión y de su misión. 1.4. La naturaleza de su filiación: «Yo tengo un alimento que vosotros no conocéis [...] Mi alimento es hacer la voluntad del Padre».

Lo primero que habría que decir es que este pasaje no puede entenderse sin la doctrina sobre el Espíritu Santo que subyace en él. La primera de las alusiones al Espíritu Santo aparece bajo la imagen del «agua». En el cuarto evangelio, el agua está siempre en relación con la Tercera Persona de la Trinidad.

1. Jesús se presenta a sí mismo como el don de Dios: **«Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, tú le habrías pedido a él y él te habría dado agua viva»**. Desde el principio Jesús se ha esforzado por presentarse a sí mismo en relación con el Dios Único, porque él viene de él y porque sólo así puede ser verdadera la pretensión y la autoridad que muestra: Sólo un vínculo estrecho con Dios puede hacer que él se presente como el que puede saciar el corazón del hombre. Es la pretensión que muestra en las siguientes palabras.

2. Jesús se presenta a sí mismo como el que tiene poder para saciar el deseo del corazón humano: **«Todo el que beba de esta agua volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le de, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en un surtidor de agua que brota para la vida eterna»**. Como dijimos ya al comentar la vocación de Natanael o, también en el signo de las bodas de Caná, Jesús se pone en relación no sólo con Dios, no sólo con el AT, sino también con el corazón humano. — Al hablar de corazón no quiero referirme al mero centro de los sentimientos, sino al núcleo más íntimo del hombre, pero

que implica a todo el hombre, su razón, su voluntad, sus afectos...—. La sed del hombre sólo tiene una respuesta apropiada, y esa respuesta es Jesucristo.

3. La promesa del alcance universal de su misión. El hecho mismo de que Jesús se detuviera en Samaría, y de que evangelizase en Samaría, debió llamar poderosamente la atención de sus discípulos, como llama la atención de la mujer que es apelada por su palabra: **«¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana?»**. Y debió resultar chocante que aquellos samaritanos diesen fe a Jesús: **«Ya no creemos por tus palabras [le dicen a la mujer]; que nosotros mismos hemos oído y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo»**. Es un detalle que no habla sólo de la superación de una viejísima y enconada rivalidad, que tenía connotaciones nacionales y religiosas, sino la superación del exclusivismo hebreo en su relación con Dios.

En realidad, sin que ellos se percatasen normalmente, la superación del sentimiento exclusivista que Israel sentía en su relación con Dios —hay que decir, que tenían sus razones—, era una conclusión lógica de uno de los puntos centrales de su fe veterotestamentaria, al que ya hice alusión. Me refiero a la identificación de su Dios, el Dios de Israel, con el Dios absoluto y único, creador de todo. Si es el Dios absoluto, significa que es un Dios universal, por lo tanto, un Dios de todos.

Aunque esto ya estaba claro en muchos pasajes del AT, es una de las cosas que más les costó entender a los judíos que dieron fe a Jesús, también a los discípulos: que su relación exclusiva con Dios —el ser ellos el «pueblo de la Alianza»— estuviese destinada a extenderse a todos los hombres. Porque en realidad eso es lo que ocurre, la universalidad que Dios muestra en Cristo, es decir, que él viene como Don de Dios para unos y otros, para todos, no es la eliminación de la exclusividad, sino el hecho de afirmar que todos los hombres están llamados a una relación de este tipo con Dios. No es, viene a decir, que Israel deje de ser el «pueblo de la Alianza», sino que la «Alianza», una nueva y definitiva, se ofrece a todos y alcanza a todos.

Dicho de otra forma: Dios es para todos. Pero no establece una relación general con todos, sino una relación de tipo exclusivo con todos y cada uno. O si queréis: Dios ama a todos y cada uno, pero ama a cada uno con un amor exclusivo, como el amor de un esposo por su esposa. Este amor exclusivo, que en el amor humano es característico del vínculo conyugal, está destinado a todos. Y

lo que hemos dicho del amor, podemos concretarlo en el perdón, en la providencia, en el destino final del hombre... Dios no nos trata como un conjunto, sino en nuestra singularidad. Lo cual entendemos que es una de las condiciones que el corazón humano reclama de un amor pleno que pueda satisfacerle.

Que Cristo es el Don de Dios para todos será difícil de entender para los discípulos, incluso después de la resurrección y de Pentecostés. Pero insisto: la propia fe judía, al identificar a su Dios como el Único Verdadero, implicaba esta universalidad, que además ya estaba apuntada en muchos pasajes del AT.

La universalidad de Cristo, como Don de Dios, se subraya también en el pasaje por la afirmación que hemos ya traído de los samaritanos: «sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo». Y por las palabras que Jesús dice sobre la adoración a Dios: «Llega la hora, ya estamos en ella, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad», no ya sólo en el Templo de Jerusalén, sino más allá de cualquier límite geográfico o étnico.

Una explicación teológica para los de mente inquieta:

Algunos podrían interpretar que ese adorar «en espíritu y en verdad» significa una total independencia entre la relación con Dios y toda mediación material, de toda mediación humana, como es el mismo Jesús, que tiene que ver con un supuesto tiempo del Espíritu Santo, posterior al tiempo de Jesús. Nada de eso. En el Evangelio de san Juan se expresa ya en el prólogo un principio fundamental: «A Dios nadie lo ha visto jamás; el Dios Unigénito, el que está en el seno del Padre, él mismo lo dio a conocer» (Jn 1,18). Y luego aparece de forma aún más tajante: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida -le respondió Jesús-; nadie va al Padre si no es a través de mí» (Jn 14,6) También los otros evangelistas afirman el mismo principio con fórmulas diversas (Cf. Mt 11,27). En el fondo: el hombre Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre es, y será siempre, el único mediador entre Dios y el hombre, el único acceso del hombre a Dios.

Además Jesús no sólo dice que los hombres adorarán a Dios «en espíritu y en verdad», sino: «Llega la hora, y es ésta, en la que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad» (Jn 4,23) La hora en que se adorará a Dios en espíritu y verdad es la hora de Cristo.

El Espíritu Santo, por su parte, no acerca al hombre directamente a Dios. No, él está siempre referido a la persona del Hijo y el Hijo, sin dejar de ser Dios, se ha hecho hombre y es hombre ya para siempre.

El Espíritu Santo es siempre el Espíritu que nos acerca a Cristo cuando aún estamos lejos, y el que nos introduce cada vez más en su intimidad, en su conocimiento y en su comunión personal. Él no nos da ni un conocimiento ni un acceso a Dios separado del Hijo hecho hombre. Él es la Unción del Hijo, el amor con el que el Padre ama al Hijo y el amor con el que el Hijo ama al Padre. El Espíritu Santo es siempre Espíritu del Hijo, Espíritu filial.

Entonces, si el conocimiento y el acceso a Dios depende siempre del Hijo que se ha hecho hombre, un hombre concreto, ¿cómo puede ser universal? Sería como decir que el amor esponsal o paterno de un hombre concreto, de mi padre o de mi abuelo, por poner un ejemplo, pudiese ser de forma efectiva un amor esponsal o paterno que pudiese alcanzar a todos los hombres, que pudiese ser universal. Y eso es ciertamente imposible.

La identificación que hace Jesús de sí mismo como el Don de Dios y como el Verdadero templo, parecería que haría imposible que “todos los hombres pudiesen alcanzar entonces la relación con Dios, porque no todos los hombres del mundo y de la historia pueden establecer relaciones con un hombre concreto, que vive en un determinado punto del mundo y en un determinado tiempo de la historia. Si el hombre Jesús es el verdadero don de Dios y si él es el verdadero Templo, ¿cómo podrán acceder a Dios los hombres que viven lejos o los que viven veinte siglos después que él?

Sin embargo lo que dice Jesús es justamente eso: que con él llega la hora en que todos los hombres tendrán acceso a Dios y todos podrán adorarlo. ¿Cómo se compagina esta universalidad con lo particular de la revelación y de la salvación en la persona de Jesús?

El hecho fundamental que permite esta universalidad de Cristo, que él pueda ser inmediato para los hombres de todos los tiempos y lugares, es su resurrección. La resurrección significa entre otras cosas que aquel hombre no quedó cerrado en el tiempo y en el espacio, sino que ahora lo abraza y lo abarca todo, todos los tiempos y todos los lugares. O dicho de otro modo, la resurrección de Cristo, tal como fue, hace que nada de lo que hizo o dijo, nada de lo que es, quede atrapado por la historia o por los límites del espacio. Él está vivo, con cada gesto, con cada palabra y eso permanece siempre y en todas partes. Con palabras de Orígenes: «Por su resurrección, permanece hasta hoy el día de la reconciliación».

Bien, puesto que está vivo y abraza todos los tiempos y lugares el hombre puede acceder a él a través de dos elementos fundamentalmente: la fe y los sacramentos. Ambos elementos son elementos de la Iglesia. Uno ha de entrar en ella, ser acogido en ella y ser hecho partícipe en ella de estos dos elementos, de su fe y de los sacramentos. Por la fe, Cristo llega a habitar en el corazón del hombre (Cf. Ef 3,17). Y en los sacramentos él mismo nos asocia a sí y a los misterios de su vida, de su muerte y de su resurrección.

En realidad fe y sacramentos no son dos elementos separados, sino dos elementos que se llaman y se requieren el uno al otro. Pero en ellos, juntos, encontramos un principio externo al hombre: la humanidad de la Iglesia en que se reciben, los conceptos mismos en los que se expresa y se comunica la fe, las palabras y la materia que hace a los sacramentos. Y un principio interno, espiritual: la Palabra que se comunica a través de su Cuerpo eclesial y de sus sacramentos, el Espíritu Santo que se une a nuestro espíritu y lo pone en comunión cada vez más perfecta con el Hijo: que nos lleva hasta él y luego nos hace crecer en él.

No basta la mera exterioridad de la Iglesia como Cuerpo de Cristo, ni de sus Sacramentos, es necesaria la Gracia que se transmite en ella y la fe como respuesta libre del espíritu humano. Así, a lo largo de los siglos, sigue ocurriendo como en tiempos de Jesús: no basta la cercanía física de Cristo y el resonar de sus palabras en los oídos. Hace falta algo más: la gracia que despierta el alma y el alma que se abraza a ella y le da fe. Dos hombres podían estar junto a Cristo en la misma situación y uno alcanzar la salvación y otro no. Así los dos ladrones crucificados junto al Señor, según la versión del Evangelio de san Lucas (Lc 23,43). Lo mismo ocurre hoy: la Iglesia es el Cuerpo de Cristo que se extiende por todos los lugares y por todos los tiempos haciendo posible la universalidad de la carne humana de Cristo, pero además es necesario que el Espíritu Santo despierte el espíritu humano y que éste, libremente, de fe. Esto es «en espíritu y en verdad».

Si lo pensamos bien, la universalidad de Cristo, como don de Dios, no hace sino identificar a Cristo con Dios mismo. Ningún profeta, si Moisés, ni Elías, se había arrogado tal pretensión de ser el don de Dios para todo hombre, ninguno había aceptado una confesión como la que acepta Cristo de los samaritanos: «Éste es en verdad el Salvador del mundo». No es difícil ponerse en lugar de los discípulos para imaginar su asombro ante esta novedad de su maestro con respecto a las figuras de los profetas anteriores.

4. Pero entre el diálogo con la samaritana y el resto de las cosas que ocurren con los otros samaritanos del pueblo, se inserta un diálogo importante de Jesús con sus discípulos. Cuando vuelven de buscar comida hasta el pozo de Jacob y le ofrecen a su Maestro algo de comer, escuchan estas palabras enigmáticas: «Yo tengo para comer un alimento que vosotros no conocéis» (Jn 4,32). Lógicamente los discípulos piensan: «¿Le habrá traído alguien de comer?». Jesús ha captado su atención para hacer una revelación importante: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra». Comienza así a mostrar a sus discípulos el modo concreto de su filiación con respecto a Dios. Es verdad

que aquí él no se llama «hijo», ni llama «padre» suyo a Dios, pero forma parte de las expresiones con las que, fundamentalmente a partir de aquí, Jesús va a expresar cómo es su ser Hijo de Dios.

La primera vez que había hecho referencia a su relación única con Dios había sido en la purificación del Templo, donde usa el término «Padre», para referirse a Dios. La segunda vez tiene lugar en el diálogo que mantiene con Nicodemo, donde habla de sí mismo como del Hijo.

Ahora, al decir «mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra», está haciendo referencia al modo concreto en que Jesús es y vive su filiación. Jesús no sólo revelará poco a poco que es el Hijo, que Dios es su Padre, en sentido pleno y verdadero, sino que revela que ese ser Hijo le define completamente. Nada en él se entiende fuera de esa relación filial. Es el que recibe todo lo que es de su Padre.

Vale la pena pensar que la experiencia de nuestra relación filial no es así. Nosotros no lo recibimos todo y siempre de nuestro padre. Ciertamente mucho llevamos de nuestro padre y mucho, bueno o malo, lo hemos recibido de él, pero, al mismo tiempo, desde casi el principio, el hombre tiende a hacerse a sí mismo, independientemente de su padre. Cada uno de nosotros no se define de forma absoluta por la relación con su padre. Jesús sí. En este sentido él muestra una experiencia de filiación que no es la nuestra, también en este él es Hijo de Dios, de una forma mucho más plena que nosotros los somos de nuestros respectivos padres.

Y su humanidad se hará cada vez más, expresión de este recibirlo todo del Padre, de estar todo él en manos del Padre. Los discípulos desconocen este vínculo, la filiación divina de Jesús («Yo tengo un alimento que vosotros no conocéis»); y desconocen también la naturaleza de esta filiación.

Pero, sobre todo a partir de aquí, los discípulos contemplarán, seguramente bastante atónitos, cómo Jesús va a ir mostrando con palabras y obras esta realidad suya que le defina, cada vez con más claridad.

Pero los discípulos no serán meros espectadores de la revelación de Jesús: mientras progresan en el conocimiento de la filiación de Jesús, gracias a sus palabras y a sus obras, ellos mismos caminan, sin saberlo, para participar de esta filiación y de su característica forma de ser. Tanto en cuanto Jesús les hace partícipes de su vida, les hace también partícipes de la relación única que él tiene con el Padre (Cf. Lc 22,28-30).

TEMA 3:

UNA ENCRUCIJADA PARA LOS APÓSTOLES: ACEPTAR EL ORIGEN DIVINO DE JESÚS Y, A LA VEZ, UN OSCURO CAMINO HACIA EL SACRIFICIO

I. INTRODUCCIÓN:

Recordamos que estamos siguiendo tan sólo el Evangelio de san Juan. Eso conlleva una visión algo parcial en la comprensión del desarrollo de la fe apostólica. Una mirada completa a los cuatro evangelios sería imposible para nosotros y, por otro lado, lo que se muestra en el cuarto evangelio, nos basta para hacernos una idea bastante aproximada de cómo se desarrolló la fe apostólica ante la persona de Jesús.

De hecho ya hemos subrayado cómo san Juan es el evangelista que nos da una cronología más precisa de la vida de Jesús en compañía de sus discípulos, y nos hace comprender, señalando las fiestas judías, el paso del tiempo, un dato importante, ya que la fe es un camino que se desarrolla progresivamente en el tiempo.

Antes de seguir adelante, quiero dejar clara una premisa importante: la fe es, ante todo una respuesta. No es sólo una respuesta, pero fundamentalmente sí. Es una respuesta a la revelación de Dios. Dios se revela y el hombre le da o no le da fe. Es decir: acoge la revelación de Dios como venida de Dios o no la acoge; responde con la obediencia o con la desobediencia. Reconocer la revelación de Dios como tal revelación, acogerla y darle una respuesta que implica la obediencia, el amor y la esperanza, eso es la fe. Insisto, fundamentalmente una respuesta.

Y si es una respuesta, está determinada por la revelación que la provoca. Por eso, no se puede comprender el progreso de la fe apostólica sin tener en cuenta el progreso de la revelación de Jesucristo, que paso a paso, en su vida pública, va a ir revelando su misterio, el misterio de su filiación, y de esa forma, al mismo tiempo, el misterio del Dios Trino. Va a ir revelando quién es y qué viene a hacer, su persona y su misión, dos cosas que van de la mano. Ante la paulatina revelación de Jesús los discípulos hacen también su camino de fe.

El último día de clase, aunque de forma coloquial, nos metimos en el núcleo de lo que fue la gran revelación de Jesús: que él es el Hijo de Dios y Uno con Dios. De esta revelación depende la idea de Dios (Uno y Trino) y la idea de la misión con la que viene Jesucristo al hombre (salvar al hombre del pecado y hacerle partícipe de su ser Hijo, y así de la vida trinitaria). Que realmente el hombre Jesús pueda llevar a cabo esta misión depende de que sea verdadera la

pretensión que muestra en sus gestos y en sus palabras: ser el Hijo de Dios y Uno con Dios.

Comentando las palabras de Jesús a sus discípulos, junto al pozo de Sicar, ya nos introducimos el centro de la revelación de Jesús: su filiación divina y el modo concreto de esta filiación. Las palabras de las que tomábamos pie eran: **«Yo tengo para comer un alimento que vosotros no conocéis. Mi alimento es hacer la voluntad de Aquel que me ha enviado y llevar a cabo su obra»**. Avanzamos a partir de aquí.

II. LA REVELACIÓN DE LA FILIACIÓN EN LA PISCINA DE BETESDA (Jn 5,1-47)

Después de esto se celebraba una fiesta de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. Hay en Jerusalén, junto a la puerta de las ovejas, una piscina, llamada en hebreo Betesda, que tiene cinco pórticos, bajo los que yacía una muchedumbre de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos.

Estaba allí un hombre que padecía una enfermedad desde hacía treinta y ocho años. Jesús, al verlo tendido y sabiendo que llevaba ya mucho tiempo, le dijo: — ¿Quieres curarte?

El enfermo le contestó: — Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se mueve el agua; mientras voy, baja otro antes que yo.

Le dijo Jesús: — Levántate, toma tu camilla y ponte a andar.

Al instante aquel hombre quedó sano, tomó su camilla y echó a andar. Aquel día era sábado. Entonces le dijeron los judíos al que había sido curado: — Es sábado y no te es lícito llevar la camilla.

Él les respondió: — El que me ha curado es el que me dijo: «Toma tu camilla y anda».

Le interrogaron: — ¿Quién es el hombre que te dijo: «Toma tu camilla y anda»?

El que había sido curado no sabía quién era, pues Jesús se había apartado de la muchedumbre allí congregada.

Después de esto lo encontró Jesús en el Templo y le dijo: — Mira, estás curado; no peques más para que no te ocurra algo peor.

Se marchó aquel hombre y les dijo a los judíos que era Jesús el que le había curado. Por eso perseguían los judíos a Jesús, porque había hecho esto un sábado. Jesús les replicó: — Mi Padre no deja de trabajar, y yo también trabajo.

Por esto los judíos con más ahínco intentaban matarle, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que también llamaba a Dios Padre suyo, haciéndose igual a Dios.

Respondió Jesús y les dijo: — En verdad, en verdad os digo que el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; pues lo que Él hace, eso lo hace del mismo modo el Hijo. Porque el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que Él hace, y le mostrará obras mayores que éstas para que vosotros os maravilléis. Pues así como el Padre resucita a los muertos y les da

vida, del mismo modo el Hijo da vida a quienes quiere. El Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo ha dado al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo no honra al Padre que le ha enviado.

»En verdad, en verdad os digo que el que escucha mi palabra y cree en el que me envió tiene vida eterna, y no viene a juicio sino que de la muerte pasa a la vida. En verdad, en verdad os digo que llega la hora, y es ésta, en la que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oigan vivirán, pues como el Padre tiene vida en sí mismo, así ha dado al Hijo tener vida en sí mismo. Y le dio la potestad de juzgar, ya que es el Hijo del Hombre. No os maravilléis de esto, porque viene la hora en la que todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron el bien saldrán para la resurrección de la vida; y los que practicaron el mal, para la resurrección del juicio. Yo no puedo hacer nada por mí mismo: según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad sino la voluntad del que me envió.

»Si yo diera testimonio de mí mismo, mi testimonio no sería verdadero. Otro es el que da testimonio de mí, y sé que es verdadero el testimonio que da de mí. Vosotros habéis enviado mensajeros a Juan y él ha dado testimonio de la verdad. Pero yo no recibo el testimonio de hombre, sino que os digo esto para que os salvéis. Aquél era la antorcha que ardía y alumbraba, y vosotros quisisteis alegraros por un momento con su luz. Pero yo tengo un testimonio mayor que el de Juan, pues las obras que me ha dado mi Padre para que las lleve a cabo, las mismas obras que yo hago, dan testimonio acerca de mí, de que el Padre me ha enviado. Y el Padre que me ha enviado, Él mismo ha dado testimonio de mí. Vosotros no habéis oído nunca su voz ni habéis visto su rostro; ni permanece su palabra en vosotros, porque no creéis en éste a quien Él envió. Examinad las Escrituras, ya que vosotros pensáis tener en ellas la vida eterna: ellas son las que dan testimonio de mí. Y no queréis venir a mí para tener vida.

»Yo no busco recibir gloria de los hombres; pero os conozco y sé que no hay amor de Dios en vosotros. Yo he venido en nombre de mi Padre y no me recibís; si otro viniera en nombre propio, a ése lo recibiríais. ¿Cómo podéis creer vosotros, que recibís gloria unos de otros, y no queréis la gloria que procede del único Dios? No penséis que yo os acusaré ante el Padre; hay quien os acusa: Moisés, en quien vosotros tenéis puesta la esperanza. En efecto, si creyeseis a Moisés, tal vez me creeríais a mí, pues él escribió sobre mí. Pero si no creéis en sus escritos, ¿cómo vais a creer en mis palabras?”

(Jn 5,1–47)

1. En este capítulo veremos algo que se repite habitualmente en el Evangelio de san Juan: la combinación entre los signos y los discursos, que se aclaran mutuamente y, de esa forma, llaman conjuntamente a la fe. Aquí el signo es la curación del paralítico que espera una sanación que no llega hasta este momento. Y el discurso de Jesús va a ser el primero donde desarrolla el tema de su filiación en polémica con «los judíos».

2. Juan hace notar el paso del tiempo, parece la segunda vez que Jesús sube a Jerusalén con sus discípulos. El paso del tiempo parece determinante en la

comprensión que «los discípulos» y «los judíos» adquieren de la revelación de Jesús. A cada paso, la pretensión que muestra Jesús de ser el Hijo de Dios es más clara, y la decisión ante él se hace más urgente. Esta es la cuarta vez en el Evangelio en que Jesús alude explícitamente a su filiación divina.

Y no sólo hace notar el paso del tiempo, sino un tiempo que es sagrado, marcado por las fiestas judías. Aquí se habla que la escena se desarrolla cuando Jesús sube a Jerusalén por una fiesta de los judíos. Algún editor hacen notar que ciertos manuscritos dicen «la fiesta», con lo que se estaría hablando de la pascua y, en concreto de la segunda pascua de la vida pública de Jesús, en Jerusalén. Sin embargo, parece más seguro situar la segunda pascua de Jesús en Jerusalén después del episodio siguiente (Jn 6), el de la multiplicación de los panes, que veremos después. No tenemos seguridad sobre ese punto y no nos podemos detener a explicar el complicado problema de establecer una cronología de la vida pública de Jesús. Sencillamente señalamos lo ya dicho: cómo Juan está vivamente interesado en marcar el paso del tiempo y mostrar cómo este paso del tiempo tiene que ver con las fiestas judías, es decir con la historia de la salvación.

3. Después del «signo» de la curación del paralítico, se desarrolla, en discusión con los judíos, la primera gran revelación de la filiación divina de Jesús. Es la cuarta vez que Jesús alude a ella, pero ahora lo hará con tal claridad que los judíos se ven forzados a tomar posición. Hasta ahora podían pensar que Jesús hablaba con metáforas, pero ahora se percatan de que cuando Jesús habla de Dios como su Padre no está acudiendo a un símil, sino que realmente está diciendo que él es engendrado por Dios y que entre ellos hay una mutua identificación. Entienden bien el alcance de lo que está diciendo Jesús y por eso se escandalizan.

4. La discusión comienza porque Jesús parece haber roto el precepto del descanso sabático, al curar al hombre en sábado. Vuelve a aparecer la cuestión que había aparecido en la purificación del templo: ¿quién es este para saltarse el sábado?

La respuesta que da Jesús parece responder en el fondo a esta pregunta: «**Mi Padre no deja de trabajar, y yo también trabajo**».

Jesús no solo afirma su filiación, sino el modo de ser hijo: hace lo que hace el Padre. También sus acciones son revelación del Padre, porque el Hijo hace las obras del Padre.

Como hemos dicho los judíos entienden perfectamente, por eso se oponen radicalmente a él, hasta el punto de que Juan habla ya de que buscan su muerte: **«Por esto los judíos con más ahínco intentaban matarle, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que también llamaba a Dios Padre suyo, haciéndose igual a Dios».**

Pero vayamos a algunas de las cosas que dice Jesús sobre su filiación.

En primer lugar repite la idea que ya hemos comentado: que en Jesús no hay nada que no haga relación a su Padre, él es el Hijo de Dios, e hijo en un sentido

más pleno y propio que como nosotros somos hijos de nuestros padres: en él nada hay que no le venga de esta relación exclusiva. Incluso las obras externas, las cosas que hacen son las obras del Padre: **«El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; pues lo que Él hace, eso lo hace del mismo modo el Hijo».**

En segundo lugar hay una afirmación fundamental: el Hijo tiene vida en sí mismo, porque participa del ser del Padre. La identificación de Jesús con el ser de Dios es total. Dios es el que tiene en sí la vida, el que tiene el ser (recordemos Ex 3,14). Y Jesús dice que participa de este ser del Dios único: **«como el Padre tiene vida en sí mismo, así ha dado al Hijo tener vida en sí mismo».** El Padre es el principio, pero el Hijo participa plenamente del ser del Padre, que se la ha dado. Los Padres que defendieron la fe del Concilio de Nicea dirían que se la ha dado desde toda la eternidad, porque desde toda la eternidad el Padre es Padre porque tiene un Hijo y el Hijo lo es porque lo recibe todo del Padre.

En la afirmación en la que Jesús se identifica con Dios, hay una consecuencia para los hombres. Por tener la vida en sí, el Hijo da la vida eterna a quien cree en él. La vida eterna en el evangelio de san Juan no es la mera inmortalidad del alma, aquella que conocían los griegos, sino la vida de Dios, la vida divina.

Por tanto, la identificación con el Padre tiene una consecuencia práctica para los hombres: que en Jesús se cifra la salvación de hombre. Así aparecen unidos los dos aspectos fundamentales de la pretensión de Jesús, como dos caras de la misma moneda:

A) su relación única con Dios, filial, y su identificación plena con él, por un lado.

B) su ser la salvación del hombre. Una salvación, por otro lado sorprendente, porque se identifica con algo no imaginado hasta entonces: alcanzar la vida de Dios, que es lo que Juan significa con la expresión "vida eterna". Nunca un judío había identificado la salvación prometida como una realidad tan alta.

5. En quinto lugar Jesús aquí, como hará en otros lugares, habla de testimonios concordantes que llaman a la fe. El objeto de la fe, el contenido de la fe no se puede demostrar a los hombres porque es una realidad que no se puede medir o pesar, porque su objeto, Dios, en su intimidad y en su oferta de amor, está más allá del alcance del razonamiento inductivo o deductivo del hombre. ¿Cómo se puede demostrar un amor? La revelación del propio corazón, de la propia intimidad y del propio amor no se puede demostrar, se dice con palabras y obras, y aquel a quien van dirigidas debe dar crédito o no a esas palabras y a esos signos. Él no puede ver ni medir el corazón del otro. Aquí pasa lo mismo. Sin embargo uno no da crédito al amor que otro le ofrece sin «razones». Igual aquí: hay elementos que dan un testimonio concorde de la verdad que Cristo manifiesta: la unidad entre sus palabras y los signos; esos mismos signos que muestran la vida de Dios que él da; el testimonio de Juan, el Bautista; y el testimonio de las Escrituras: **«Examinad las Escrituras, ya que vosotros pensáis tener en ellas la vida eterna: ellas son las que dan testimonio de mí. Y no**

queréis venir a mí para tener vida». No vamos a repetir aquí la importancia de las Escrituras para reconocer a Jesús.

6. Sin embargo ¿por qué dice Jesús: **«no queréis venir a mí para tener vida»**? La respuesta a esta pregunta es otro punto crucial para entender la naturaleza de la fe y por qué unos hombres dan fe y otros no. Viene a decir que el problema de darle fe a él no es un problema intelectual: que aquellos judíos no sean capaces de comprender con su razón cómo se puede compaginar la afirmación del Dios Uno y trascendente con su pretensión, la de un hombre concreto, de ser Uno con Dios e Hijo de Dios. La fe no deja de darse por un problema intelectual. Una oscuridad intelectual podrá retrasar en parte el acto de fe, pero no la impedirá. Lo que impide el acto de fe es un problema moral. Volvamos a lo que dice Jesús: **«¿Cómo podéis creer vosotros, que recibís gloria unos de otros, y no queréis la gloria que procede del único Dios?»**. Lo que viene a decir Jesús es sencillo: quien busca a Dios y a su gloria, me dará fe. Quién no busca a Dios, quién no busca su gloria, no podrá darme fe.

Nosotros nos empeñamos en que la cuestión de la falta de fe de los hombres es un problema de que no comprenden bien el mensaje. Ciertamente lo primero es que llegue a ellos el anuncio íntegro y verdadero del Evangelio, no parcial y falseado. Lo primero es que el hombre se dé cuenta de lo que se le ofrece, como los judíos de este pasaje se dan cuenta perfectamente de lo que Jesús dice. Pero una vez hecho eso, la dificultad es moral.

Newman decía algo que ha pasado al CCE: «diez mil dificultades no hacen una sola duda»⁸ (CCE 157). Newman estaba convencido que la única forma de resistencia a la fe es la de no buscar a Dios y que no querer buscarle era una falta de obediencia, en el fondo, a sí mismo, a la conciencia. Porque la conciencia impone como primer deber buscar a Dios. Cuando el hombre se deja guiar por ese deber, llega a la fe. Sin embargo se puede perfectamente desobedecer a la conciencia. Newman entiende que la desobediencia a la conciencia es la desobediencia a este primer principio y que se traduce en el amor mundano, el amor al mundo y a uno mismo. Esta es una opción que el hombre puede hacer, que hace de hecho y que oscurece la conciencia. Y entonces no se moverá un ápice, por muchos milagros que vea o muchas razones que se le de. El amor mundano ciega la conciencia y ella es el verdadero órgano donde se reconoce la voz de Dios y los testimonios que nos da la revelación.

Pero él mismo insistirá en que nadie dará el paso de la fe si no obedece la conciencia y busca primero a Dios. La mundanidad es el mayor obstáculo para la evangelización y la transmisión de la fe: tanto la mundanidad de aquel a quien se dirige el Evangelio, como la mundanidad de quien cree anunciarlo. Sobre la primera ya hemos hablado, de la segunda, os traeré dos testimonios, uno del mismo Newman, otro de san Agustín, lapidario.

⁸ J. H. NEWMAN, *Apologia pro vita sua*, cap. 5

El texto de Newman es de una novela, en la que las peripecias del protagonista son reflejo de su propia peripecia personal. Allí el protagonista habla así de lo que ve en la Iglesia anglicana, que yo traigo aquí porque no creo que sea un pecado exclusivo de los anglicanos del Oxford del s. XIX:

No aguanto la solemnidad y la falsedad que veo por todos lados. No hablo de nadie en particular; conozco gente muy buena, pero ¡si conocieras Oxford como es realmente! [...]

Ahí tienes a ministros de Cristo, ganando unos sueldos de no te menees, viviendo en unas casas [...] con el alma puesta en que sus gestos parezcan delicados y su lenguaje el colmo de la exquisitez, como si fueran el no va más del universo [...]

Allí predomina el aire mundano, incompatible con el espíritu del Evangelio [...] Lo que [...] todo el mundo busca allí en primer lugar es gozar del mundo y, después, en segundo lugar, servir a Dios. Su fin último será ir al cielo, no lo niego, pero su fin inmediato es vivir cómodamente, casarse, cobrar unas buenas rentas, estar en buena posición social, ser respetados, una casa estupenda, un paisaje agradable, unos vecinos amistosos en los alrededores... ¡Y no aspiran a más!, les da igual cualquier cosa. [...]

Me convencí de que la Iglesia de Inglaterra era [...] una forma de religión que nada tiene que ver con la vida de los Apóstoles⁹.

Y aquí la lapidaria frase de san Agustín: «Si buscáis un medio con que vencer a los paganos, con que atraerlos a la luz, con que llamarlos a la salvación, abandonad sus bagatelas»¹⁰.

III. EL PAN DE VIDA (Jn 6,1-69)

Después de la revelación de Jesús como Hijo de Dios y de cómo describe su forma de ser Hijo, podría parecer que poca novedad podría ya asustar, sorprender o provocar, a sus discípulos y a «los judíos». Pero, como veremos, no es así.

Aquí vamos a encontrar una revelación decisiva de Jesús y una toma de postura que también va a ser decisiva en los suyos.

He aquí el pasaje:

Después de esto partió Jesús a la otra orilla del mar de Galilea, el de Tiberíades. Le seguía una gran muchedumbre porque veían los signos que hacía con los enfermos. Jesús subió al monte y se sentó allí con sus discípulos. Pronto iba a ser la Pascua, la fiesta de los judíos.

Jesús, al levantar la mirada y ver que venía hacia él una gran muchedumbre, le dijo a Felipe: «¿Dónde vamos a comprar pan para que coman éstos?» Lo decía para probarle, pues él sabía lo que iba a hacer.

⁹ J. H. NEWMAN, *Perder y Ganar* (Encuentro, Madrid 2009), 253-255

¹⁰ S. AGUSTÍN, Sermón 62

Felipe le respondió: «Doscientos denarios de pan no bastan ni para que cada uno coma un poco».

Uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro, le dijo: «Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero, ¿qué es esto para tantos? »

Jesús dijo: «Mandad a la gente que se siente». Había en aquel lugar hierba abundante.

Y se sentaron un total de unos cinco mil hombres. Jesús tomó los panes y, después de dar gracias, los repartió a los que estaban sentados, e igualmente les dio cuantos peces quisieron.

Cuando quedaron saciados, les dijo a sus discípulos: «Recoged los trozos que han sobrado para que no se pierda nada».

Y los recogieron, y llenaron doce cestos con los trozos de los cinco panes de cebada que sobraron a los que habían comido.

Aquellos hombres, viendo el signo que Jesús había hecho, decían: «Éste es verdaderamente el Profeta que viene al mundo».

Jesús, conociendo que estaban dispuestos a llevárselo para hacerle rey, se retiró otra vez al monte él solo.

Cuando estaba atardeciendo, bajaron sus discípulos al mar, embarcaron y pusieron rumbo a la otra orilla, hacia Cafarnaún. Ya había oscurecido y Jesús aún no se había reunido con ellos. El mar estaba agitado a causa del fuerte viento que soplaba. Después de remar unos veinticinco o treinta estadios, vieron a Jesús que andaba sobre el mar y se acercaba hacia la barca, y les entró miedo. Pero él les dijo: «Soy yo, no temáis».

Entonces ellos quisieron que subiera a la barca; y al instante la barca llegó a tierra, al lugar adonde iban.

Al día siguiente, la multitud que estaba al otro lado del mar vio que no había allí más que una sola barca, y que Jesús no había subido a ella con sus discípulos, sino que éstos se habían marchado solos. De Tiberíades otras barcas llegaron cerca del lugar donde habían comido el pan después de haber dado gracias al Señor. Cuando la multitud vio que ni Jesús ni sus discípulos estaban allí, subieron a las barcas y fueron a Cafarnaún buscando a Jesús. Y al encontrarle en la otra orilla del mar, le preguntaron: «Maestro, ¿cuándo has llegado aquí?»

Jesús les respondió: «En verdad, en verdad os digo que vosotros me buscáis no por haber visto los signos, sino porque habéis comido los panes y os habéis saciado. Obrad no por el alimento que se consume sino por el que perdura hasta la vida eterna, el que os dará el Hijo del Hombre, pues a éste lo confirmó Dios Padre con su sello».

Ellos le preguntaron: «¿Qué debemos hacer para realizar las obras de Dios?»

Jesús les respondió: «Ésta es la obra de Dios: que creáis en quien Él ha enviado».

Le dijeron: «¿Y qué signo haces tú, para que lo veamos y te creamos? ¿Qué obras realizas tú? Nuestros padres comieron en el desierto el maná, como está escrito: Les dio a comer pan del cielo».

Les respondió Jesús: «En verdad, en verdad os digo que Moisés no os dio el pan del cielo, sino que mi Padre os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que ha bajado del cielo y da la vida al mundo».

«Señor, danos siempre de este pan», le dijeron ellos.

Jesús les respondió: «Yo soy el pan de vida; el que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá nunca sed. Pero os lo he dicho: me habéis visto y no creéis. Todo lo que me da el Padre vendrá a mí, y al que viene a mí no lo echaré fuera, porque he bajado del cielo no para hacer mi voluntad sino la voluntad de Aquel que me ha enviado. Ésta es la voluntad de Aquel que me ha enviado: que no pierda nada de lo que Él me ha dado, sino que lo resucite en el último día. Porque ésta es la voluntad de mi Padre: que todo el que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna, y yo le resucitaré en el último día».

Los judíos, entonces, comenzaron a murmurar de él por haber dicho: «Yo soy el pan que ha bajado del cielo». Y decían: «¿No es éste Jesús, el hijo de José, de quien conocemos a su padre y a su madre? ¿Cómo es que ahora dice: «He bajado del cielo?» »

Respondió Jesús y les dijo: «No murmuréis entre vosotros. Nadie puede venir a mí si no le atrae el Padre que me ha enviado, y yo le resucitaré en el último día. Está escrito en los Profetas: Y serán todos enseñados por Dios. Todo el que ha escuchado al que viene del Padre, y ha aprendido, viene a mí. No es que alguien haya visto al Padre, sino que aquel que procede de Dios, ése ha visto al Padre. En verdad, en verdad os digo que el que cree tiene vida eterna.

»Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron. Éste es el pan que baja del cielo, para que si alguien lo come no muera. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo. Si alguno come este pan vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo».

Los judíos se pusieron a discutir entre ellos: «¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?»

Jesús les dijo: «En verdad, en verdad os digo que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Igual que el Padre que me envió vive y yo vivo por el Padre, así, aquel que me come vivirá por mí. Éste es el pan que ha bajado del cielo, no como el que comieron los padres y murieron: quien come este pan vivirá eternamente».

Estas cosas dijo en la sinagoga, enseñando en Cafarnaún.

Al oír esto, muchos de sus discípulos dijeron: «Es dura esta enseñanza, ¿quién puede escucharla?»

Jesús, conociendo en su interior que sus discípulos estaban murmurando de esto, les dijo: «¿Esto os escandaliza? Pues, ¿si vierais al Hijo del Hombre subir adonde estaba antes? El espíritu es el que da vida, la carne no sirve de nada: las palabras que os he hablado son espíritu y son vida. Sin embargo, hay algunos de vosotros que no creen». En efecto, Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían y quién era el que le iba a entregar.

Y añadía: «Por eso os he dicho que ninguno puede venir a mí si no se lo ha concedido el Padre».

Desde ese momento muchos discípulos se echaron atrás y ya no andaban con él.

Entonces Jesús les dijo a los doce: — ¿También vosotros queréis marcharos?

Le respondió Simón Pedro: — Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Santo de Dios.” (Jn 6,1-69)

Para que entendamos bien este largo pasaje es necesario ampliar nuestra perspectiva y darnos cuenta de la relación que el Evangelio de san Juan establece desde el principio entre Jesús y Moisés. Y es que esta relación ya aparece en su famoso prólogo. Como recordaréis, allí Juan habla del Verbo, del Hijo de Dios, como Palabra o Verbo de Padre, el Verbo que pone su morada entre nosotros. Al final del prólogo, leemos: : **«Pues de su plenitud [está hablando de la plenitud del Verbo hecho carne] todos hemos recibido, gracia tras gracia. Porque la Ley fue dada por Moisés; la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo. A Dios nadie lo ha visto jamás; el Dios Unigénito, el que está en el seno del Padre, él mismo lo dio a conocer»** (Jn 1,16-18).

En estas palabras del prólogo se habla: primero del gran don que dejó Moisés a su Pueblo: la Ley, que es entendida como un camino de vida. Nosotros solemos entender la ley como una imposición, pero en el AT la Ley aparece, por un lado como la expresión de una Alianza entre Dios y su Pueblo, una alianza amorosa; y por otro lado, como un camino de vida: «Haz esto y tendrás vida, tú y tus hijos». Esta es la gran herencia de Moisés.

Sin embargo el don de la Ley es una sombra en comparación con el gran don que trae el Verbo: la gracia y la verdad.

Volvamos a Moisés: ¿Cómo había sido capaz Moisés de entregar como herencia a su pueblo este camino de vida que era la Ley?: Su relación estrecha con el Dios verdadero. Ahora esta relación estrecha de Moisés con el Dios verdadero es solo una sombra comparada con la relación del Verbo de Dios con Dios. El Verbo viene del Padre; él mismo es el Dios Unigénito, el único engendrado por el Padre; y él permanece en el seno del Padre. Esta intimidad no es comparable a la de Moisés, la relación de Moisés con Dios es sólo una sombra si la comparamos con la relación del Hijo, el Verbo, con el Padre. De ahí la diferencia entre el don que pudo dejar Moisés a su Pueblo y el don que nos da el Verbo hecho carne: **«la Ley fue dada por Moisés; la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo»**.

La relación de Moisés con el Dios verdadero constituía su grandeza, pero tenía sus límites, descritos de forma muy gráfica y sugestiva en el libro del Éxodo (Ex 33,7-23). Se explica cómo Moisés estableció fuera del perímetro del campamento judío la Tienda del Encuentro. Cuando Moisés se dirigía a la Tienda del Encuentro, todo el pueblo se levantaba y permanecía en pie a la puerta de su tienda. Y cuando Moisés entraba, descendía la columna de nube sobre la Tienda mientras el Señor hablaba con Moisés. Entonces todo el pueblo se postraba cada uno junto a la puerta de su tienda. Y dice el texto: **«El Señor hablaba con Moisés cara a cara, como se habla con un amigo»**. Estas palabras expresan el grado de cercanía e intimidad entre Dios y Moisés. Sin embargo este «hablar cara a cara» no hay que entenderlo de una forma absoluta. El libro del Éxodo sigue relatando cómo Moisés entabla un diálogo con Dios y le va pidiendo algunas cosas, por

ejemplo, que les acompañe en el camino hacia la tierra prometida con esa presencia que suponía la Tienda del Encuentro. Y Dios va respondiendo a todo «sí». Entonces Moisés hace la gran petición: «**Déjame ver tu gloria**», «**déjame ver tu rostro**». Y aquí llega el único «no» de Dios a Moisés. Le responde Dios: Yo haré pasar todo mi esplendor ante ti, pero no podrás ver mi rostro. Mira aquí en la roca hay una grieta, te pondrás allí, cuando yo pase taparé la grieta con mi mano y al retirar la mano, podrás ver mi espalda, «**pero mi rostro no se puede ver**». Este es un texto precioso porque expresa el gran anhelo del hombre: alcanzar a Dios, contemplar a Dios en su mismo ser y deleitarse en él. Un deseo que está alentado además por la misma Escritura, por ejemplo cuando dice en el salmo: «**Buscad mi rostro**».

La negativa de Dios responde a una realidad: que entre el hombre y Dios existe aún una frontera que el hombre no puede salvar. Dios es demasiado grande y el hombre es aún demasiado pequeño. Aún tendrán que ocurrir dos cosas: que Dios se abaje y que Dios eleve al hombre en su ser, lo acreciente en su ser, recree el ojo de su espíritu para hacerle capaz de entrar en su contemplación. Y eso no ocurrirá hasta que llegue la plenitud de los tiempos.

Juan dice en el prólogo: «**ningún hombre ha visto a Dios**», por tanto, tampoco Moisés. Sin embargo, el límite que experimentó Moisés no lo tiene el Verbo, porque el Verbo es el Unigénito del Padre, viene del Padre y permanece en el seno del Padre. Y el Verbo nos lo ha dado a conocer.

Esta es la relación que el cuarto evangelista establece entre Moisés y Jesús en el pórtico de su Evangelio, y es una relación que vuelve a aparecer en el episodio que comentamos. Pero antes de ir a él es necesario que os quedéis con una cosa que ya hemos dicho: el gran don que Moisés dejó en herencia fue la Ley, entendida como camino de vida.

Vayamos ahora al nuestro pasaje:

1. Lo primero que hace notar el evangelista es el tiempo sagrado en el que se enmarcan los signos y las palabras de Jesús: «estaba cerca la fiesta de la Pascua». Se trata de la segunda Pascua de la vida pública de Jesús. Sobre el paso del tiempo y su relación con la historia de la salvación ya hemos hablado. Este pasaje está puesto en relación con la fiesta judía de la pascua y con el establecimiento de la pascua cristiana en la muerte y en la resurrección de Cristo, como acontecimiento salvífico para el que cree.

2. Después el evangelista narra el gran signo de la multiplicación de los panes y los peces y del dejar saciada a la multitud. Es aquí cuando aparece en nuestro texto la primera referencia a Moisés. Y es que, al ver el signo, aquellos hombres dicen: «**Éste es verdaderamente el Profeta que tenía que venir al mundo**». Ahora, ¿a qué profeta se refieren? A uno que fue prometido a Moisés.

Moisés estaba ya al final de su vida y de su servicio a Israel. Lo ha liberado de la esclavitud, lo ha conducido por el desierto, ha concluido la Alianza del

Sinaí y con ella Israel ha recibido la Ley de la vida. Después de todo ese camino, Moisés tiene a la vista la Tierra prometida que él no pisará. En esta situación, el libro del Deuteronomio pone en boca de Moisés un largo discurso en el que va explicitando, a la luz de la Alianza y de la Ley, todo un código que debe regir la vida de Israel. Y en esa larga explicitación de la Ley, Moisés dice a su pueblo: «**Y el Señor me dijo: “[...] Les suscitaré un profeta como tú de entre sus hermanos; y pondré mis palabras en su boca; él les hablará cuanto yo le ordene. Si alguno no escucha las palabras que hablará en mi nombre, yo le pediré cuentas”**» (Dt 18,17–19) ¿Qué significa la promesa de «un profeta como tú»? Es una forma velada de decir que la ley no es completa, el camino de la vida, no está completo. «**Un profeta como tú**», es la promesa de uno que vive en la intimidad con Dios y que complete el camino de la vida.

Cuando los discípulos ven el signo que ha hecho Jesús y dice: «**Éste es verdaderamente el Profeta que tenía que venir al mundo**», se están refiriendo a este prometido por Dios a Moisés.

3. Después de esto, viene un segundo signo: Jesús se aleja al monte y luego camina sobre las aguas agitadas. Pero aquí no nos paramos.

4. El diálogo con los que habían visto el signo de la multiplicación continúa al día siguiente. Los judíos le preguntan cómo ha llegado hasta allí y Jesús les espeta: vosotros me buscáis porque habéis comido y os habéis saciado, sin daros cuenta de que el pan que comisteis era el signo de algo más grande. Obrad no por el alimento que perece, sino por el que permanece hasta la vida eterna, el que yo os daré —no son las palabras literales, sino interpretadas—.

Entonces los judíos hacen la segunda alusión a Moisés: «**¿Qué debemos hacer para hacer las obras de Dios?**». Al que antes habían reconocido como «el profeta», que como Moisés, debería indicar, el camino de la vida completando la Ley, le preguntan por ese camino, entendiendo que es algo que ellos deben hacer o cumplir: ¿Qué tenemos que hacer? ¿Cuál es el camino que tú nos marcas?

La respuesta de Jesús, sin embargo, aparece aquí resumida de una forma muy distinta a como se podría resumir la ley de Moisés. Porque no se trata de hacer esto o aquello, sino que Jesús centra el camino de la vida en su propia persona: «**Esta es la obra de Dios: que creáis en quien él ha enviado**».

Los judíos ven la diferencia entre la ley de Moisés, que hacía referencia a sus deberes para con Dios y para con el prójimo, y esta nueva ley, que parece centrarse en la persona de quién les habla, y empiezan a dudar de que realmente este sea el Profeta. Por eso le dicen: ¿qué signo nos muestras para que creamos en ti? Moisés nos dio Pan del Cielo —haciendo referencia al maná del desierto—, ¿qué signo haces tú para que creamos en ti. Para un cambio tan drástico en el camino de la vida, los judíos querían una prueba más contundente que la multiplicación de los panes que habían visto el día anterior.

La primera parte de la respuesta de Jesús parece que les satisface. Jesús les dice: «**Moisés no os dio el pan del cielo, sino que es mi Padre quien os da el**

verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que ha bajado del cielo y da la vida al mundo». ¿Qué significan estas palabras. En primer lugar algo que los judíos sabían: que el pan del desierto no era el verdadero pan, era sólo un pan provisional, es un pan sustituto, un sucedáneo de pan, que no era sino un alimento que debía ser superado y que, además, se corrompía. De hecho, cuando Israel pudo comer de la tierra prometida, cesó el maná. Así que Jesús les dice: aquel pan no era el verdadero pan del cielo, mi Padre es el que da el verdadero pan bajado del cielo, que da vida al mundo.

El caso es que los judíos escuchan con agrado aquello de que Dios les ofrece un pan verdaderamente venido del cielo que da vida. Y le responden: «**Danos de ese pan**».

5. Es aquí cuando llega el primer escándalo para los judíos, porque Jesús dice: yo soy ese pan que baja del cielo y da vida al mundo. En estas palabras de Jesús hay dos afirmaciones que son clave:

1ª. Su origen celeste, su origen divino: el es alguien que viene del cielo, que viene de Dios, su origen está en Dios.

2ª. Justamente por eso puede dar la vida al mundo. Moisés trajo la Ley, Jesús trae la gracia y la verdad, porque él es el Dios unigénito y solo Dios puede convertirse en el pan que da vida al corazón del hombre.

La afirmación de Jesús era muy provocativa para los judíos. Decían: «**¿No es éste Jesús, el hijo de José, de quien conocemos a su padre y a su madre? ¿Cómo es que ahora dice: “He bajado del cielo?”**». Hay que tener en cuenta que los judíos entendían, y con razón, que Dios es trascendente, que no está al alcance del hombre. Justamente por eso Moisés había experimentado el límite de su relación con Dios y no había podido contemplar su rostro. ¿Cómo puede este decir que ha bajado del cielo? Si además conocemos a su padre y a su madre, es decir, sabemos que ha nacido como cualquier otro. ¿De qué habla?

6. Pero la provocación a la fe no ha terminado. Jesús vuelve a identificarse con el pan del cielo, el pan que viene de Dios, con el pan que sólo por eso es capaz de dar vida y de saciar al hombre, pero introduce un nuevo elemento desconcertante: este pan es mi carne y es necesario comer esta carne. Leo el texto, que es el centro de todo el largo pasaje:

«Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron en el desierto el maná y murieron. Éste es el pan que baja del cielo, para que si alguien lo come no muera. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo. Si alguno come este pan vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo».

Los judíos se pusieron a discutir entre ellos: «¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?»

Jesús les dijo: «En verdad, en verdad os digo que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que

come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Igual que el Padre que me envió vive y yo vivo por el Padre, así, aquel que me come vivirá por mí. Éste es el pan que ha bajado del cielo, no como el que comieron los padres y murieron: quien come este pan vivirá eternamente».

En estas palabras Jesús se reafirma en su origen divino y lo hace más explícito, más concreto: Habla de Dios como su Padre. Lo había hecho antes, pero ahora de forma más clara.

Habla de cómo él es en concreto él es Hijo: yo vivo por el Padre.

Se reafirma en que él es el pan que ha bajado del cielo, pero la imagen del pan que es necesario comer se hace más audaz: esta pan es mi carne. Y quien me coma recibirá de mí la vida, vida eterna. El que me coma permanecerá en mí y yo en él y de la misma manera que yo recibo la vida del Padre, el que me coma vivirá por mí.

Ahora: ¿qué hay detrás de la imagen del pan que se da como alimento, de la carne que hay que comer? —Una forma de sacrificio de la persona. Sin concretar el cómo, Jesús anuncia un camino de muerte.

Lo más escandaloso está en esto: al tiempo que afirma su origen divino y su filiación, anuncia que su camino para dar la vida al mundo, es un camino de muerte.

En otro lugar del evangelio según san Juan se alude a la necesidad de morir para dar vida al mundo, con una imagen muy cercana a la del pan: **«En verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo no muere al caer en tierra, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto»** (Jn 12,24). El pan que alimenta es el fruto del trigo, que antes ha tenido que morir para multiplicarse y ser capaz de dar el fruto necesario.

El pan de Dios que da vida al mundo y sacia, es el fruto de su sacrificio. No es simplemente Cristo, sino Cristo ofrecido en sacrificio, el Hijo perfeccionado en la horna (o en la fragua) de la humillación (cf. Si 2,2). Sólo pasando por la cruz, llegará Cristo a ser el pan perfecto para el hombre.

La estrecha relación entre Dios y el sacrificio en la misma persona de Jesús es ya el colmo del escándalo. Éste no solo se hace uno con Dios, sino que siendo uno con Dios se propone como carne de sacrificio para dar vida. No solo es alguien que tiene la pretensión de venir de Dios y ser su Hijo, sino quien señala la propia muerte como fuente de vida. Esto son ideas que no casaban bien en la mente de los judíos y que no casan bien tampoco con nuestra sensibilidad: Dios humillado, lo más alto en lo más bajo, el camino de la humillación como el camino de Dios, y en esa humillación la vida verdadera para el hombre.

Resumamos las tres ideas clave que resumen la revelación de Jesús y la provocación que suponen para los judíos:

1ª. Su origen celeste, su origen divino: él es alguien que viene del cielo, que viene de Dios, su origen está en Dios.

2ª. Justamente por eso puede dar la vida al mundo. Moisés no pudo dar más que la ley, Jesús trae la gracia y la verdad, porque él es el Dios unigénito. Y sólo Dios puede convertirse en el pan que da vida al corazón del hombre.

3ª. La relación entre ser uno con Dios y el propio sacrificio para dar la vida de Dios, lo que será después la relación entre Dios y la cruz de Cristo.

7. Estas afirmaciones suponían una provocación no sólo para los que san Juan llama «los judíos», sino también para aquellos que se consideraban discípulos. Primero había que aceptar que Dios estuviese en aquel hombre, ahora que el camino de Dios para dar vida pasaba por alguna y escondida forma de destrucción. La provocación exigía una toma de postura: dar fe o rechazar a aquel que se proponía a sí mismo como vida del pan bajado del cielo y pan que había que comer. Jesús al poner su persona en el centro de la cuestión (**«Esta es la obra de Dios, que creáis en aquel que él ha enviado»**) fuerza a acogerle a él o a rechazarle. Los discípulos no pueden separar entre la persona y el mensaje. Rechazar el mensaje significa alejarse de la persona, aceptar el mensaje significa entregarse a él.

Y las dos cosas se dan entre los que le siguen: **«Al oír esto, muchos de sus discípulos dijeron: “Es dura esta enseñanza, ¿quién puede escucharla?” [...]. Desde ese momento muchos discípulos se echaron atrás y ya no andaban con él. Entonces Jesús les dijo a los Doce: “¿También vosotros queréis marcharos?”. Le respondió Simón Pedro: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Santo de Dios”»**

8. Es sorprendente cómo el gran signo de la multiplicación de los panes, termine siendo la ocasión que anuncia el camino hacia la cruz. De esta forma se convierte en una encrucijada para aquellos que le siguen, que se ven forzados a tomar una decisión respecto a la persona de Jesús.

Es necesario destacar que en los Evangelios sinópticos también aparece la multiplicación de los panes como una encrucijada para los que siguen a Jesús. Y la confesión de fe de Pedro en relación con la revelación del camino de la cruz. Después de que hayamos analizado el texto, se ven mejor las conexiones profundas entre los sinópticos y Juan:

- A) «La multiplicación de los panes se convierte, por un lado, en el signo eminente de la misión mesiánica de Jesús, pero al mismo tiempo en una encrucijada en su actuación, que a partir de entonces se convierte en un camino hacia la cruz»¹¹.
- B) En los sinópticos aparece primero el acto de fe de Pedro (Mt 16,16; Mc 8, 29; Lc 9,20), luego la revelación del camino hacia la muerte, el escándalo de Pedro y la reafirmación, por parte de Jesús, de ese

¹¹ Joseph Ratzinger, *Jesús de Nazaret I* (La esfera de los libros, Madrid 2007) 311

camino como el camino previsto por Dios. En Juan es al revés, y casi tiene más fuerza dramática aquí el acto de fe de Pedro.

Para Pedro y para los otros Doce las palabras de Jesús tuvieron que suponer un choque tremendo. En el cuarto evangelio Jesús no dice con tanta claridad que va a morir en Jerusalén, pero la oscuridad del camino, el no saber, no quita dramatismo, más bien al contrario. Y luego está el hecho de que muchos se apartasen: ¿No les haría pensar a ellos en dejarlo también? Jesús mismo pone en evidencia esta tentación que tuvieron que sufrir y vencer: «**¿También vosotros queréis marcharos?**».

Muchos de los discípulos se van, pero el grupo de los Doce se mantiene y da un nuevo paso en su fe: «**Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Santo de Dios** ». Se podría pensar que con estas palabras Pedro retoma el tema de la comparación entre Jesús y Moisés. Moisés había dado con la ley palabras de vida, pero a Jesús Pedro le dice: «**Tú tienes palabras de vida eterna**».

La confesión de fe de Pedro es un punto determinante, una verdadera encrucijada en la fe de los apóstoles. No sólo aceptan el origen divino de Jesús, sino el contradictorio y oscuro camino del sacrificio. Es seguro que los Doce no tenían en este momento una plena comprensión las palabras de Jesús, que no tenían una idea clara de lo qué significaba que Jesús se identificase con Dios, afirmase su origen divino y que hablase de Dios como de su Padre. Tampoco podían en ese momento prever el concreto camino del sacrificio que se escondía tras las palabras de Jesús ofreciéndose como pan y carne que es necesario comer. Pero sin este paso de aceptación más bien oscura de lo que Jesús les decía con palabras y les mostraba con signos no habrían podido seguir adelante, ni habrían podido afrontar el escándalo de la cruz, ni habrían podido luego, después de la resurrección, llegar a la identificación plena entre el crucificado con el Dios verdadero, como hará Tomás en la famosa escena de las llagas: «**Señor mío y Dios mío**».

Los Doce, para comprender, primero tienen que creer. Es la naturaleza de la fe. No viene primero el conocimiento propio del uso inductivo o deductivo de la razón y luego cuando ya se ha acortado el camino viene la fe. Ese camino previo existe sin duda: los apóstoles ven signos, entienden a la luz de lo ya anunciado en el AT y a la luz de las expectativas del alma humana. Pero el conocimiento propio de la fe no se concluye de la suma de todas las pruebas. Hay un conocimiento de Dios que sólo da el acto mismo de dar fe. La fe da luz a la inteligencia. Una vez recorrido cierto camino, como el que han hecho hasta aquí los Doce, el paso decisivo no es entender para creer, sino más bien, creer para entender («*Credo un intelligam*»¹²).

¹² SAN ANSELMO DE CANTERBURY, Proslogion 1; Cf. San Agustín, *Tract. Ev. Jo.*, 29.6: « crede, ut intelligas »

Este paso decisivo de la fe está gráficamente expresado en estas palabras que Newman pone en boca de dos personajes de su novela *Perder y Ganar*:

« Si tengo motivos para creer, tengo que creer, es mi deber. Dios cuidará de su obra en mí. Él no me dejará cuando lo necesite. La fe empieza como un riesgo; la recompensa es que ves »¹³.

« La luz es como la recompensa de los que por un acto de la voluntad, por el dictado de la prudencia y de la razón, abrazan la verdad en ese punto en que la naturaleza se encoge como un cobarde, no llega. Hay que arriesgarse. Antes de la conversión, la fe es un riesgo; después es un don. Se acerca uno a la Iglesia por el camino de la razón, pero para entrar dentro hay que seguir la luz del Espíritu »¹⁴.

Y de una forma muy precisa, escribía Ratzinger:

«La fe, en el sentido del credo, no es una forma imperfecta de saber, una opinión que el hombre puede o debe remover con el saber factible. Es más bien, y esencialmente una forma de actitud espiritual, que existe como propia y autónoma junto al saber factible, pero no que se refiere a él ni de él se deduce. Pues la fe no está subordinada ni a lo factible ni a lo hecho, aunque tenga algo que ver con ambos, sino al ámbito de las grandes decisiones a cuya responsabilidad no puede sustraerse el hombre y que, en rigor, sólo se pueden realizar de una forma. A esta forma la llamamos fe»¹⁵.

¹³ J. H. NEWMAN, *Perder y Ganar* (Encuentro, Madrid 2009) 327

¹⁴ *Ibid.*, 368

¹⁵ J. RATZINGER, *Introducción al Cristianismo* (Sígueme, Salamanca 2007) 65

TEMA 4: LOS APÓSTOLES ANTE EL CRUCIFICADO QUE HA VENCIDO LA MUERTE

I. INTRODUCCIÓN:

1. Recapitulación:

El tiempo limitado que tenemos para desarrollar nuestro curso nos obliga a dar un gran salto en el camino de la fe de los Apóstoles. En el tema anterior vimos dos puntos neurálgicos de la revelación de Cristo:

a) Sobre ¿quién es?

- su identificación con Dios,
- su filiación (que él es el Hijo de Dios)
- el modo de su filiación (cómo vive humanamente esa filiación única)

b) Sobre su misión:

- la revelación de su misión (él es el pan que viene a dar vida al que crea en él)
- el modo de esa misión (entregarse como carne para ser comido), lo que ya indicaba el camino hacia el sacrificio.

Jesús une en su persona dos realidades que parecen contrapuestas: por un lado su origen divino, su ser uno con Dios, su pretensión de ser Hijo, y el camino de sacrificio, como el modo oscuro de su misión: **«el que me come, vivirá por mí»**.

E identifica el camino del hombre, la respuesta al desafío de la existencia humana, lo que debe hacer para alcanzar su salvación, con el único hecho de acogerle a él por la fe: **«Esta es la obra de Dios: que creáis en quien él ha enviado»**.

Identificar la salvación del hombre, de cada uno de los hombres concretos que tiene delante y le escuchan, con la fe en él y, además, unir en su persona al realidad de Dios y el camino del sacrificio, fuerza a una toma de postura de cada uno. Todos tienen que tomar postura ante él. No sólo ante las cosas que dice, sino ante él. Al final hay que acogerle o rechazarle a él. Los que le siguen, no sólo los Doce sino todos los otros, están ante una verdadera encrucijada. Esta encrucijada se salda con el abandono de muchos y con la decisión de los Doce de permanecer con él: **«Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Santo de Dios»**.

Rechazarle y alejarse o acogerle y seguirle.

Acogerle y seguirle implica ya una forma de tomar ese camino oscuro que ha dejado entrever en la imagen del pan y de la carne que es necesario comer. Se nota una especie de desconcierto del alma, que no sabe muy bien lo que tiene

delante y que no sabe muy bien el camino que se abre a sus pasos. Pedro y los Doce participan con ello del desconcierto de los que se van. Su acto de fe, la decisión de seguirle, no excluye de su alma lo que experimentan aquellos que se van, pero en ellos pesa más la fascinación por aquel hombre de carne y hueso, por aquel hombre real en cuya compañía se experimenta la alegría de novedad que ya ha comenzado y la apertura a una esperanza de vida plena, la vida eterna, la vida de Dios.

En las palabras de Pedro aparece el reconocimiento de esta novedad (**«Hemos creído y conocido que tú eres el Santo de Dios»**); aparece la esperanza de la vida plena que su presencia abre (**«Tú tienes palabras de vida eterna»**); y aparece de una forma muy expresiva el deseo de no volver al hastío de la vida anterior, antes de que aquel hombre apareciese en sus vidas (**«¿A quién vamos a ir?»**).

2. La perseverancia de los Apóstoles en el seguimiento de Cristo

Es ahora cuando daremos un gran salto en el camino de seguimiento de los Apóstoles según se desprende del cuarto evangelio. El relato de la multiplicación de los panes se abre con esta nota: **«Estaba cerca la Pascua, la fiesta de los judíos»** (Jn 6,4). Era la segunda Pascua de la vida pública de Jesús.

En la Pascua siguiente los Apóstoles van a ver a su Maestro en la cruz.

Entre ambas celebraciones de la Pascua se ha dado un periodo de fuertes controversias entre Jesús y «los judíos», una tensión que va a más. En varias ocasiones se hace alusión al escándalo que supone para «los judíos» la pretensión de Jesús y sus deseos de acabar con él.

Los apóstoles van a ser testigos de esta tensión, pero no espectadores pasivos, pues cada día que permanecen junto a Jesús, significa para ellos una toma de postura y un pequeño pero decisivo acto de fe. Es un tiempo prolongado en el que dentro de esta dinámica de enfrentamiento, ellos seguirán escuchando y viendo las palabras y los gestos de su Maestro. Su perseverancia en la escucha, en la contemplación y la compañía de Cristo, es determinante para la formación de la fe definitiva.

Digamos alguna cosa a grandes rasgos de este período. Recuerdo que, a causa de nuestras limitaciones, nos ceñimos al itinerario que se nos muestra en el Evangelio según san Juan.

¿Cuál es la causa de esa tensión creciente y del deseo de «los judíos» de acabar con él? La respuesta es sencilla: la pretensión de Jesús. Lo que ya hemos visto en los dos pasajes anteriores, repetido y explicitado una y otra vez en circunstancias diversas: Jesús que muestra quien es y, de esta forma se ofrece como salvación definitiva de quien lo escucha, forzando una respuesta personal ante él. Y cada nueva vez, lo que Jesús dice les queda más claro y provoca en «los judíos» un rechazo cada vez mayor y más violento.

Tras la curación del paralítico en la piscina de Betesda, ya habíamos leído: **«Por esto los judíos con más ahínco intentaban matarle, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que también llamaba a Dios Padre suyo, haciéndose igual a Dios»** (Jn 5,18). Después del milagro de la multiplicación de los panes y del diálogo sobre el pan de vida, también encontramos esta anotación: **«Después de esto caminaba Jesús por Galilea, pues no quería andar por Judea, ya que los judíos le buscaban para matarle»** (Jn 7,1). La idea de que querían matarle aparece varias veces durante este arco de tiempo (7,25; 8,59; 10,31). Jesús mismo alude varias veces a que quieren acabar con él (Jn 7,19; 8,37.40). Así hasta que de forma solemne, tras la resurrección de Lázaro, el Sanedrín decide darle muerte (Jn 11,53).

En el último discurso que analizamos, el del «Pan de Vida», Jesús había desvelado, de forma oscura en cuanto a los pormenores, su camino hacia el sacrificio. Es realmente curioso que lo que va a provocar su sacrificio es justamente el rechazo a su revelación. Los que no dan fe, no permanecen en el exterior de la vida de Cristo, no simplemente se alejan, sino que le darán muerte. Y así, de forma misteriosa, participarán en el camino que habían rechazado: su rechazo se convertirá en la *causa agente* de la muerte de Cristo.

En resumen: lo que provoca el rechazo y el deseo de darle muerte es, en primer lugar la pretensión que muestra Jesús de ser Uno con Dios y de ser Hijo de Dios. Así aparece, por ejemplo en este diálogo:

“Se celebraba por aquel tiempo en Jerusalén la fiesta de la Dedicación. Era invierno. Paseaba Jesús por el Templo, en el pórtico de Salomón. Entonces le rodearon los judíos y comenzaron a decirle: — ¿Hasta cuándo nos vas a tener en vilo? Si tú eres el Cristo, dínoslo claramente¹⁶.

Les respondió Jesús: — Os lo he dicho y no lo creéis; las obras que hago en nombre de mi Padre son las que dan testimonio de mí. Pero vosotros no creéis porque no sois de mis ovejas. Mis ovejas escuchan mi voz, yo las conozco y me siguen. Yo les doy vida eterna; no perecerán jamás y nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre, que me las dio, es mayor que todos; y nadie puede arrebatarlas de la mano del Padre. Yo y el Padre somos uno.

Los judíos recogieron otra vez piedras para lapidarlo. Jesús les replicó: — Os he mostrado muchas obras buenas de parte del Padre, ¿por cuál de ellas queréis lapidarme?

-No queremos lapidarte por ninguna obra buena, sino por blasfemia; y porque tú, siendo hombre, te haces Dios -le respondieron los judíos. (Jn 10,22–33)

Para tener una visión de conjunto sobre lo que supone esta tensión entre Jesús y «los judíos», me parece oportuno recordar la relación que el CCE nace

¹⁶ Creo que ya todos tenéis claro que para los judíos era muy distinto que Jesús se presentase como el “el Cristo” a que se presentase como “el Hijo”. “El Cristo” era una figura que ellos esperaban. Luego, si Jesús u otro, se presentaba como “el Cristo” podían creerlo o no. Pero algo muy distinto era que alguien se presentase como el Hijo, en el sentido fuerte en el que aparece en este pasaje: «Yo y el Padre somos uno». Eso implicaba una novedad en la visión judía del ser de Dios que no era fácil que aceptaran. Jesús va a asumir las dos cosas. Él es el Cristo y lo es siendo el Unigénito de Dios. Él cumple la promesa del Mesías, pero de una forma sorprendente, porque no es un mero enviado, sino el Hijo.

notar entre Jesús e Israel: entre Jesús y la Ley, entre Jesús y el Templo, entre Jesús y la fe de Israel en el Dios Único y Salvador (CCE 574 – 594). Veamos algunas de las cosas que dice el CCE antes de seguir adelante:

574 Desde los comienzos del ministerio público de Jesús, fariseos y partidarios de Herodes, junto con sacerdotes y escribas, se pusieron de acuerdo para perderle (Cf. Mc 3, 6). Por algunas de sus obras (expulsión de demonios, Cf. Mt 12, 24; perdón de los pecados, Cf. Mc 2, 7; curaciones en sábado, Cf. 3, 1-6; interpretación original de los preceptos de pureza de la Ley, Cf. Mc 7, 14-23; familiaridad con los publicanos y los pecadores públicos, (Cf. Mc 2, 14-17), Jesús apareció a algunos malintencionados sospechoso de posesión diabólica (Cf. Mc 3, 22; Jn 8, 48; 10, 20). Se le acusa de blasfemo (Cf. Mc 2, 7; Jn 5,18; 10, 33) y de falso profetismo (Cf. Jn 7, 12; 7, 52), crímenes religiosos que la Ley castigaba con pena de muerte a pedradas (Cf. Jn 8, 59; 10, 31).

[...]

589 Jesús scandalizó sobre todo porque identificó su conducta misericordiosa hacia los pecadores con la actitud de Dios mismo con respecto a ellos (Cf. Mt 9, 13; Os 6, 6). Llegó incluso a dejar entender que compartiendo la mesa con los pecadores (Cf. Lc 15, 1-2), los admitía al banquete mesiánico (Cf. Lc 15, 22-32). Pero es especialmente, al perdonar los pecados, cuando Jesús puso a las autoridades de Israel ante un dilema. Porque como ellas dicen, justamente asombradas, « ¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios? » (Mc 2, 7). Al perdonar los pecados, o bien Jesús blasfema porque es un hombre que pretende hacerse igual a Dios (Cf. Jn 5, 18; 10, 33) o bien dice verdad y su persona hace presente y revela el Nombre de Dios (Cf. Jn 17, 6-26).

590 Sólo la identidad divina de la persona de Jesús puede justificar una exigencia tan absoluta como ésta: «El que no está conmigo está contra mí» (Mt 12,30); lo mismo cuando dice que él es «más que Jonás... más que Salomón» (Mt 12,41-42), «más que el Templo» (Mt 12,6); cuando recuerda, refiriéndose a que David llama al Mesías su Señor (Cf. Mt 12,36-37), cuando afirma: "Antes que naciese Abraham, Yo soy" (Jn 8,58); e incluso: "El Padre y yo somos una sola cosa" (Jn 10, 30).

591 Jesús pidió a las autoridades religiosas de Jerusalén creer en Él en virtud de las obras de su Padre que Él realizaba (Jn 10, 36-38). Pero tal acto de fe debía pasar por una misteriosa muerte a sí mismo para un nuevo "nacimiento de lo alto" (Jn 3, 7) atraído por la gracia divina (Cf. Jn 6,44). Tal exigencia de conversión frente a un cumplimiento tan sorprendente de las promesas (Cf. Is 53,1) permite comprender el trágico desprecio del sanedrín al estimar que Jesús merecía la muerte como blasfemo (Cf. Mc 3,6; Mt 26,64-66). Sus miembros obraban así tanto por "ignorancia" (Cf. Lc 23,34; Hch 3,17-18) como por el "endurecimiento" (Mc 3,5; Rm 11,25) de la "incredulidad" (Rm 11,20).

En todo este periodo de tiempo, donde muchos de los que se consideraban discípulos se alejan, donde las autoridades judías muestran cada vez de forma más clara su rechazo por la persona de Jesús, brilla aún más la fe, por imperfecta que fuese, de los que se mantienen junto a Cristo y le siguen.

Vayamos, por ejemplo, un momento al pasaje que abre la resurrección de Lázaro. Jesús decide ir a Betania, como sabéis en el corazón de Judea, muy

cercana a Jerusalén, donde se desarrollan todos los conflictos entre Jesús y «los judíos». Jesús les dice: «**¡Vamos a Judea otra vez!**» (Jn 11,7). Y los discípulos le advierten: «**Rabbi, hace poco te buscaban los judíos para lapidarte, y ¿vas a volver allí?** » (Jn 11,8). El diálogo continúa hasta que Jesús sentencia: «**Lázaro ha muerto. Y por vosotros, para que creáis, me alegro de no haber estado allí. ¡Vayamos donde él!**». Y entonces viene la apostilla de Tomás, que a mi me parece llena de sarcasmo y de resignación: «**¡Vayamos también nosotros a morir con él!**». Pero aún así, aunque expresen sarcasmo y resignación, son las palabras de quien se pone en camino detrás de Jesús, sabiendo que está en riesgo su vida.

Por imperfecta que sea, hay una ligazón entre Jesús y los Doce que se ha ido haciendo más fuerte desde aquel episodio que había marcado una encrucijada en su camino, cuando Pedro había respondido por todos: «**¿Dónde quién vamos a ir? Tu tienes palabras de vida eterna y nosotros creemos y sabemos que eres el Santo de Dios**». Y esa ligazón entre la persona concreta de cada uno de los que forman el grupo de los que permanecen a su lado y Jesús, se llama fe.

Aún no ha recibido el don de la luz, el don del conocimiento claro y cierto de la fe. Ellos se encuentran aún en esa fase en la cual la fe es un riesgo, que implica una decisión de la voluntad. Eso no significa que su fe sea irracional o sea anti-humana, anti-natural. Su voluntad no se mueve a ciegas al dar fe a Cristo. La voluntad de los discípulos está guiada por la prudencia: ven signos, ven la correspondencia entre Jesús y su propio corazón, ven la correspondencia entre Jesús y las promesas del Antiguo Testamento. Y con tales signos concordantes es mucho más razonable, mucho más prudente, abrirse a la posibilidad de que sea verdadero lo que ese hombre dice ser y dice, que negar de plano dicha posibilidad. Sin embargo, su fe no deja de ser un riesgo, porque la verdad misma no la pueden ver, no la pueden aferrar ni la pueden señalar con el dedo. Aún no han recibido esa luz que es el premio del mérito de la fe, la luz de la certeza, que distingue la fe plena de la que pronto gozarán. Su fe es un riesgo porque, sin poder ver esta verdad, su decisión de seguir afecta a sus vidas realmente, no es un juego sobre ideas.

Quiero volver a traer aquí las palabras que Newman pone en boca de los personajes de su novela *Perder y Ganar* y que muestra bien, a mi juicio, este proceso de la fe, este paso del riesgo a la luz:

« La fe empieza como un riesgo; la recompensa es que ves »¹⁷.

« La luz es como la recompensa de los que por un acto de la voluntad, por el dictado de la prudencia y de la razón, abrazan la verdad en ese punto en que la naturaleza se encoge como un cobarde, no llega. Hay que arriesgarse. Antes de la conversión, la fe es un riesgo; después es un don »¹⁸.

Sobre las palabras de Tomás — «**¡Vayamos también nosotros a morir con él!**» — quiero decir que solemos leerlas con una especie de sonrisa benevolente, como tomando a broma el carácter de Tomás, pero creo que expresa bien a las

¹⁷ J. H. NEWMAN, *Perder y Ganar* (Encuentro, Madrid 2009) 327

¹⁸ *Ibid.*, 368

claras el progreso de la fe de estos hombres que, de hecho, ya han puesto su vida en manos de otro. El proceso de la fe exige este camino. El conocimiento de Dios es un camino de seguimiento. Un camino que no se abre a quien lo observa con una actitud neutral y sin tomar parte, sino que se abre en la medida en que uno lo recorre. De aquí podemos tomar ya alguna conclusión para la catequesis y para la predicación, para toda forma del ministerio de la Palabra en la Iglesia: que si no implica la expresión de un camino, expresión de un seguimiento, es al final una predicación que no dice nada¹⁹.

Volvamos al hilo de nuestro argumento. Los Doce, arriesgan en el camino del seguimiento de Cristo. Con todas la impurezas que los hombres reales hacemos acompañar a nuestros mejores actos y con todas las incomprensiones o incoherencias que se quiera, pero ellos siguen detrás de Jesús y tampoco él los echa de su lado. Después de la última cena, Lucas registra una de esas «incoherencias» de los Doce, una disputa sobre quién de ellos era el mayor. Jesús les corrige, pero su corrección termina con una palabras que están llenas de agradecimiento o reconocimiento hacia los Apóstoles y a las que sigue una promesa. **«Vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas»** (Lc 22,28). Destacar que la palabra griega que se traduce aquí como «pruebas» es la misma palabra que traducimos como «tentaciones» en el Padrenuestro (πειρασμοίς).

Me parecía importante este versículo para subrayar el mérito de la fe y la necesidad que tiene la fe de ir detrás de Cristo antes de gozar de la luz que le es propia, en el fondo para subrayar que ella es un camino y que no se llega a ella sin «moverse» y sin implicar la vida.

En la oración sacerdotal de Jesús aparece de una forma mucho más conmovedora el reconocimiento a sus discípulos. Ciertamente que se van a dispersar por el miedo y que mostrarán así toda su pobreza y su debilidad. Pero Cristo dice de ellos en oración a su Padre: **«Tuyos eran y tú me los diste; y han guardado tu palabra»** (Jn 17,6).

La Iglesia antigua entendió perfectamente la necesidad de que la fe se vaya formando pacientemente, en la escucha y acogida de la Palabra, al ir instaurando en cada una de las sedes “un catecumenado”, donde durante un tiempo prolongado, los hombres que querían ser cristianos tenían como primera obligación una sola cosa: escuchar (Cf. la etimología de “catequesis”, “catecúmeno”, “catecumenado”). Primero escuchar; y luego, eso mismo, escuchar, pero con paciencia.

¹⁹ Cf. JOSEPH RATZINGER, *Palabra en la Iglesia* (Sígueme, Salamanca 1976) 82-83

II. LOS APÓSTOLES ANTE EL CRUCIFICADO

1. El escándalo de la cruz

Tras la resurrección de Lázaro, san Juan, a lo largo de varios capítulos, nos da un enorme número de palabras de Jesús, que preparan a sus discípulos para lo que van a vivir. Abundan las palabras de Jesús que hacen referencia a su misión, sin la cual va a ser incomprensible su muerte, y aquellas otras que hacen referencia a su relación y unión con Dios. Unas y otras van a ser determinantes después para la comprensión de los hechos de los que van a ser testigos, de la verdad sobre la persona de Jesús y del significado de su vida, del sentido y de la realidad de su misión. Pero en esas no nos podemos detener.

Encontramos muchas palabras dichas para fortalecer su fe o, mejor, para que al final, después de la ruptura que va a suponer la muerte, su fe sea salvada y llevada a su perfección. Rescato ahora sólo algunas de ellas.

El comienzo de la fiesta de la pascua se abre con estas palabras de Jesús, que claramente hacen referencia a su muerte, pero que son también una invitación a mantenerse junto a él, a seguirle y a estar donde él está:

«Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto. El que ama su vida, la pierde; y el que odia su vida en este mundo, la guardará para una vida eterna. Si alguno me sirve que me siga, y donde yo esté, allí estará también mi servidor. Si alguno me sirve, el Padre le honrará» (Jn 12,24-26)

Pero la muerte de Jesús en la cruz va a significar, de hecho una ruptura, no sólo física. A Pedro le anuncia: «**A donde yo voy, no puedes seguirme ahora; me seguirás más tarde**» (13,36).

La muerte de Cristo significará también una ruptura no sólo física, porque ya no pueden estar realmente al lado de Cristo, no sólo moral a causa de su debilidad y su cobardía, sino de otro tipo. Es una crisis en la idea de todas las cosas que habían ido concibiéndose en su alma sobre la persona de Jesús. La contemplación de la humillación y de la muerte en cruz de Jesús va a suponer un golpe *en la fe* los que hasta ese momento se habían mantenido junto a él. A través de esta ruptura, de esta crisis de su fe, también ellos participaran de una forma espiritual pero real en la muerte, en la destrucción que alcanza a Jesús.

Pero esta ruptura va a ser necesaria para dos cosas: primero para alcanzar posteriormente una nueva comprensión de la verdad de Cristo y, así, de la verdad de Dios y del hombre. Segundo, para alcanzar una forma de estar con él, un vínculo con él más inmediato que el que da la cercanía de los cuerpos. Y ambas cosas: una comprensión más plena de la verdad de Jesucristo y una comunión más plena con él, que son los dos elementos fundamentales de la fe apostólica tendrán que ver con dos acontecimientos: la resurrección de Cristo y el don del Espíritu Santo. Llegaremos a eso más tarde.

Por ahora afirmamos el hecho mismo de la ruptura que supone la contemplación de la pasión y de la muerte de Cristo y cómo, de alguna forma, esa ruptura, esa quiebra o crisis de la fe de los Doce es una forma de participación en la muerte de su Señor, es algo así como su Bautismo.

Las siguientes palabras de Jesús también parecen referirse a esta crisis que han de pasar los suyos: « **Dentro de poco ya no me veréis y dentro de otro poco me volveréis a ver [...]** En verdad, en verdad os digo que lloraréis y os lamentaréis, y el mundo se alegrará. Estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo [...] Volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y vuestra alegría nadie os la podrá quitar. Aquel día no me preguntaréis nada » (Jn 16,16.20.22-23a)

Y de nuevo sobre la ruptura: «**Mirad que llega la hora, ha llegado ya, en que os dispersaréis cada uno por vuestro lado y me dejaréis solo**» (Jn 16,32). Insisto en que este dispersarse es mucho más que el hecho de separarse físicamente de Jesús a causa del miedo. Igual que la invitación de Jesús a permanecer en él y en su amor (Jn 15,4) es mucho más que estar plantados físicamente a su lado, así también esta separación es una separación más real y determinante que la física, provocada por el miedo y la debilidad. Esta separación llega más hondo. En el evangelio de Mateo, Jesús se refiere a esta separación utilizando el verbo *σκανδαλίζω* (*skandalizo*): «**Todos vosotros os escandalizaréis por mi causa esta noche**» (Mt 26,31. Cf. Mc 14,27)). Y aunque normalmente las traducciones no lo recojan, el verbo vuelve a aparecer de nuevo en la réplica de Pedro: «**Aunque todos se escandalicen por tu causa, yo nunca me escandalizaré**» (Mt 26,33). Escandalizar significa «causa de tropiezo moral»; también «ofender», «golpear moralmente»; o «provocar sentimiento de repulsa»; o «provocar desconfianza».

Desde el prendimiento en el huerto, se produce esta ruptura. San Juan menciona a Pedro, que con la espada hiere a Malco. La negativa de Jesús al uso de la espada y el consiguiente arresto, pone la primera separación entre Jesús y los suyos. Los otros evangelistas señalan que en este momento todos huyen. El cuarto evangelio no dice nada de este huida, pero de hecho, a partir de aquí sólo aparecen en su relato Pedro y el mismo, veremos cómo.

Antes de seguir con lo que Juan dice de Pedro y de sí mismo, ¿qué dicen los sinópticos de los Apóstoles?

1. Los tres dicen que Pedro sigue de lejos a Jesús ya detenido hasta el interior del atrio de la casa del sumo sacerdote. De la lectura de Juan parece más bien que Pedro no se separa de Jesús hasta que llega al interior del atrio.
2. Los tres hacen mención a las negaciones de Pedro.
3. Mateo hace referencia a la muerte de Judas
4. Y ya los apóstoles no vuelven a aparecer en los relatos de la pasión que hacen los sinópticos. Sólo Lucas los menciona de forma implícita junto a las mujeres (a ellas se refieren en términos parecidos también Mt y Mc), de la siguiente forma, una vez que da noticia de la muerte de Jesús:

«**Todos sus conocidos y las mujeres que le habían seguido desde Galilea se mantenían a distancia, viendo estas cosas**» (Lc 23,49)

5. Tampoco aparecen en la sepultura. Aparece José de Arimatea y aparecen las mujeres viendo donde dejan el cuerpo de Jesús, pero ninguno de los Doce. En Juan, junto a José de Arimatea aparece también Nicodemo.
6. Lo que sí parece es que permanecen juntos tras la sepultura (Mt 28,16; Lc 24,8 y 24,33). Lo que concuerda también con lo que dice Jn 20,2

Sigamos con el cuarto evangelio. Tras el arresto de Jesús, lo que dice san Juan es que **«seguía a Jesús Simón Pedro y el otro discípulo [...] conocido del sumo sacerdote»**, que entró con Jesús en el atrio de la casa del sumo sacerdote y que consigue que Pedro también pueda entrar. El otro discípulo es, casi con toda probabilidad, el propio evangelista. Y es casi imposible imaginar la escena si Pedro no llega con Juan hasta la puerta y, por lo tanto con Jesús.

En el atrio de la casa del Sumo Sacerdote es donde enseguida aparece el miedo y el primer paso atrás de Pedro ante la portera de la casa del Sumo Sacerdote, con la primera negación. Enseguida vienen las otras dos negaciones.

Pero después de las negaciones de Pedro, el cuarto evangelio no nos da ninguna noticia de los apóstoles, hasta casi el final del relato, donde el propio evangelista toma protagonismo, al lado de la Madre de Jesús. Los otros no vuelven a aparecer, ni siquiera Pedro.

Por tanto, lo que ocurrió con ellos, seguramente, es lo que resume Mateo: **«Entonces todos los discípulos lo abandonaron y huyeron»** (Mt 26,56; Cf., Mc 14,50). La separación se ha consumado, aunque no del todo, como veremos.

Como conclusión de lo que venimos diciendo de la fe de los apóstoles ante la cruz: lo que parece es que estos acontecimientos de la pasión y la muerte de Jesús, supusieron un verdadero punto de ruptura. La fuerza de los hechos y el mismo miedo separó físicamente a los Once de Jesús. Pero además de la separación física hubo más. Tal como había anunciado Jesús, hubo una separación también espiritual, el escándalo, que pudo llegar a la desconfianza y a la duda.

Sin embargo, así como la cruz y la misma muerte no consiguieron arrancar la persona del Hijo Eterno de la naturaleza humana que había asumido²⁰, así

²⁰ La muerte del hombre implica la separación de alma y cuerpo. Así también lo experimentó el Hijo de Dios hecho hombre: su alma y su cuerpo fueron separados. Sin embargo, la única persona del Hijo mantuvo su unidad tanto con el alma como con el cuerpo. Se puede decir que la persona del Hijo experimentó la muerte precisamente porque mantuvo su unidad indisoluble tanto con el alma como con el cuerpo, cuando estos fueron separados por la muerte. Cf. CCE 624–630. Especialmente los dos últimos números, que sintetizan así el asunto: « 629: Jesús gustó la muerte para bien de todos (Cf. Hb 2, 9). Es verdaderamente el Hijo de Dios hecho hombre el que murió y fue sepultado». « 630: Durante el tiempo que Cristo permaneció en el sepulcro su Persona divina continuó asumiendo tanto su alma como su cuerpo, separados sin embargo entre sí por causa de la muerte. Por eso el cuerpo muerto de Cristo "no conoció la corrupción" (Hch 13,37) ».

tampoco logró que la separación que los Apóstoles experimentaron fuera total: el principio de la vida divina que es la comunión con Cristo que opera la fe, permaneció en ellos, aunque fuese oscurecida.

Tres datos me hacen decir esto:

1. Juan permaneció al pie de la cruz hasta el final. La permanencia del discípulo amado es determinante para que no se consume la ruptura y para que el testimonio posterior de la muerte de Cristo pueda ser realmente el testimonio de los Apóstoles.
2. Después de la muerte, aún permanecen juntos, como ya hemos hecho notar.
3. Una ruptura total de su fe hubiese supuesto una separación definitiva. Pero si permanecieron juntos, si corrieron al sepulcro al escuchar a la Magdalena, si dieron crédito a sus ojos al ver a Jesús resucitado, si dieron crédito a sus manos cuando lo tocaron, eso significa que su fe, aún imperfecta y débil, no terminó de romperse. Si no hubiese sido así, no habrían dado fe, ni aún viendo y tocando a Cristo resucitado. Se hubiese aplicado a ellos las palabras de Jesús en la parábola del rico y el pobre Lázaro: **«tampoco se convencerán aunque uno resucite de entre los muertos»** (Lc 16,31).

Concuerda con este análisis lo que dice Jesús en Lc 22,31-32: **«Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para cribaros como trigo. Pero yo he pedido por ti, para que tu fe no se apague. Y tú, cuando vuelvas, confirma a tus hermanos»**. La fe de Pedro iba a sufrir realmente un oscurecimiento, pero no terminaría por apagarse (Quizá fue, además de la oración de Jesús, el amor de Juan lo que la mantuvo sin extinguirse). La expresión «cuando vuelvas» es lo que dice literalmente el texto y es de difícil traducción. Algunos optan por traducir «cuando te conviertas». De una forma u otra, indica la vuelta, la conversión de un camino herrado, de una mentalidad oscurecida.

2. La cruz, como clave de comprensión del misterio de Cristo y, por tanto, de toda la Escritura y de toda la *Historia Salutis*.

Antes hemos dicho que los acontecimientos de la pasión, muerte y sepultura de Jesús significaron, en primer lugar, una ruptura, un escándalo. Pero luego, a partir de la resurrección, ellos se convirtieron en el punto central de la fe

Y Sto. Tomás de Aquino, en su comentario al Símbolo de los Apóstoles, había resumido así la cuestión: «La muerte de Cristo, como la de los demás hombres, consistió en la separación del alma y el cuerpo; pero la divinidad estaba tan indisolublemente unida a Cristo hombre que, por más que se separaran entre sí cuerpo y alma, siguió perfectísimamente vinculada al alma y al cuerpo; por consiguiente, el Hijo de Dios permaneció con el cuerpo en el sepulcro, y descendió con el alma a los infiernos». Cf. STO. TOMÁS DE AQUINO, *Collationes super Credo in Deum*. En: TOMÁS DE AQUINO, *Obras Catequéticas —Sobre el Credo, Padrenuestro, Avemaría, Decálogo y los Siete Sacramentos—*. Edición de JOSEP-IGNASI SARANYANA (Eunate, Pamplona 1995) 66-67

de los Apóstoles²¹, donde se esclarece todo el contenido de verdad de la fe y donde se consuma el vínculo que es la fe. El punto donde realmente brilla la verdad y donde se consuma la unión personal entre el Esposo, Cristo, y su Esposa, la Iglesia.

Insisto en varios elementos:

- La clave o punto central es la cruz, pero la cruz del Resucitado. O, si se quiere, la cruz a la luz de la resurrección de Cristo.
- Decir que la cruz del Resucitado es el punto central o clave de la revelación que es él mismo, no es lo mismo que decir que ella sea la plenitud de la revelación. La plenitud de la revelación es Cristo mismo. Al hablar de la plenitud de la revelación debemos tener en cuenta la unidad del acontecimiento de Cristo, que incluye la efusión del Espíritu Santo y su *actuar* en la inteligencia y en la voluntad de los Apóstoles. En la comprensión que los Apóstoles adquieren del misterio de Cristo y en el fortalecimiento y determinación de su voluntad.
- Éste sería el último elemento que no hay que confundir con los anteriores: la efusión del Espíritu y su magisterio en los Apóstoles indica el «fin», en el sentido de «término» de la obra de la revelación, de «cierre». Pero la plenitud de la revelación es siempre Cristo, porque también la obra de su Espíritu es una obra que tiende a la inteligencia y a la unión con él. La acción del Espíritu Santo en los Apóstoles es el «cierre» de la revelación y la apertura de la «tradición».
- Distingo, por tanto: 1º, la plenitud de la revelación, que es la persona de Cristo; 2º, la clave de interpretación de este acontecimiento único e indiviso: la cruz del Resucitado; y 3º, el fin, en el sentido de «cierre» de esta revelación, que sería la obra del Espíritu Santo en el corazón de los Apóstoles.

Después de estas aclaraciones, retomo el hilo y repito: Los acontecimientos de la pasión, muerte y sepultura de Jesús significaron, en primer lugar, una ruptura, un escándalo. Pero a partir de la resurrección, ellos se convirtieron en el punto central de la fe de los Apóstoles, donde se esclarece todo el contenido de verdad de la fe y donde se consuma el vínculo que es la fe. El punto donde realmente brilla la verdad y donde se consuma la unión personal entre el Esposo, Cristo, y su Esposa, la Iglesia.

²¹ Por eso muchos Padres de la Iglesia entendieron la cruz, siempre la cruz del Resucitado, como la clave de la comprensión de la Escritura. «Ireneo precisa que el cumplimiento que da la clave de la interpretación de la Escritura es la cruz de Cristo» (J. WOLINSKI, "La economía trinitaria de la salvación (siglo II)". En: B. SESBOÜÉ (dir.) *Historia de los Dogmas* 1. El Dios de la Salvación (Secretariado Trinitario, Salamanca 1996) 114. Así también a propósito de la interpretación de la visión del cordero que recibe el libro y abre sus sellos: «Entonces vi en medio del trono y de los cuatro seres vivos y en medio de los ancianos un Cordero erguido, como sacrificado, con siete cuernos y siete ojos, que son los siete espíritus de Dios enviados a toda la tierra. Se acercó y tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono. Cuando recibió el libro, los cuatro seres vivos y los veinticuatro ancianos se postraron ante el Cordero, con una cítara cada uno y con copas de oro llenas de perfumes, que son las oraciones de los santos. Cantan un cántico nuevo: "Eres digno de recibir el libro y de abrir sus sellos, porque fuiste inmolado y con tu sangre compraste para Dios gente de toda tribu, lengua, pueblo y nación". (Ap 5,6-9) Los sellos indican el sentido escondido de las Escrituras y de la Historia, un significado que sólo se abre ante el Cordero sacrificado, ante el Cordero inmolado en la cruz.

Ya hemos dicho antes que la fe, que es una realidad vital compleja porque implica a toda la persona, su naturaleza y su existencia, tiene, entre otros estos dos aspectos: por un lado es el reconocimiento, la captación de una realidad que se revela. Esta es la raíz de la fe como «luz», como contenido concreto de verdad. Y decir «contenido concreto de verdad» no significa decir «contenido nocional», porque aquí la verdad no es mera noción, sino la persona misma del Hijo de Dios hecho hombre. En sentido propio la revelación cristiana es Cristo mismo. Y recibir la revelación equivale a entrar en la realidad de Cristo. «En este proceso la recepción de verdades particulares es secundaria. Sólo tienen su absoluto sentido en cuanto explican (o explicitan) el misterio señero de Cristo»²². Pues bien la cruz del resucitado es la clave para entender lo que es y el modo concreto de ser de la filiación del Hijo, en ella se desvela la realidad de la filiación, el cómo más exacto de su realidad. Y así se convierte en la puerta de acceso para entender lo que es la Trinidad y el amor que la constituye. La cruz de Cristo es la clave para entender el amor de Dios para con el hombre. El amor al hombre, que había guiado la obra de la creación y de la redención, resplandece aquí de forma insuperable y así se convierte en la clave interpretativa del amor, de la fidelidad y de la misericordia de Dios.

Pero la fe no es sólo reconocimiento de una verdad que se revela, sino también, y por la misma naturaleza personal de esa verdad, es un vínculo de comunión. La comunión se consuma en la cruz. Al decir que la cruz es la consumación del vínculo de la fe quiero decir que es donde ese vínculo se perfecciona. No estoy diciendo que sea el fin de la carrera de la fe, que sea su meta. No, la meta hacia la que conduce la fe es la vida trinitaria en Gloria. Digo que es donde ese vínculo de comunión y de amor se perfecciona. En primer lugar porque en ella Dios se entrega al hombre de forma máxima: el Padre entrega su corazón al entregar a su Hijo, el Hijo se entrega a sí mismo. Y en esta entrega se ofrece ya la vida trinitaria al hombre. Pero al mismo tiempo, la cruz del Resucitado indica el camino de la respuesta humana de la fe: la participación en la pasión y la muerte de Cristo. Es la intuición de toda la mística, desde el propio san Pablo que expresa su deseo de unirse a Cristo en la cruz: **«lograr conocerle a él y la fuerza de su resurrección, y participar así de sus padecimientos, asemejándome a él en su muerte, con la esperanza de alcanzar la resurrección de entre los muertos»** (Flp 3,10-11).

Por eso, los acontecimientos de la pasión y muerte en cruz, con la resurrección, se convirtieron en el punto a partir del cual, la humilde fe de los Apóstoles fue transformada en una certera captación del misterio de Cristo y en un vínculo indestructible de unión con él.

La pasión y la muerte de Jesús se convirtieron, con la resurrección, en la gran revelación, en la gran palabra ante la que responde la fe. Y justamente así vista, como esta gran revelación en la humillación, a la luz de del Antiguo

²² J. RATZINGER, *Revelación y Tradición* (Herder, Barcelona 1970) 42

Testamento y, sobre todo a la luz de la resurrección, es como aparece testimoniada por Juan.

3. El testimonio del «discípulo amado»

3.1. Las claves del testimonio de Juan, las claves del relato.

Todo el relato se presenta como el testimonio personal de Juan, pero un testimonio que aparece en tres planos, al menos:

1. Lo que ocurre, hechos y palabras
2. Lo que significa lo que ocurre, que sólo se esclarece a la luz de la resurrección. La causa del amor y su valor salvífico.
3. La relación de lo que ocurre con la Escritura (AT) y con toda la trayectoria anterior de Jesús (su persona y su vida).

El testimonio del discípulo amado es fundamental porque, en realidad, es él quien puede, de los Doce, dar testimonio en primera persona de aquellos hechos que serán determinantes para la comprensión del misterio de Cristo y para la vida de fe. Seguramente otros vieron las cosas desde lejos. Pero él estaba allí junto a la María y a otras mujeres. Esta dependencia del testimonio de otro muestra que la fe apostólica es desde el principio no un acto meramente individual, sino eclesial. Todos dependen un poco del amor de Juan y de su testimonio, como hasta aquí han dependido del acto de fe de Simón.

No podemos hacer un estudio completo de los relatos de la Pasión en el cuarto Evangelio. Pero señalemos cuatro claves:

Primera clave. Juan subraya la libertad con la que Jesús se entrega a la pasión y muerte. Su relato está lleno de detalles que muestran a Jesús como quién domina la situación y como quien libremente se pone en manos de sus enemigos y se entrega a la muerte. Con razón se ha dicho que el Jesús humillado, crucificado y muerto del cuarto evangelio aparece como un verdadero rey, como un verdadero soberano, lo cual no quita un ápice de realismo a la pasión, al dolor, al sufrimiento y a la oscuridad de Cristo. La realeza de Cristo no le quita dolor, lo que da es la certeza de que aquel que sufre, lo hace por propia voluntad. Y si eso es así, cabe preguntar: ¿por qué? La respuesta nos lleva a la segunda clave. Juan resalta la soberanía de Jesús al entregar su vida no sólo en su actitud personal ante los acontecimientos, sino en el detalle del letrero, con la causa de la

condena, que parece una proclamación solemne de su realeza²³. El letrado viene a decir: «Este muere por ser el rey de los judíos». No es que Pilato creyera en su realeza, es una forma, más bien cínica, de vengarse del Sanedrín, que enseguida reclama otro registro de la causa de la muerte: no digas, vienen a decir que este muere por ser el rey de los judíos, sino por afirmar que lo era.

Segunda clave. El versículo que abre el relato de la Pasión: «**Jesús... habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo**» (Jn 13,1), nos da una clave interpretativa fundamental de todo el relato: Jesús se entrega a la muerte movido por el amor a «los suyos».

Eso implica una **tercera clave:** que su sacrificio tiene beneficios para aquellos a los que ama y por quienes se entrega. Se trata del valor salvífico de la cruz que se expresa en múltiples detalles, por ejemplo el día y la hora en que Jesús es entregado por Pilato a los planes homicidas del Sanedrín: «**Era el día de la Preparación de la Pascua, hacia la hora sexta**». La hora sexta de la Parasceve era la hora en que se iniciaba de forma oficial la fiesta de la Pascua con el sacrificio en el templo de los corderos que se consumirían a la noche. Se trata de una clara trasposición, que ya había sido anunciada en los inicios del Evangelio, en boca del Bautista: «**He ahí el cordero de Dios que quita el pecado del mundo**» (Jn 1, 29). Una vez muerto Jesús, el cuarto evangelio vuelve a mostrarlo como el verdadero cordero pascual, cuando dice que no le quebraron las piernas «**para que se cumpliera la Escritura: “No le quebrarán hueso alguno”**» (Jn 19,36), haciendo referencia al cordero de la pascua antigua y al precepto ritual sobre el cordero de la cena pascual (Cf. Ex 12,46 —LXX— y Sal 34,21). Otro ejemplo de esta clave salvífica con la que Juan da testimonio de lo que ha visto es el tema del que es «elevado» y «traspasado» y así se convierte en fuente de vida para quien cree en él. Estos dos temas recorren en realidad todo el cuarto evangelio, al igual que el tema del «cordero».

Elevado y traspasado, el agua y la sangre, serán elementos muy importantes para reinterpretar aquel pasaje de la Escritura al que aludirá san Pablo: Maldito el que cuelga de un madero, cuando dice: «**Cristo nos rescató de**

²³ Cf. Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret* II, 246-248. En especial: «En Jesús, sin embargo, el tipo de delito es diferente al de los otros dos, que tal vez habían participado con Barrabás en su insurrección. Pilato sabe muy bien que Jesús no había pensado en algo como eso y, por ello, en la inscripción para la cruz define el “delito” de manera singular: “Jesús el Nazareno, el rey de los judíos” (Jn 19,19). Hasta aquel momento Jesús había evitado el título de Mesías o de rey, o bien lo había puesto inmediatamente en relación con su Pasión (Mc 8,27-31). Ahora el título de Rey puede aparecer delante de todos. En las tres grandes lenguas de entonces, Jesús es proclamado rey públicamente.

la maldición de la Ley, haciéndose maldición por nosotros, pues está escrito: Maldito todo el que esté colgado de un madero» (Gal 3,13; Cf. Dt 21,23).

La clave del amor enmarca toda la Pasión. No sólo se abre con ella (como ya hemos dicho, con Jn 13,1), sino que se cierra también con ella. Las últimas palabras de Jesús son: **«Todo está cumplido»**. ¿Qué se ha cumplido? Como veremos en la calve siguiente, se ha cumplido el plan de Dios, anunciado de antemano en las Escrituras. Pero, si vamos más allá y nos preguntamos en qué consistía ese plan, tendremos que decir que consistía en la realización y expresión máxima de su amor. Sobre esto volveremos al final de nuestra reflexión, pero tenemos que explicar por qué decimos que las últimas palabras de Jesús («Todo está cumplido») forman una unidad con las de Jn 13,1 y son el marco fundamental de comprensión de la pasión y muerte de Jesús. Para mostrar esta conexión traigo unas palabras de Benedicto XVI:

Para Juan, la última palabra de Jesús fue: «Está cumplido» (19,30). En el texto griego, esta palabra (*tetélestai*) remite hacia atrás, al principio de la Pasión, a la hora del lavatorio de los pies, cuyo relato introduce el evangelista subrayando que Jesús amó a los suyos «hasta el extremo (*télos*)» (13,1). Este «fin», este extremo cumplimiento del amor se alcanza ahora, en el momento de la muerte. Él ha ido realmente hasta el final, hasta el límite y más allá del límite. Él ha realizado la totalidad del amor, se ha dado a sí mismo²⁴.

Cuarta clave. El relato expresa, desde el principio hasta el fin, que Jesús sigue un plan trazado de antemano. Siguiendo ese plan, Jesús cumple la voluntad de su Padre. Este hecho se deja ver, por ejemplo, en todas las referencias a la Escritura, que tienen como uno de sus fines mostrar que lo que ocurre no es fruto de la casualidad, ni de la mera maldad o empecinamiento de las autoridades judías, sino que es el estricto cumplimiento del plan de Dios. Ya hemos hecho referencia al primer versículo que abre la pasión, si volvemos a él vemos ya allí expresado el hecho de que la pasión respondía al plan divino: **«Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (Jn 13,1).** La hora de pasar de este mundo al Padre es la hora de la muerte y es la hora para la que ha venido a este mundo: **«Ahora mi alma está turbada. ¿Y qué voy a decir: ¡Padre, líbrame de esta hora!? Pero ¡si para esto he llegado hasta aquí! ¡Padre, glorifica tu nombre» (Jn 12,27-**

²⁴ BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret II* (Encuentro, Madrid 2011) 260

28a). Y en el momento de la muerte leemos: **«Cuando tomó Jesús el vinagre, dijo: “Todo está cumplido”. E inclinando la cabeza entregó el espíritu»** (Jn 19,30). Solo después de cumplir todo lo previsto, Jesús entrega su espíritu.

Estas cuatro claves van reapareciendo constantemente a lo largo del relato.

3.2. El testimonio de Juan y su reclamo de la fe del que lo escucha.

El testimonio de san Juan sobre la muerte de Cristo se cierra con dos afirmaciones: 1) que las cosas narradas son atestiguadas por el que las vio, el propio evangelista; 2) que su testimonio es una invitación a hacer un acto de fe: **«El que lo vio lo atestigua y su testimonio es válido y él sabe que dice la verdad, para que también vosotros creáis»** (Jn 19, 35).

Ahora cabría hacerse dos preguntas:

A) ¿Cuál es el fundamento de la invitación a creer?

B)Cuál es el objeto y el alcance de la fe que se propone

A) Cabría preguntarse qué cosas, de las narradas por el evangelista, son las que dice que atestigua y que constituyen una invitación para creer. Cuando el Apóstol dice: **«El que lo vio lo atestigua y su testimonio es válido y él sabe que dice la verdad...»** (Jn 19, 35), ¿se refiere al último detalle que ha contado, el de la lanzada, el agua y la sangre o a todo el conjunto de la crucifixión y muerte?

El contexto (sobre todo por cómo continúa en el v. 36) hace entender que el Apóstol se refiere al detalle de la lanzada, de la sangre y el agua, pero es también una especie de broche de todo el relato. Aunque lo que afirma ver y atestiguar se refiera en primer término al detalle de la lanzada, del agua y de la sangre, estos elementos afectan a la interpretación de la pasión y la cruz entendidos en su globalidad. Por eso me parece que la afirmación de Juan — **«el que lo vio da testimonio y su testimonio es válido y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis»** —, hay que entenderla, en último término, como dicha de todo el relato de la crucifixión y muerte de Jesús.

Por tanto, volvemos a la pregunta: ¿Qué es lo que Juan dice haber visto, aquello de lo que da testimonio y lo que se ofrece a los oyentes o lectores como punto de partida para la fe, como invitación o provocación para la fe? Todos hechos narrados, hechos y palabras, relativos a la pasión, la crucifixión y la muerte. Se da testimonio de estos hechos como punto de partida para la fe. Ciertamente, si se ofrecen como testimonio para la fe es porque se trata de los

acontecimientos que afectan al Resucitado, si no sencillamente los hechos quedarían silenciados por la tristeza y la nostalgia, cuanto no por la vergüenza y el sentimiento de fracaso o de engaño. Los hechos de la muerte de Cristo no se ofrecerían como testimonio para la fe de nadie, si no se refiriesen a quien vive y si no se entendiesen, justamente así, como verdaderamente salvíficos.

Aquí conviene matizar algo. La salvación no es sólo el hecho de la resurrección. Juan testimonia los hechos de la muerte en cruz como hechos salvíficos. Son salvíficos por la resurrección, cierto, pero lo son ellos mismos. Esto es muy importante. No son un mero trámite para la resurrección, como muchas veces se presentan. Es verdad que sin la resurrección no serían sino «maldición», pero ahora, si son los hechos del resucitado, ellos mismos están llenos de «bendición». Se deja ver ya aquí algo que tendremos que hacer notar más tarde: la intrínseca unidad entre muerte y resurrección en la única persona de Cristo.

B) Pero la clave es preguntarse sobre el alcance de la fe que el testimonio de Juan espera alcanzar: **«para que también vosotros creáis»**. Al llegar a este punto de su relato, ¿qué espera Juan que creamos? Una primera respuesta sintética sería esta: Espera que creamos que los hechos narrados han acaecido de verdad, y que se dicen de Jesús, el Verbo «que se ha hecho carne» y que ha resucitado.

Ahora intentemos ahondar en lo que esto significa y llegar a una nueva respuesta más acertada.

Juan no espera que creamos que un hombre haya muerto injustamente o que el Hijo de Dios esté vivo, porque no es ese el hecho crucial que nos trae la salvación, sino que el Hijo de Dios haya sufrido la muerte del hombre y el hombre haya vencido la muerte y alcanzado la vida de Dios. Juan no da testimonio de que un hombre justo ha muerto o de que Dios es más fuerte que la muerte. Eso no entraña ninguna novedad, ni se nos ofrecería con ella salvación alguna. Lo que Juan está diciendo es que el Verbo de Dios, el Unigénito ha amado al hombre y se ha unido a él hasta experimentar la muerte, una muerte total y verdadera.

La pasión y muerte es la narración de la obra del amor de Dios. Una obra que le ha llevado a identificarse con nosotros y con nuestro destino hasta el final. Un amor así realizado y así expresado es ya un reclamo para el hombre.

Hay que volver a subrayar que Juan habla de quien ha resucitado, porque sería un reclamo a la nostalgia si fuese solamente el amor del crucificado, del que

murió y quedó muerto. Sólo podría producir tristeza si un amor tan extremo fuese sólo un amor que murió y que ha quedado en el pasado.

Lo que Juan propone a la fe no es un hermoso amor muerto. Él ofrece este amor, que se ha vaciado en la cruz, visto desde la perspectiva de la resurrección. Ese amor, o mejor, la persona misma que allí realizó y manifestó humanamente ese amor es lo que se ofrece a la inteligencia, a la voluntad y al afecto del hombre, para que el hombre le de fe, para que el hombre reconozca la verdad de este amor, lo acoja y se entregue a él, para que el hombre reconozca en Cristo, en aquel que murió en la cruz, al Dios que ha asumido la muerte por él y ahora vive.

Los hechos narrados dan testimonio del amor de alguien, del Hijo de Dios. Este amor puesto en acto humanamente en los hechos narrados, son la verdadera llamada a la fe. Cristo que ha perfeccionado y consumado su amor en la cruz, Él con su pasión y cruz, es la verdadera llamada a la fe.

Nos preguntamos: ¿qué espera Juan que creamos cuando dice que testifica todo esto «para que también vosotros creáis»? La respuesta es esta: Juan no espera que creamos esto o aquello, espera que demos fe a Jesucristo, a su persona, con su identidad y su obra. Espera que demos fe a Jesucristo, que lo acojamos y nos entreguemos a él.

3.3. De la contemplación al testimonio

Decíamos más arriba que la fe tiene entre sus dimensiones la de la verdad a la que se refiere y la de la unidad que consume entre aquel que reclama la fe (Cristo) y aquel que da fe (el fiel).

Y decíamos que la cruz de Cristo va a ser determinante para ambos aspectos de la realidad de la fe. Así es. Cuando los «racionalismos» de la época se escandalicen ante la cruz y proclamen, por ejemplo, que la humanidad del Verbo no era más que una especie de máscara (*prósopon*) con la que representó una vida humana, los receptores del testimonio apostólico dirán: no, la realidad de la cruz, la realidad a la que se refiere el testimonio de Juan, no fue una representación, no fue mera apariencia, sino realidad profunda: allí realmente la divinidad, el Verbo eterno, el Unigénito, sufrió la muerte en una humanidad verdaderamente asumida. Allí realmente el Verbo se entregó hasta el final en la humanidad a la que se había unido y, más aún, allí el Verbo llevó a su perfección a la humanidad asumida y la hizo capaz de la resurrección.

De la verdad de la fe que la cruz pone de manifiesto depende el otro aspecto de la fe al que estamos aludiendo: el de la unidad, la comunión que se

realiza entre quien se revela y se da (Dios) y quien le responde con la fe (el fiel). Si la cruz es realmente el acontecimiento de la entrega total del hombre-Dios, del amor en acto del hombre-Dios, entonces también ella reclama la acogida del hombre y su propia entrega. De ahí que la contemplación de la cruz llame a la fe; que la fe convierta la contemplación en testimonio; que el testimonio de la cruz se convierta en entrega de la vida, que tenga la lógica del martirio. El contenido del testimonio se sella con la propia entrega, con el martirio, que es, a un tiempo, un acto supremo de credibilidad y una forma de entrega a aquel que se ha entregado por nosotros.

Si nos damos cuenta, al narrar la pasión, el Apóstol Juan deja de aparecer como sencillo narrador a convertirse en un testigo. De repente no sólo narra, sino que reclama la fe de quien le escucha: «para que también vosotros creáis».

Nosotros nos preguntábamos en esta asignatura sobre el progreso de la fe de los apóstoles y aquí vemos un paso decisivo: la contemplación de la cruz se ha convertido en el punto culminante en el que, después de la resurrección, el Apóstol da fe y, al tiempo, se convierte en testigo, con la lógica que hemos descrito.

3.4. El valor del testimonio del discípulo amado para la fe Apostólica.

Si volvemos a preguntarnos sobre qué aporta a la fe apostólica, o qué significa para la fe de los Doce, el testimonio del discípulo amado, tendremos que decir: la entrega total, en su humanidad, del Verbo al hombre, el desvelamiento de su misterio, la apertura sin barreras a la comunión con él y la llamada más impetuosa y viva, a la vez que mansa, a esta comunión.

Sobre el hecho de que la cruz significa el desvelamiento del misterio de Dios para el hombre y la apertura a ese misterio, traigo estas palabras de Benedicto XVI: «Dios mismo ha quitado el velo, en el Crucificado se ha manifestado como el que ama hasta la muerte. El acceso a Dios está libre»²⁵.

Por tanto, retomando los dos aspectos de la fe que hemos subrayado ya más veces en este mismo tema, podemos entender que el testimonio de Juan supuso para la fe de los Apóstoles:

- A) Una comprensión de la verdad del Verbo encarnado y de Dios. Cómo Dios había llevado a cabo una verdadera encarnación, una verdadera asunción de lo humano como destino de la divinidad, el llevar hasta

²⁵ BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret II* (Encuentro, Madrid 2011) 245

sus últimas consecuencias aquello dicho ya en el Éxodo: «**Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob**». Las palabras que leemos en el prólogo del Evangelio, «El Verbo se hizo carne» (Jn 1,14), palabras llenas de solemnidad, no se terminan de entender sino al contemplar el testimonio de la cruz. Este testimonio lleva consigo una comprensión de la verdad de Dios. A partir de la culminación del amor de Dios al hombre, en la humanidad de su Hijo, Juan llegará a la máxima revelación del ser mismo de Dios: «**Dios es amor**» (1 Jn 4,8). Y con esta afirmación dará la clave para unir la fe en el Dios Único con el Dios Trino. Sólo la comprensión de Dios como amor puede hacer compatibles las dos afirmaciones: que Dios es Uno y que es Trino. Al tiempo, sólo la Trinidad de personas puede hacer comprensible que Dios sea amor en sí mismo. No sólo que sea capaz de amar lo que está fuera de sí, sino que en sí mismo sea amor. Si en Dios no hubiese ninguna alteridad no podría ser definido su ser como amor. Amor y Trinidad dan la clave para entender también el destino del hombre respecto al amor de Dios, como de una realidad que es capaz de introducirnos en la unidad de su ser. Si Dios no fuese Trinidad, el hombre siempre quedaría frente a Dios, no podría entrar a participar de su ser. Estas son las consecuencias que el testimonio de Juan tiene sobre el contenido de verdad de la fe apostólica, un contenido de verdad que se empieza a comprender en vida de los Apóstoles, pero que se irá desplegando poco a poco tras la muerte de los Apóstoles, ya en el proceso de la Tradición.

- B) Y este testimonio de entrega total del Unigénito implica también un reclamo del hombre entero. Una consagración absoluta de todo lo que es del hombre. La fe consagra al hombre entero para Dios, exige de él —si se quiere hablar así— una entrega total. Eso es lo que se significa en el Bautismo, la participación de la muerte de Cristo es participación de su vida y es una consagración de todo lo que es propio del cristiano, sea luego llamado a la vida consagrada o al matrimonio. El Bautismo es una participación en la cruz del Resucitado y, como tal, una llamada a la santidad verdadera, a la entrega total de todo lo que le es propio como hombre: inteligencia, voluntad, afecto, historia, familia...

TEMA 5:

LOS APÓSTOLES ANTE EL RESUCITADO QUE LLEVA LAS MARCAS DE LA CRUZ

I. EL PUNTO DE PARTIDA DE LA FE DE LOS APÓSTOLES TRAS LA MUERTE DE CRISTO

Llegamos a un punto fundamental en el desarrollo de la fe apostólica. La fe que alcanzan los Apóstoles en la contemplación del Crucificado (una contemplación mediada, al menos en parte, por el testimonio de Juan) es una fe a la que se llega tras la experiencia y la certeza de la resurrección.

Es decir, la cruz fue eficaz para el progreso de la fe apostólica sólo a partir de la resurrección de Cristo, sólo después de que Cristo resucitase y sólo después de que los Apóstoles alcanzaran la certeza y la comprensión, en lo que es posible, de la resurrección de Cristo.

En el tema anterior hablamos de la ruptura que la muerte de Cristo supuso para la fe de los Apóstoles, pero también cómo esa ruptura no fue absoluta. Uno de los datos que aportábamos para fundamentar esta afirmación es el hecho de que los Apóstoles se mantienen juntos.

Eso es lo que podemos suponer a partir de los diversos detalles que nos dan los diversos evangelistas. También el de Juan, cuando dice que María Magdalena al ver la piedra del sepulcro quitada, echó a correr don de Simón Pedro y Juan.

En este momento de la *biografía de la fe apostólica* tenemos como punto de partida el estado anímico y espiritual que han dejado en los Apóstoles los acontecimientos de la pasión, la crucifixión y la muerte de Jesús.

Los Doce fueron testigos de los prolegómenos y de los primeros momentos de la Pasión. De los momentos centrales de la crucifixión y muerte, podemos suponer que tenían el testimonio cercano el mismo Juan. Contaban también con otros testimonios de primera mano: los de María, la madre de Jesús, y de las otras mujeres. Ellos mismos, y otros discípulos —como José de Arimatea o Nicodemo, de los que habla Juan, o los dos de Emaús, de los que habla Lucas—, verían los diversos detalles mezclados entre la gente, aunque fuese de lejos, tal como nos hace pensar el relato de san Lucas. De una forma o de otra, ellos mismos vieron lo que ocurría. Así lo afirma después Pedro, cuando se refiere a sí mismo como **«testigo de los padecimientos de Cristo y partícipe de la gloria que va a manifestarse»** (1 Pe 5,1). Aunque para conocer los datos fundamentales de lo ocurrido, bastaba estar en Jerusalén. Los hechos habían sido públicos y eran conocidos por todos. No hay más que recordar las palabras de los dos de Emaús:

«¿Acaso eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabe lo que ha pasado allí estos días?» (Lc 24,18).

Lo importante es que los hechos referidos pesarían sobre los Once de esa forma en que pesan los acontecimientos trágicos de la muerte sobre aquellos que sufren la pérdida de aquel a quien se quiere. Cualquiera que haya perdido en circunstancias trágicas a alguien querido, entenderá lo que significa decir que los hechos concretos de la pasión y muerte de Jesús pesarían sobre ellos profundamente.

Justamente por este peso de los hechos acaecidos, tenemos su fe golpeada y oscurecida.

Es a partir de esta situación como debemos ahora entender lo que van a significar los hechos siguientes, que se pueden esquematizar fundamentalmente en dos: primero, la tumba vacía al alborear el primer día de la semana; segundo, las apariciones del resucitado.

Pero antes de abordar los hechos de la tumba vacía y de las apariciones del Resucitado quiero hacer notar que en ellos los Apóstoles vieron, tocaron... se toparon, con algo que realmente no esperaban. Y este es justamente uno de los motivos de credibilidad de su testimonio: lo que ellos testimonian es tan diverso de lo que cualquier «judío» o «griego» de aquel tiempo hubiese podido pensar o imaginar sobre la suerte de un muerto; y es tan diverso de lo que esperaban, por su situación anímica, que sólo el hecho de que se «topasen» inopinadamente con una realidad como aquella de la que dan testimonio, puede justificar el relato de los evangelios.

Para los discípulos, la resurrección llegó a ser tan real como la cruz. Presupone que se rindieron simplemente ante la realidad; que, después de tanto titubeo y asombro inicial, ya no podían oponerse a la realidad: es realmente Él; vive y nos ha hablado, ha permitido que lo toquemos, aun cuando ya no pertenece al mundo de lo que normalmente es tangible.

La paradoja era indescriptible: por un lado, Él era completamente diferente, no un cadáver reanimado, sino alguien que vivía desde Dios de un modo nuevo y para siempre; y, al mismo tiempo, precisamente Él, aun sin pertenecer ya a nuestro mundo, estaba presente de manera real, en su plena identidad. Se trataba de algo absolutamente sin igual, único, que iba más allá de los horizontes usuales de la experiencia y que, sin embargo, seguía siendo del todo incontestable para los discípulos. Así se explica la peculiaridad de los testimonios de la resurrección: hablan de algo paradójico, algo que supera toda experiencia y que, sin embargo, está presente de manera absolutamente real²⁶.

Ahora vayamos a lo que san Juan nos cuenta de aquellos hechos: primero, del sepulcro vacío; luego, de las apariciones del resucitado.

²⁶ BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret II* (Encuentro, Madrid 2011) 286-287

II. EL SEPULCRO VACÍO

Juan da un doble testimonio del hecho del sepulcro vacío. El de María Magdalena por un lado y el de Pedro y el suyo propio por otro. Leamos el relato:

El día siguiente al sábado, muy temprano, cuando todavía estaba oscuro, fue María Magdalena al sepulcro y vio quitada la piedra del sepulcro.

Entonces echó a correr, llegó hasta donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, el que Jesús amaba, y les dijo: «Se han llevado al Señor del sepulcro y no sabemos dónde lo han puesto».

Salió Pedro con el otro discípulo y fueron al sepulcro.

Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro y llegó antes al sepulcro. Se inclinó y vio allí los lienzos plegados, pero no entró. Llegó tras él Simón Pedro, entró en el sepulcro y vio los lienzos plegados, y el sudario que había sido puesto en su cabeza, no plegado junto con los lienzos, sino aparte, todavía enrollado, en un sitio. Entonces entró también el otro discípulo que había llegado antes al sepulcro, vio y creyó. Hasta entonces no habían entendido la Escritura según la cual era preciso que resucitara de entre los muertos. Y los discípulos se marcharon de nuevo a casa. (Jn 20,1-10)

Empecemos subrayando la penúltima afirmación del Apóstol: «**Aún** [o «hasta entonces»] **no habían entendido la Escritura según la cual era preciso que resucitara de entre los muertos**». Tal como hemos visto en el recorrido hecho por el cuarto evangelio, para Juan es fundamental la relación entre la vida de Jesús y la Escritura. Lo será para los Apóstoles en general, que no podrán entender los hechos de los que han sido testigos sin ponerlos en relación con la Escritura. Pero aquí lo que deseo subrayar es la negativa comprensión que Juan confiesa que tenían sobre los acontecimientos que estaban viviendo. Aún no entendían que Jesús debía resucitar de entre los muertos. Por tanto, no esperaban la resurrección.

Sin embargo, al menos para Juan, el primer hecho que le levanta de la postración es el dato que acaban de verificar sus ojos: la sepultura está vacía.

Por un lado es claro que el hecho mismo de que la sepultura esté vacía no significa que Jesús haya resucitado. De hecho María Magdalena, cuando ve que el sepulcro está vacío, corre donde los Apóstoles y les dice: «**Se han llevado al Señor del sepulcro y no sabemos dónde lo han puesto**». No piensa en la resurrección. Por otro lado, nada habría podido cambiar en la mente de los Apóstoles, si al llegar allí hubiesen visto el cuerpo muerto de su maestro. Dicho de otra forma: el sepulcro vacío por sí solo no probaba la resurrección. Pero, si el sepulcro no hubiera estado vacío, si hubieran encontrado el cuerpo sin vida de Jesús, los Apóstoles no habrían podido pensar ni hablar de la resurrección.

Sin embargo, el evangelista dice que cuando vio el sepulcro vacío «creyó». Esto nos abre muchas preguntas. Por un lado: ¿Qué significa aquí el acto de creer?, y ¿cuál es el contenido de ese acto de fe? Y por otro lado: ¿Por qué cree Juan, si el sepulcro vacío por sí sólo no es una prueba? ¿Cree solo él o también Pedro? ¿Por qué cree Juan y no la Magdalena si ambos tienen delante lo mismo?

A) ¿Qué significa aquí el acto de creer? Y ¿cuál es el contenido de ese acto de fe?

La expresión «vio y creyó» es la afirmación solemne de un verdadero acto de fe en la persona de Jesús, a quien claramente va dirigida este «creyó».

¿Qué podía creer sobre él? Es mejor no aventurarnos demasiado lejos, imaginando lo que el texto no dice. No sirve de nada hacer un ejercicio de aventura psicológica para afirmar los contornos precisos del contenido de la fe de Juan en este instante concreto. Seguramente su acto de fe no tenía unos contenidos desarrollados de forma muy explícita, pero ciertamente tenía como núcleo una certeza sobre la persona de Jesús que luego iría desplegándose. Lo que me parece más evidente es que el primer contenido, la primera certeza, de su acto de fe fuese: Jesús está vivo. Eso no implica que supiese la forma concreta en la que ahora Jesús vivía. Y entonces, junto a esa primera certeza, entiende que Jesús no era ni un loco ni un blasfemo, que la pretensión que había mostrado durante su vida, que la muerte en cruz parecía desmentir, era verdadera. Que Jesús no les había engañado y que tampoco ellos se habían engañado al seguirlo. ¿Podríamos precisar algún contenido más? Sí, creo que sí. Pero para dar este paso debemos descubrir el uso del verbo «creer» en san Juan.

El uso habitual del verbo «creer» en Juan (πιστεύω εἰς, *pisteuo eis*), «creer en», hace referencia a un acto que va más allá de «creer algo» (tener por cierto que una cosa es verdadera), y más allá de «creer a alguien» (creer que lo que nos dice alguien es verdadero). «Creer en» implica algo más: implica un acto de confianza y de reciprocidad, un acto que alcanza no una verdad externa a aquel a quien se dirige el acto de creer, sino a la persona misma. *Creer en* significa algo más que creer que tal cosa sea verdadera; algo más que creer que lo que me ha dicho tal persona sea verdad; algo más que creer que tal persona sea veraz y digna de crédito. *Creer en* significa aceptar el testimonio que una persona ofrece de sí mismo. Acoger el testimonio que una persona da de sí mismo significa acoger a esa persona en el propio corazón. Por eso la fe tiene como uno de sus frutos, la comunión, la unión de aquel que se ofrece y de aquel que da fe.

Así pues, me parece que podemos afirmar que el «vio y creyó» indica algo más que la certeza: «vive», «no nos engañó», «no me engañé al seguirlo». Implica también la percepción de que la historia del seguimiento, de la compañía y de la amistad con Cristo no ha concluido; es decir, la restauración del vínculo cordial y espiritual entre el discípulo amado y Jesús, que ahora entiende está vivo.

Y algo más. Si Jesús vivía, si no era un loco o un blasfemo, si no les había engañado, si su pretensión se correspondía con la verdad, ¿qué se sigue de ello? Preguntémonos cuál era el núcleo de su pretensión: Que él era el Mesías y el Hijo de Dios. Así pues, me parece que de una forma más o menos explícita, el acto de fe de Juan en este momento implica estos dos contenidos fundamentales sobre la persona de Jesús.

Que Jesús sea el Cristo hace referencia a que Jesús es el cumplimiento de la Escritura. Que sea el Hijo de Dios expresa la novedad con la que Jesús cumple las Escrituras.

Además Juan cerrará la narración de los acontecimientos de ese primer día de la semana con esta afirmación: «**Muchos otros signos hizo también Jesús en presencia de sus discípulos, que no han sido escritos en este libro. Sin embargo, éstos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre**» (Jn 20,30-31). Hay que hacer notar que son los dos contenidos fundamentales que aparecen también en la confesión de fe de Pedro en Cesarea según los sinópticos (Cf. Mt 16,16; Mc 8,29; Lc 9,20).

En el último versículo citado del cuarto evangelio se expresa la realidad de la fe como «creer en» que comentábamos y que decíamos «implica un acto de confianza y de reciprocidad, un acto que alcanza no una verdad externa a aquel a quien se dirige el acto de creer, sino a la persona misma. Por eso la fe tiene como uno de sus frutos, la comunión, la unión de aquel que se ofrece y de aquel que da fe». Dice san Juan: «para que tengáis vida en su nombre». Esto es «para que viváis en él», para que viváis unidos a él.

B) Intentemos responder ahora al segundo grupo de preguntas que nos hacíamos: ¿Por qué cree Juan, si el sepulcro vacío por sí sólo no es una prueba? ¿Cree solo él o también Pedro? ¿Por qué cree Juan y no la Magdalena si ambos tienen delante lo mismo?

Es claro que María Magdalena en un primer momento no infirió al ver la tumba vacía que Jesús estaba vivo. Y parece que luego tampoco, por lo que se desprende del diálogo que mantiene con «el hortelano». Esto no es sino la afirmación de lo que ya hemos dicho: que el sepulcro vacío por sí sólo no era prueba de la resurrección de Cristo.

Respecto a Pedro. El evangelista no nos dice si su acto de fe era sólo de él o también de Pedro. Es muy posible que si Pedro no dio fe espontáneamente al ver el sepulcro vacío, la diese compartiendo la fe de Juan con quien había corrido al sepulcro. Eso no me parecería nada extraño. Es propio de la amistad —y sin duda entre ellos la había— el compartir no sólo los bienes temporales, sino los estados de ánimo, los sentimientos y los bienes espirituales, la vida misma.

Pero ahora viene la pregunta fundamental: ¿Por qué Juan «vio y creyó», siendo así que lo que vio no era prueba de nada? La respuesta más socorrida es decir que la fe es un don de Dios y que Juan recibió en este momento este don de la fe. Esto es cierto, pero no basta, porque el don de Dios no excluye, sino que exige el acto verdaderamente humano que es también la fe; es decir, el acto libre, de su inteligencia y de su voluntad. Con lo cual tenemos la pregunta prácticamente intacta. Explicarlo nos llevaría a proponer toda una teoría sobre la naturaleza y el desarrollo de la fe y eso no nos es posible. Nos basta aquí darnos cuenta de que la fe, como respuesta humana, no es mera respuesta «automática»

a la revelación de Dios, lo cual, en el fondo anularía la libertad y el mérito de la fe. Sino que, con palabras de Newman, la fe es también un «movimiento extensivo del espíritu humano», un movimiento del espíritu humano que va más allá de lo que se muestra a los ojos, más allá de lo que sus manos pueden tocar.

Juan, desde el primer encuentro con Jesús, ha visto y oído un variedad grande de elementos de distinto tipo, palabras, gestos, milagros... lo último la tumba vacía. Con todo lo que ha visto y ha oído durante esos años acumula una multitud de pequeños o grandes indicios²⁷ que se ofrecen no sólo a su inteligencia, sino también a su voluntad, como una especie de provocación a su confianza en la palabra de Cristo —que les había anunciado la resurrección junto con la cruz—. Y él voluntariamente da fe. Este acto de su voluntad va más allá de las pruebas, más allá de lo que le permitiría un uso escrito de las leyes de la inferencia formal. Él decide ir más allá, y da fe. La fe se muestra así como «un movimiento extensivo del espíritu humano».

También hay que volver a subrayar un dato: que Juan había educado su razón y su voluntad en el ejercicio progresivo de la fe en Jesús, desde su primer encuentro con Jesús, tal como hemos querido mostrar hasta aquí.

Como veremos más adelante, lo mismo ocurrirá con los demás apóstoles, con Tomás por ejemplo, cuando dé fe después de tocar las llagas de Cristo. A pesar de todo, la fe de Tomás, sigue siendo fe, es decir la sustancia de algo que no se ve ni se toca.

Esto no es contrario a la forma de conocer que los hombres tenemos en el ámbito práctico y cotidiano. Pongo un ejemplo: uno va a comprar un coche, lo cual para muchos es algo importante porque hacemos con ello una inversión que nos es gravosa. Bien, cuando uno se decide por un modelo determinado es porque ha valorado que ese es el modelo que se adapta mejor a mi situación y necesidades. Es decir, para decidirse uno ha tenido que hacer una valoración de los diversos modelos posibles y ha dictaminado: «Este es el mejor para mi ahora». Pero después de hacer este juicio y comprar el coche concreto, el 90% de los compradores no podría exponer con verdadera lógica los razonamientos por los que ha concluido que ese es el mejor coche para él. Mil factores influirán en su decisión final, que no serán irracionales, pero sí se escaparán a lo que la ciencia tendería por una inferencia válida.

Lo que quiero dejar claro aquí es el hecho de que el Apóstol Juan —como todos los fieles— da fe porque con su espíritu va más allá de los indicios que tiene delante. La voluntad alarga la mirada de la razón más allá de los meros datos que le llegan del exterior. Y así la razón hace un juicio —aquí podría ser: «Jesús esta vivo»— que se forma, no tanto por la mera información que los datos dan, o al menos no solamente por ellos, cuanto por el movimiento extensivo del propio espíritu. Y este ir más lejos tiene mucho que ver con lo que podríamos

²⁷ Con todos esos datos, no podría hacer lo que solemos llamar una inferencia clásica, inferir que Jesús es el Hijo de Dios. Entre otras cosas porque la filiación divina es una realidad que nada tiene que ver con lo que se ve o se toca, con lo que se puede medir o pesar. No se puede inferir de datos sensibles, por muchos que estos fuesen, la realidad de la esencia divina, de la filiación divina. Los datos que tienen no le permitirían, aunque lo intentase, una inferencia válida, según los parámetros de la ciencia experimental.

llamar «el estado del corazón», es decir, el estado moral del hombre, con su afecto, con su memoria y toda su historia precedente, con su voluntad y con su inteligencia. Este «estado del corazón», esta posición moral previa, será determinante para dar o no dar fe al encontrarse con los datos que se le ofrecen, en este caso con la tumba vacía.

Éste es un aspecto del acto de fe que se nos presenta un tanto misterioso, pero se ajusta a lo que la fe es de hecho, conforme la observamos en los evangelios. Y además este ámbito de misterio de la fe, que no sea una mera conclusión a partir de los datos que tiene delante, es la forma de preservar la libertad de Dios y del hombre en el acto de fe.

¿Qué elementos ve Juan que no vea María Magdalena ante la tumba vacía?: Ninguno. ¿Por qué la Magdalena piensa que alguien se ha llevado el cuerpo y Juan piensa: «Está vivo»? Porque Juan ve más de lo que ven sus ojos y lo hace por una multitud de presupuestos que lleva ya en su corazón (en su memoria, en su afecto, en su inteligencia, en su voluntad...) ²⁸, respondiendo así con un acto de su voluntad a una invitación divina.

Demos un paso más, que va a ser muy importante para la «biografía de la fe apostólica».

III. LAS APARICIONES DEL RESUCITADO.

1. PRESUPUESTOS SOBRE LA RESURRECCIÓN

Antes de analizar las apariciones que nos narra san Juan digamos alguna cosa que nos ayude a valorarlas en su justa medida. Seguiremos para eso algunas anotaciones de Ratzinger.

Lo primero que quiero poner de manifiesto es lo que una mentalidad helena / pagana o lo que una mentalidad judía hubiese podido esperar. Ciertamente al describir la biografía de la fe apostólica, nos interesa más adentrarnos en la mentalidad judía, pero tenemos que hacer alguna referencia también a la mentalidad helena-pagana, porque algunos exégetas dijeron en el siglo pasado que la fe en la resurrección tal como la Iglesia la entiende hoy a

²⁸ No podemos detenernos más para dar una explicación de por qué la razón del hombre actúa así para dar fe. Os remito a un texto de Newman donde desarrolla, aunque no agota este asunto: J. H. NEWMAN, *La fe y la razón. Sermones Universitarios* (Encuentro, Madrid 1993) 273-283. Al final de estas páginas leemos: «La fe es [...] un ejercicio de la razón que procede a base de fundamentos antecedentes. Ésta parece ser la realidad, sean cuales fueren las consecuencias de la misma. Tomemos las cosas tal como las hallamos; no intentemos distorsionarlas para convertirlas en lo que no son [...] Si la revelación se ha ofrecido siempre a la humanidad de una manera determinada, es inútil decir que nos debiera haber llegado de otra. Si los niños, los pobres, los que están ocupados en sus trabajos, pueden tener auténtica fe, y sin embargo no pueden ponderar el valor de las pruebas, éstas no son el fundamento simple sobre el cual se asienta la fe [...] éste tiene que ser el orden con que Dios ha dispuesto las cosas. Esforcémonos por entenderlo. No lo disfrazemos ni le demos explicaciones evasivas. Puede que ofrezca dificultades; en tal caso, reconozcámoslas. Afrontémoslas honradamente; y, si podemos, resolvámoslas». Hay que tener en cuenta que no está aquí la doctrina completa ni la más acabada de Newman sobre la fe.

partir de los Evangelios no fue un paso dado por los apóstoles, sino por las comunidades cristianas posteriores —ya en el ámbito heleno— que mitificaron y divinizaron la figura de Jesús y, para eso, le «hicieron» resucitar.

Según eso, ¿qué podía esperar un hombre de mentalidad griega al oír hablar de resurrección? La respuesta es sencilla: nada, sólo un desvarío, algo sin sentido. En los *Hechos de los Apóstoles* tenemos un ejemplo bien expresivo de lo que digo. Cuenta la primera predicación de Pablo en Atenas, dirigida a paganos helenos. Pablo hace un largo discurso misionero y va centrando su discurso para presentar la persona de Jesús, pero cuando menciona la resurrección de entre los muertos (Hch 17,31) dice san Lucas: **«Al oír lo de resurrección de los muertos, unos se echaron a reír y otros dijeron: “Te escucharemos sobre esto en otra ocasión”. Así que Pablo salió de en medio de ellos»** (Hch 17,32-33).

¿Por qué es incomprensible para los griegos? Porque, si ellos podían esperar y desear una forma de vida tras la muerte, era desde luego una vida del alma, sin referencia alguna al cuerpo. Para ellos plantear una nueva vida con cuerpo era como plantear una condena, porque esperaban que justamente con la muerte el alma se viese liberada de las miserias corporales, de la cárcel del cuerpo.

Vayamos a lo que podía esperar un judío. Para algunos judíos, como los saduceos, la vida tras la muerte, sencillamente no existía. Dios paga en esta vida al justo con una vida larga, con riqueza, con hijos, con el reconocimiento de su pueblo. De igual manera, Dios castiga al impío en esta vida con la enfermedad, con la esterilidad, con una vida corta... Esta vida es lo que Dios da, es el don de Dios y en ella también él muestra su justicia. Más allá no hay nada. El Antiguo Testamento está lleno de referencias a esta mentalidad.

Ahora, una parte importante del pueblo judío en tiempos de Jesús, encabezados por los fariseos, cree en la resurrección, en una resurrección que tendrá lugar al final de los tiempos, ligada a la llegada del Mesías definitivo (escatológico). Esta idea era la predominante en pueblo judío en tiempos de Jesús. Pero aún pervivía la de los saduceos, la más primitiva.

Un ejemplo de cómo, en tiempos de Jesús, estaban divididos en el judaísmo respecto a la cuestión de la resurrección, aparece de nuevo en el libro de los *Hechos de los Apóstoles*: Pablo ha sido detenido en el templo y quieren acabar con él. La guardia romana interviene y salva la vida de Pablo, pero quiere saber de qué le acusan, porque lo cierto es que se ha producido un agitación grande en Jerusalén. Primero intentan torturarlo para sacarle información pero Pablo declara ser ciudadano romano. Entonces el tribuno decide llevar a Pablo ante el Sanedrín. San Lucas nos cuenta cómo entonces, en medio de esta especie de careo:

Pablo, dándose cuenta de que una parte eran saduceos y otra fariseos, gritó en medio del Sanedrín: “Hermanos, yo soy fariseo, discípulo de fariseos; por la esperanza en la resurrección de los muertos me juzgan”. Al decir esto se produjo

un enfrentamiento entre fariseos y saduceos y se dividió la asamblea. Porque los saduceos dicen que no hay resurrección, ni ángeles ni espíritus; los fariseos, en cambio, confiesan una y otra cosa. Se produjo un enorme griterío y puestos en pie algunos escribas del grupo de los fariseos gritaban: “No encontramos nada malo en este hombre. ¿Y si le ha hablado algún espíritu o algún ángel?” (Hch 23, 6-9)

Es sólo un ejemplo de cómo en tiempos de Jesús los ánimos estaban divididos entre los propios judíos a propósito del tema de la resurrección.

En tiempos de Jesús, por tanto, una parte mayoritaria de los judíos sí creía en la resurrección, pero se trataba de la resurrección del fin de los tiempos y a una vida como esta. El diálogo de Marta con Jesús, antes de la resurrección de Lázaro se entiende en este contexto de la creencia en la resurrección final, vinculada a los tiempos mesiánicos, a los tiempos escatológicos. Jesús le dice a Marta: **«Tu hermano resucitará». Y Marta contesta: «Ya sé que resucitará en la resurrección, en el último día»** (Cf. Jn 11,23-24). De hecho la resurrección pública de Lázaro, fue para muchos el signo de que Jesús era ese profeta. De ahí que la posterior entrada de Jesús en Jerusalén fuese vivida por muchos judíos como el reconocimiento de la llegada del Mesías prometido. Las ramas de palma y de olivo, que se cortaban para la fiesta de las chozas es una expresión de este reconocimiento. En efecto, en dicha fiesta, los judíos cortaban ramas de estos árboles y de cítricos con los que hacían y adornaban «las chozas» o «tiendas», con las que mantenían la esperanza en un mesías definitivo, pero rememorando al menos dos escenas de las Escrituras: la más cercana, las tiendas de Israel en el desierto, junto a la Tienda del Encuentro; la más lejana, la cercanía de Dios en el jardín del paraíso. El futuro mesías se esperaba como el que implantaría una cercanía entre Dios y su pueblo, como aquella del desierto, como aquella otra del paraíso. Esta cercanía nueva de Dios a su pueblo estaba acompañada de la resurrección de los cuerpos, pero una resurrección a un paraíso restaurado en esta tierra, donde el Mesías establecería un definitivo reinado de Dios.

Pero no había una imagen clara de cómo sería esa resurrección. Por ese motivo, cuando Jesús les dice a los Apóstoles, por ejemplo en la escena de la trasfiguración, que él resucitará de entre los muertos, ellos realmente no entienden de qué les está hablando. Sólo podrán entenderlo después, después de haber visto con sus propios ojos de qué se trataba realmente. San Marcos lo refiere así: **«Mientras bajaban del monte les ordenó que no contasen a nadie lo que habían visto, hasta que el hijo del hombre resucitara de entre los muertos. Ellos retuvieron estas palabras, discutiendo entre sí qué era lo de resucitar de entre los muertos»** (Mc 9,9-10).

Así pues, cuando los judíos hablaban de la resurrección ¿cómo la imaginaban? Primero como el resultado de la llegada de los últimos tiempos, los tiempos finales. Segundo como una vuelta al Paraíso, pero un paraíso en esta tierra, tal como imaginaban el Paraíso del libro del Génesis.

Sin embargo, los evangelios, al hablar de las apariciones de Cristo resucitado, hablan de algo verdaderamente diferente, que no cabía en las expectativas de un judío de aquella época. Ni de un judío ni de un griego.

¿Qué pasó allí [en las apariciones]? Para los testigos que habían encontrado al Resucitado esto no era ciertamente fácil de expresar. Se encontraron ante un fenómeno totalmente nuevo para ellos, pues superaba el horizonte de su propia experiencia. Por más que la realidad de lo acontecido se les presentara de manera tan abrumadora que los llevara a dar testimonio de ella, ésta seguía siendo del todo inusual [...] ¿En qué consiste esto [la resurrección]? Los discípulos no lo sabían y debían aprenderlo solo por el encuentro con la realidad²⁹.

Los apóstoles se enfrentaron con un hecho desconocido e inesperado para ellos. La resurrección de Cristo no resultó ser como la resurrección de Lázaro o del hijo de la viuda de Naín, o del hijo de Jairo.

Los testimonios del Nuevo Testamento no dejan duda alguna de que en la resurrección del Hijo del hombre ha ocurrido algo completamente diferente. La resurrección de Jesús ha consistido en un romper las cadenas para ir hacia un tipo de vida totalmente nuevo, a una vida que ya no está sujeta a la ley del devenir y de la muerte, sino que está más allá de eso; una vida que ha inaugurado una nueva dimensión del ser hombre³⁰.

[...]

Jesús no ha vuelto a una vida humana norma de este mundo, como Lázaro y los otros muertos que Jesús resucitó. Él ha entrado en una esfera distinta, nueva, en la inmensidad de Dios y, desde allí, Él se manifiesta a los suyos.

Esto era algo totalmente inesperado también para los discípulos, ante lo cual necesitaron un cierto tiempo para orientarse. Es cierto que la fe judía conocía la resurrección de los muertos al final de los tiempos. La vida nueva estaba unida al comienzo de un mundo nuevo y, en esta perspectiva, resultaba también comprensible: si hay un mundo nuevo, entonces existe en él un modo de vida nuevo. Pero la resurrección a una condición definitiva y diferente, en pleno mundo viejo, que todavía sigue existiendo, era algo no previsto y, por tanto, tampoco inteligible al inicio. Por eso la promesa de la resurrección resultaba incomprensible para los discípulos en un primer momento³¹.

[...]

2. LOS RELATOS Y UN PRIMER ANÁLISIS

Vayamos al relato de las tres primeras apariciones en san Juan: Jn 20, 11-17; 19-25; 26-29. ¿Qué se desprende de todo esto? Vuelvo con las palabras de Ratzinger que citábamos al principio:

²⁹ BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret* II, 283

³⁰ *Ibid.*, 284

³¹ *Ibid.*, 286

Para los discípulos, la resurrección llegó a ser tan real como la cruz. Presupone que se rindieron simplemente ante la realidad; que, después de tanto titubeo y asombro inicial, ya no podían oponerse a la realidad: es realmente Él; vive y nos ha hablado, ha permitido que lo toquemos, aun cuando ya no pertenece al mundo de lo que normalmente es tangible.

La paradoja era indescriptible: por un lado, Él era completamente diferente, no un cadáver reanimado, sino alguien que vivía desde Dios de un modo nuevo y para siempre; y, al mismo tiempo, precisamente Él, aun sin pertenecer ya a nuestro mundo, estaba presente de manera real, en su plena identidad. Se trataba de algo absolutamente sin igual, único, que iba más allá de los horizontes usuales de la experiencia y que, sin embargo, seguía siendo del todo incontestable para los discípulos. Así se explica la peculiaridad de los testimonios de la resurrección: hablan de algo paradójico, algo que supera toda experiencia y que, sin embargo, está presente de manera absolutamente real³².

Aquí debemos hacer un inciso y preguntarnos si realmente esto puede ser así. Nosotros participamos de la fe apostólica y no ponemos esto en duda, pero lo han puesto en duda muchos hombres a partir del s. XIX. ¿Es compatible lo que nos dicen estos relatos sobre la resurrección de Jesús con la imagen del mundo que nos ofrece la ciencia?

Naturalmente no puede haber contradicción alguna con lo que constituye un claro dato científico. Ciertamente, en los testimonios sobre la resurrección se habla de algo que no figura en el mundo de nuestra experiencia. Se habla de algo nuevo, de algo único hasta ese momento; se habla de una dimensión nueva de la realidad que se manifiesta entonces [Yo diría también «de una dimensión nueva que es creada entonces»]. No se niega la realidad existente. Se nos dice más bien que hay otra dimensión más de las que conocemos hasta ahora. Esto, ¿está quizás en contraste con la ciencia? ¿Puede darse sólo aquello que siempre ha existido? ¿No puede darse algo inesperado, inimaginable, algo nuevo? Si Dios existe, ¿no puede acaso crear también una nueva dimensión de la realidad humana, de la realidad en general? La creación, en el fondo, ¿no está en espera de esta última y suprema “mutación”, de este salto cualitativo definitivo? ¿Acaso no espera la unificación de lo finito con lo infinito, la unificación entre el hombre y Dios, la superación de la muerte?³³

La resurrección de Cristo, tal como se presenta en las apariciones del resucitado, según nos es relatada por Juan, también por los sinópticos...

Fue el comienzo realmente nuevo; aquello que, en secreto, todo estaba esperando. Y para los pocos testigos —precisamente porque ellos mismos no lograban hacerse una idea— era un acontecimiento tan impresionante y real, y se manifestó con tanta fuerza ante ellos, que desvanecía cualquier duda, llevándolos al fin, con un valor absolutamente nuevo, a presentarse ante el mundo para dar testimonio: Cristo ha resucitado verdaderamente³⁴.

³² *Ibid.*, 286-287

³³ *Ibid.*, 287-288

³⁴ *Ibid.*, 288-289

En el próximo encuentro analizaremos algunos de los detalles de las apariciones del Resucitado y la importancia decisiva de esta experiencia en el desarrollo de la fe de los Apóstoles.

3. EL PRIMER DÍA DE LA SEMANA

Los detalles que para la mentalidad judía aparecen como más extraños en los relatos de las apariciones son los mejores indicios de su historicidad. Hemos aludido al modo en como los Apóstoles, como el resto de los judíos, podían o no podían esperar la resurrección.

Pues bien, el primer detalle llamativo de las apariciones es que tienen lugar el primer día de la semana.

San Juan, como los otros evangelistas afirman que Jesús resucitó el primer día de la semana, el día siguiente al sábado, al alborear del tercer día de la crucifixión. Este detalle temporal, «al tercer día», no era deducible de los textos de la Antigua Escritura. Los textos del AT en los que se pudo ver una profecía de la resurrección al tercer día, sólo llamaron la atención después de que se produjese la resurrección de Cristo. Así Os 6,1-2, que no habla propiamente de una resurrección de la muerte, sino de la restauración a partir de una situación de pecado y de lejanía de Dios. Hasta ese momento carecía de cualquier valor teológico para Israel. De hecho, sólo fue usado a partir del s. II como elemento profético de la resurrección. Ni en el NT ni a lo largo del s. II se cita este texto por parte de los cristianos. Es decir los Apóstoles no dedujeron, no pudieron deducir, el día de la resurrección de Jesús de los textos del AT. El tercer día es sólo, y aquí está su gran valor, «el día de un acontecimiento que para los discípulos ha supuesto un cambio decisivo tras la catástrofe de la cruz»³⁵.

Que la resurrección se diese en el primer día de la semana y no, en el día séptimo, es decir, el sábado, cambió algo tan determinante como el día de culto para los primeros cristianos judíos, lo cual era algo ciertamente impensable de no ser por el hecho de que ese día ocurriese realmente aquello de lo que dan testimonio los textos del NT.

En efecto, «el primer día de la semana —el tercero después del viernes— está atestiguado desde los primeros tiempos del NT como el día de la asamblea y del culto de la comunidad cristiana»³⁶.

«Si se considera la importancia que tiene el sábado en la tradición veterotestamentaria, basada en el relato de la creación y en Decálogo, resulta evidente que solo un acontecimiento con una fuerza sobrecogedora podía provocar la renuncia al sábado y su sustitución por el primer día de la semana. Solo un acontecimiento que se hubiera grabado en las almas con una fuerza

³⁵ *Ibid.*, 301

³⁶ *Ibid.*, 301. Ratzinger ofrece aquí algunos datos que apoyan esta afirmación

extraordinaria podía haber suscitado un cambio tan crucial en la cultura religiosa de la semana. Para esto no habrían bastado las meras especulaciones teológicas. Para mí, la celebración del Día del Señor, que distingue la comunidad cristiana desde el principio, es una de las pruebas más fuertes de que ha sucedido una cosa extraordinaria en ese día: el descubrimiento del sepulcro vacío y el encuentro con el Señor resucitado»³⁷.

4. LA CORPOREIDAD Y LA REALIDAD DEL RESUCITADO.

En primer lugar el Señor aparece como un hombre, es decir con un verdadero cuerpo. En las tres apariciones de Juan de las que partimos, el Señor deja, por ejemplo que Tomás toque sus heridas.

Pero al mismo tiempo, llama la atención que, por ejemplo, los discípulos no lo reconozcan en un primer momento. Nosotros hemos visto el detalle de María Magdalena, pero sucede lo mismo en la aparición de Cristo en el Mar de Tiberiades. Dice el evangelista: «Cuando ya amaneció, se presentó Jesús en la orilla, pero sus discípulos no sabían que era Jesús. Les dijo Jesús: “Muchachos, ¿tenéis algo de comer?” “No”, le contestaron. Él les dijo: “Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis”. La echaron, y casi no eran capaces de sacarla por la gran cantidad de peces. Aquel discípulo a quien amaba Jesús le dijo a Pedro: “¿Es el Señor!”» (Jn 21,4-7).

Es, por decirlo así, un reconocer desde dentro que siempre queda envuelto en el misterio. En efecto, después de la pesca, cuando Jesús los invita a comer, seguía habiendo una cierta sensación de algo extraño. «Ninguno de ellos se atrevía a preguntarle quien era, porque sabían bien que era el Señor» (Jn 21,12)

Lo sabían desde dentro, pero no por el aspecto de lo que veían y presenciaban.

El modo de aparecer corresponde a esta dialéctica del reconocer y no reconocer. Jesús llega a través de las puertas cerradas, y de improviso se presenta en medio de ellos [lo cual no es propio de un cuerpo humano “normal”]. Y, del mismo modo, desaparece de repente [...]. Él es plenamente corpóreo. Y sin embargo no está sujeto a las leyes de la corporeidad, a las leyes del espacio y del tiempo. En esta sorprendente dialéctica entre identidad y alteridad, entre verdadera corporeidad y libertad de las ataduras del cuerpo, se manifiesta la esencia peculiar, misteriosa, de la nueva existencia del Resucitado. En efecto, ambas cosas son verdad: Él es el mismo —un hombre de carne y hueso— y es también el Nuevo, el que ha entrado en un género de existencia distinto»³⁸.

[...]

La novedad de la «teofanía» del Resucitado consiste en el hecho de que Jesús es realmente hombre: como hombre, ha padecido y ha muerto; ahora vive de modo nuevo en la dimensión del Dios vivo; aparece como auténtico hombre y, sin embargo, aparece como desde Dios, y Él mismo es Dios.

³⁷ *Ibid.*, 302

³⁸ *Ibid.*, 309–310

Son importantes dos acotaciones: Por una parte, Jesús no ha retornado a la existencia empírica, sometida a la muerte, sino que vive de modo nuevo en la comunión con Dios, sustraído para siempre a la muerte. Por otra parte, —y también esto es importante— los encuentros con el Resucitado son diferentes de los acontecimientos interiores o de experiencias místicas: son encuentros reales con el Viviente que, en un modo nuevo, posee un cuerpo y permanece corpóreo³⁹.

Lo que podemos concluir de los datos que nos ofrecen los evangelistas es algo que ni ellos ni los paganos hubiesen podido concebir, justamente la novedad que define la realidad de la resurrección de Jesús. En él la humanidad, realidad corpórea y espiritual, y en ella el mundo creado, también la materia, encuentra espacio en Dios. Espíritu y Sangre, tienen sitio en Dios⁴⁰. Y con la materia todo lo que le es propio, la historia y el espacio. La resurrección de Cristo ha introducido la historia en la eternidad y lo concreto en lo infinito. Se trata de una nueva creación.

Y solamente el contacto con una realidad verdaderamente nueva, radicalmente nueva, inesperada, era capaz de provocar el anuncio apostólico, tanto por lo que toca a los detalles de lo que anuncian, como por lo que toca a la osadía con la que van a dar testimonio de la resurrección. Un acontecimiento que nadie había podido idear y que superaba cualquier posible imaginación⁴¹.

5. LA EXPERIENCIA DE LA RESURRECCIÓN DE JESÚS Y LA FE APOSTÓLICA

Después de haber puesto de manifiesto los aspectos más importantes de los relatos de san Juan sobre la resurrección, aspectos que, en realidad se observan también en los sinópticos, preguntémonos, ¿qué significó esta experiencia para la fe de los Apóstoles, para la *biografía de la fe* apostólica?

Ya hemos dicho que el sepulcro vacío supuso, al menos para Juan, la restauración del vínculo de la fe con aquel que había sido separado de ellos por la muerte. Remito aquí a lo dicho sobre el acto de fe de Juan ante la tumba vacía, a lo dicho sobre la afirmación «vio y creyó».

Pero aunque podemos suponer que Pedro y los otros participasen de este acto de fe del discípulo amado, los datos de los Evangelios, no nos permiten ir tan lejos. De hecho los de Emaús, que ya habían tenido noticia del sepulcro vacío, no parecen haber sido tocados por esta fe:

«Bien es verdad que algunas mujeres de las que están con nosotros nos han sobresaltado, porque fueron al sepulcro de madrugada y, como no encontraron su cuerpo, vinieron diciendo que habían tenido una visión de ángeles, que les dijeron que está vivo» (Lc 24,22-23).

³⁹ *Ibid.*, 311–312

⁴⁰ Cf. TERTULIANO, en RATZINGER *Jesús de Nazaret* II, 318

⁴¹ Cf. Ratzinger *Jesús de Nazaret* II, 320

5.1. La aparición a la Magdalena y su testimonio a los Apóstoles

Tras el dato del sepulcro vacío y el acto de fe de Juan, el siguiente acontecimiento que pudo incidir en la fe de los apóstoles fue el testimonio de María Magdalena. Ella recibe la primera aparición de Jesús resucitado y se convierte en «apóstol de los apóstoles»: **«Fue María Magdalena y anunció a los discípulos: — ¡He visto al Señor!, y me ha dicho estas cosas»** (Jn 20,18).

Este hecho tiene su importancia. Nosotros estudiamos la *biografía de la fe* apostólica porque la fe de la Iglesia, es decir la fe personal de cada uno de nosotros y nuestra fe como Pueblo de Dios, como Cuerpo de Cristo, es una participación de la fe apostólica. Pero los Apóstoles han sido, a su vez, «evangelizados» por una mujer. Y este hecho nos dice también que la Iglesia es una comunión verdadera de todos sus miembros, el ministerio apostólico no es autónomo en sí mismo. También él necesita del resto. Y si la mujer no entra en la estructura de la sucesión apostólica, sin embargo, la estructura apostólica es sostenida por la mujer. Este es un dato comprobable en la Iglesia católica desde el principio: de María, la Madre de Jesús, en adelante, las mujeres sostienen la Iglesia. Ratzinger hace también mención a este hecho:

«La Iglesia, en su estructura jurídica, está fundada sobre Pedro y los Once, pero en la forma concreta de la vida eclesial son siempre las mujeres las que abren la puerta del Señor, lo acompañan hasta el pie de la cruz y así lo pueden encontrar también como Resucitado»⁴².

No se nos dan más datos sobre lo que supuso el testimonio de María Magdalena. Pero Juan lo ha recogido y nos permite entender así lo que hemos subrayado. El hecho de que Juan recoja como primer testimonio directo del resucitado el testimonio de una mujer es también significativo de su historicidad. Si no hubiese ocurrido tal como se cuenta, que primero se apareció a María Magdalena —dando por supuesto que antes se apareció a Santa María, tal como hizo notar el buen juicio de san Ignacio de Loyola—, Juan no lo habría mencionado así, dado que el valor testimonial de una mujer en procesos jurídicos no valía nada.

Pero fuera del valor jurídico el testimonio de la Magdalena tuvo que suponer ya, como poco, la aparición de un estado de expectación, aún en el caso de que estuviese marcado por la incredulidad.

5.2. La aparición a los Once en la tarde del primer día de la semana

Tras el testimonio de la Magdalena, al atardecer, Jesús Resucitado se manifiesta a los Apóstoles. Y tras el saludo —**«La paz con vosotros»**—, que puede tener sin duda también un sentido teológico, el primer gesto que realmente llama la atención: **«Les mostró las manos y el costado»**.

⁴² *Ibid.*, 306

El primer significado de este gesto es evidente: la identificación entre el resucitado y el crucificado: el que tienen delante es el mismo que estuvo en la cruz y en sepulcro. Sobre el segundo significado de este dato ya hemos hablado: la verdadera corporeidad del resucitado, que se hará más evidente cuando Tomás toque las heridas. Hablaremos enseguida de un tercer significado de la permanencia en el cuerpo glorioso del Señor Resucitado de las llagas de la pasión.

La alegría que se sigue en los apóstoles es bien significativa. Expresa la recuperación de aquel que les había sido arrebatado por la muerte, y así también el restablecimiento de la fe.

A continuación, Jesús reitera su saludo. El saludo judío de la paz, que no es otro que el descanso en la comunión con Dios, deja de ser aquí un formalismo o un gesto de cortesía y buena educación: se convierte en una realidad. En los Apóstoles se ha restaurado la fe, pero no es una mera restauración de la fe que antes daban a Jesús, porque Jesús ahora se les muestra en su verdad definitiva.

Los dos detalles siguientes del relato dan por supuesto este salto de la fe apostólica, como si de repente todo estuviese ya más claro. Dice el evangelista que Jesús les envía al mundo y les da el Espíritu Santo: **«Les repitió: “La paz esté con vosotros. Como el Padre me envió, así os envió yo”. Dicho esto sopló sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo. A quienes les perdonéis los pecados, les son perdonados; a quienes se los retengáis, les son retenidos”»** (Jn 20,21-23). Insisto: estos dos detalles dan por supuesto que la fe de los Apóstoles ha dado un salto cualitativo. Es el cumplimiento de las palabras que el Apóstol había recogido: **«Todavía un poco más y el mundo no me verá, pero vosotros me veréis porque yo vivo y también vosotros viviréis. Ese día conoceréis que yo estoy en el Padre, y vosotros en mí y yo en vosotros»** (Jn 14,19-20). O también: **«Ahora vosotros os entristecéis, pero os volveré a ver y se os alegrará el corazón, y nadie os quitará vuestra alegría. Ese día no me preguntaréis nada»**. Ese no preguntar se refiere a la claridad que adquirirá la fe.

En efecto, la misión del Hijo implicaba la perfecta comunión con el Padre. Así ahora, de la misma manera, la misión de los Apóstoles implica la participación en esa comunión, de la que el Apóstol había hablado en los discursos de despedida de Jesús, como una petición del Hijo al Padre: **«que ellos estén en nosotros»** (Jn 17,21)

La misión depende de esta unidad en la que se forja la unidad en la Iglesia: **«No ruego sólo por éstos, sino por los que van a creer en mí por su palabra: que todos sean uno; como Tú, Padre, en mí y yo en Ti, que así ellos estén en nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que Tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno. Yo en ellos y Tú en mí, para que sean consumados en la unidad, y conozca el mundo que Tú me has enviado y los has amado como me amaste a mí»** (Jn 17,20-23).

La misión depende de esta unidad y del don del Espíritu Santo. Hablaremos de él en el próximo capítulo, porque el Espíritu Santo, con su obra

en el corazón de los Apóstoles, es el protagonista del último paso de la fe apostólica, de su perfeccionamiento y plenitud.

La segunda aparición a los Once, con Tomás entre ellos, que no estaba en la primera, es como una continuación de la primera.

Tomás aún no creía que estuviese vivo. Necesita ver y tocar para llegar a la certeza de que aquel que fue tan brutalmente muerto, que experimentó la muerte con tanta crudeza, estuviese vivo realmente. Que esté realmente vivo es el punto de partida de la fe. Sin eso no hay nada más. Necesita saber, antes de nada, que está vivo el hombre que habían conocido, con su cuerpo. Este es el principio sin el cual no hay ninguna otra realidad válida de la fe.

La manifestación de Jesús resucitado con su cuerpo, aún con las heridas de la pasión, disipan toda posible duda de Tomás sobre la vida de Jesús: realmente está vivo. Este es el primer testimonio de la Magdalena, primero, y de los otros Apóstoles, después: «**He visto al Señor**», dice la Magdalena a los Once; «**Hemos visto al Señor**», dicen sus compañeros a Tomás. Ahora también Tomás puede verlo y tocarlo, ciertamente está vivo y esa es una realidad innegable. Este hecho se les presenta a los Once, ahora también a Tomás como una realidad que no pueden dejar de reconocer.

Sin embargo san Agustín —y posiblemente otros antes que él— llama la atención de que Tomás hace un acto de fe. Reconocer que Jesús estaba vivo no era hacer un acto de fe. ¿En qué consiste, entonces, el acto de fe de Tomás? En reconocer en Jesús vivo, al que ve, lo que no puede ver: su divinidad. Eso es lo que se expresa en sus palabras: «**Señor mío y Dios mío**».

A partir de entonces los que crean tendrán que creer fiándose del testimonio apostólico: que él está vivo, pero a partir de este dato, tendrán que hacer el mismo ejercicio que Tomás y reconocer en Jesús a al Dios verdadero, como su Dios, como su Señor.

Por último quiero llamar la atención sobre el tercer significado de que permanezcan las llagas en el cuerpo del resucitado. Dije que ellas son la expresión más rotunda de que el resucitado es el mismo que el crucificado; y también que en ella aparece la verdad de la corporeidad de Cristo resucitado. Ahora quiero añadir algo más: ellas expresan la permanencia del acto de amor del crucificado. El acto de amor que el Hijo de Dios hecho hombre realiza en la cruz, llevando a perfección el amor humano, permanece. Las llagas del resucitado nos ayudan a entender así el valor de la Eucaristía, como memorial del sacrificio de Cristo. Nos ayuda a adentrarnos en él y a unirnos justamente en él al acto de la fe de Tomás y de los Apóstoles.

Este hecho no es una mera acotación «piadosa». Para un cristiano significa que vive de un amor presente. Ese amor presente, el de Cristo vivo, crucificado y resucitado, es el principio permanente de la fe. Al tocar las llagas, Tomás *toca* la cruz del resucitado y hace su acto de fe. La fe cristiana nace ante este que está vivo, pero cuyo amor crucificado permanece. Ninguna otra cosa mueve al amor y

a la fe. La fe de los Apóstoles y la fe de los cristianos nace ante la Cruz del Resucitado.

Con esto vuelvo a lo que decía al principio de este tema: la cruz no es un paso hacia la resurrección. La cruz es la forma concreta en la que se ha realizado la perfección del amor y permanece. La cruz y la resurrección son dos realidades inseparables. La fe nace ante ellas, me refiero a esta fe que no es la fe inicial de los apóstoles, de la que hablábamos en los primeros temas de este curso, sino la fe que alcanza la verdad de Cristo y la comunión con él.

Sólo nos queda un paso en esta biografía de la fe apostólica: lo que terminará de hacer en ellos el Espíritu Santo.

Nota Bene:

Para el comprender la estructura apostólica de la fe habría que hacer una relación entre las múltiples interdependencias de esa fe: la relación entre la fe de Juan y de Pedro (lo que dijimos sobre el testimonio directo, o mejor cercano, de los acontecimientos de la cruz), la relación entre la fe de las mujeres y de los Apóstoles. Y también el relato de la aparición de Jesús a los Apóstoles a orillas del lago que narra san Juan, con del famoso diálogo entre Jesús y Pedro. Y esto en relación con la confesión de fe de Pedro (Mt y Jn) y con aquellas otras palabra de Jesús en Lc: «cuando retornes, confirma en la fe a tus hermanos». Y unas páginas de Ratzinger, en *Jesús de Nazaret* II: 302 – 303

TEMA 6:

**EL MAGISTERIO DEL ESPÍRITU SANTO EN EL CORAZÓN DE
LOS APÓSTOLES — EL TÉRMINO DE UNA BIOGRAFÍA —**

**I. LO QUE ESTÁ EN JUEGO AL PLANTEARNOS EL TÉRMINO DE LA FE
APOSTÓLICA**

Hemos dicho en bastantes ocasiones que la fe de los apóstoles 1) alcanzará en su plenitud un conocimiento cierto y, de alguna manera, pleno de Dios. Tendremos que aclarar qué significa esta doble afirmación que puede ser entendida mal. Hemos dicho también que esta misma fe 2) alcanzará una verdadera comunión con Jesucristo y, a través de él, con la Trinidad.

Pero tras la resurrección y la ascensión de Jesús a los Cielos se nos plantea esta cuestión: ¿Pueden realmente los Apóstoles llegar ahora a un conocimiento verdadero del Aquel que ya no van a tener delante como lo tenían cuando estaba con ellos en Galilea o en Judea? Y También: ¿Podrán realmente alcanzar una verdadera comunión con aquel que entra en un modo nuevo de existir en Dios, que resucitado «asciende a los Cielos»?

En el fondo la pregunta es si lo que hemos dicho desde el principio que alcanza la fe de los apóstoles es real o sólo la expresión de un deseo irrealizable: conocer a Dios y vivir en comunión con Dios. Y nosotros: ¿podemos realmente en esta vida alcanzar un verdadero conocimiento de Dios y vivir en comunión con él o no? Es una cuestión definitiva. Si sólo podemos diferir para el futuro, después de este mundo, verdadero conocimiento y verdadera comunión, habría que preguntarse si el Evangelio es tal Evangelio de verdad. Si realmente no podemos conocer el rostro de Dios y entrar en comunión verdadera con él, ¿ha cambiado algo? ¿El Evangelio es verdaderamente la proclamación y la instauración por parte de Dios de una nueva vida para el hombre o «aún debemos esperar» (cf. Mt 11,3)? ¿Es realidad y no mera y únicamente promesa?

Cualquiera que participe ya de la fe apostólica tenderá instintivamente a decir que la fe nos da algo real, que no es mera promesa. Y es así realmente. Si no nos engañan habitualmente nuestros sentidos al contemplar la luz del sol, al medir y pesar y contar y así podemos llegar incluso a los planetas, no tenemos por qué pensar que los cristianos desde el siglo I somos engañados en nuestra propia experiencia cuando los sentidos del alma nos dicen que realmente, en medio de esta vida, ya hemos comenzado una nueva relación con Dios, que vivimos en comunión con él y que lo conocemos de veras. Dudar de esta experiencia común de los cristianos desde hace más de XX siglos es como dudar de los sentidos.

Alguien podrá decir: pero sabemos que los sentidos, en general, no nos engañan porque a partir de ellos, la ciencia progresa realmente y podemos

construir puentes o alcanzar la luna. ¿Pero y la fe? ¿Puede la fe dar prueba de lo que dice alcanzar? La respuesta me parece evidente: cualquiera que haya conocido a un cristiano de verdad podrá reconocer, si no quiere negar lo que aparece a sus ojos, que son poseedores de una vida que no tienen los demás. El testimonio de esta vida nueva caracterizada por el amor, sobre todo en los santos, es más evidente, para quien no quiera cerrar los ojos, que los progresos de la ciencia. Algunos podrán tildar de locura esta nueva vida, pero lo que no podrán hacer es negarla. Lo que dice Tertuliano sobre el testimonio de amor dado por los cristianos de su época, ha sido y sigue siendo verdad. Según él, los paganos se convertían viendo el amor que reinaba entre los cristianos: «Ved – dicen – cómo se aman entre ellos» (cf. Apologético, 39, 7). Esto es un hecho: entre los cristianos ha surgido desde el principio una vida nueva, que se ha expresado fundamentalmente por una nueva forma de amor que ha ido impregnándolo todo, desde el núcleo más íntimo de los esposos, la familia y los amigos, luego la ciudad y la nación, hasta extenderse a los más lejanos, haciendo de todos «próximos». No se ha eliminado el pecado, pero el cristianismo ha hecho surgir en medio de esta vida marcada por todo tipo de pecados, una vida nueva, cuya manifestación externa está caracterizada por unas formas de amor, antes desconocidas en el mundo. Otra cosa será juzgar sobre la índole de este amor y esta vida, si es locura o ensoñación, si es hipocresía u opio para el pueblo... Pero nadie que se acerque a los datos de la historia y nadie que se acerque a un cristiano de verdad pondrá en duda de que el cristianismo tiene un principio vital que le es propio. Nosotros sabemos que esta vida no es una conquista nuestra, de hecho se da entre nosotros al tiempo que permanecen muchos de los viejos pecados. Sabemos que esta vida es un don que recibimos en Cristo, una participación de su vida. Esto no lo podemos demostrar con una fórmula matemática, sólo podemos decir: «venid y ved». Y, si alguien quiere saber de primera mano en qué consiste esta nueva vida que tenemos los cristianos, tendrá que hacerse cristiano también él para saberlo.

Por tanto, a los cristianos no nos hace falta una reflexión teológica para tener seguridad de que realmente nuestra fe, la fe de los apóstoles, nos da lo que hemos dicho. Ahora, al estudiar el cómo y el por qué llegamos a la admiración de lo bien que ha hecho Dios las cosas. Y admirar las maravillas del amor de Dios nos lleva a crecer en agradecimiento y en confianza.

Con este sentido estudiamos. No para alcanzar una seguridad que no tengamos, sino para admirar la obra de Dios, que nos ha puesto ya sobre roca firme, y para crecer en amor al contemplar esta obra. Al tiempo, esto nos permite explicar a los que buscan con corazón humilde la racionalidad de nuestra fe.

Así pues al preguntarnos sobre cómo los apóstoles alcanzan un conocimiento cierto de Dios y la comunión con él no hablamos de algo lejano, sino de algo que nos incumbe a nosotros. Además no hablamos llevados de la duda o de la sospecha, no dudamos de que así sea, sencillamente queremos contemplar lo que ya sabemos.

Un verdadero acto de fe nos dará siempre más que una reflexión sobre él; de la misma manera que un buen bocadillo de jamón, nos alimenta más que un estudio sobre sus propiedades, pero si bien la asimilación del alimento se hace de forma automática por el organismo, de tal forma que el bocadillo alimenta independientemente de que conozcamos o no sus propiedades, el conocimiento verdadero de Dios, si es verdadero, es siempre un estímulo para amar más. En sí mismo el verdadero conocimiento es amor. Por tanto diremos que un verdadero acto de fe nos dará siempre más que una reflexión sobre la fe. Pero diremos también que el conocimiento reflexivo sobre lo que la fe es, nos ayudará crecer en el acto mismo de la fe.

Pero centrémonos en la fe de los Apóstoles.

II. LA PRESENCIA DE CRISTO TRAS LA RESURRECCIÓN

Querría comenzar este tema trayendo el inicio de una homilía de Benedicto XVI donde se habla justamente de lo que estamos diciendo, de la realidad de la comunión con Cristo después de la resurrección

Queridos hermanos y hermanas:

En su discurso de despedida, Jesús anunció a los discípulos su inminente muerte y resurrección con una frase misteriosa: **“Me voy y vuelvo a vuestro lado”** (Jn 14,28). Morir es partir. Aunque el cuerpo del difunto aún permanece, él personalmente se marchó hacia lo desconocido y nosotros no podemos seguirlo (cf. Jn 13,36). Pero en el caso de Jesús existe una novedad única que cambia el mundo. En nuestra muerte el partir es una cosa definitiva, no hay retorno. Jesús, en cambio, dice de su muerte: **“Me voy y vuelvo a vuestro lado”**. Justamente en su irse, él regresa. Su marcha inaugura un modo totalmente nuevo y más grande de su presencia. Con su muerte entra en el amor del Padre. Su muerte es un acto de amor. Ahora bien, el amor es inmortal. Por este motivo su partida se transforma en un retorno, en una forma de presencia que llega hasta lo más profundo y no acaba nunca. En su vida terrena Jesús, como todos nosotros, estaba sujeto a las condiciones externas de la existencia corpórea: a un determinado lugar y a un determinado tiempo. La corporeidad pone límites a nuestra existencia. No podemos estar contemporáneamente en dos lugares diferentes. Nuestro tiempo está destinado a acabarse. Entre el yo y el tú está el muro de la alteridad. Ciertamente, amando podemos entrar, de algún modo, en la existencia del otro. Queda, sin embargo, la barrera infranqueable del ser diversos. Jesús, en cambio, que a través del amor ha sido transformado totalmente, está libre de tales barreras y límites. Es capaz de atravesar no sólo las puertas exteriores cerradas, como nos narran los Evangelios (cf. Jn 20, 19). Puede atravesar la puerta interior entre el yo y el tú, la puerta cerrada entre el ayer y el hoy, entre el pasado y el porvenir. Cuando, en el día de su entrada solemne en

Jerusalén, un grupo de griegos pidió verlo, Jesús contestó con la parábola del grano de trigo que, para dar mucho fruto, tiene que morir. Con eso predijo su propio destino: no se limitó simplemente a hablar unos minutos con este o aquel griego. A través de su Cruz, de su partida, de su muerte como el grano de trigo, llegaría realmente a los griegos, de modo que ellos pudieran verlo y tocarlo en la fe. Su partida se convierte en un venir en el modo universal de la presencia del Resucitado, en el cual Él está presente ayer, hoy y siempre; en el cual abraza todos los tiempos y todos los lugares. Ahora puede superar también el muro de la alteridad que separa el yo del tú. Esto sucedió con Pablo, quien describe el proceso de su conversión y Bautismo con las palabras: “vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí” (Ga 2, 20). Mediante la llegada del Resucitado, Pablo ha obtenido una identidad nueva. Su yo cerrado se ha abierto. Ahora vive en comunión con Jesucristo, en el gran yo de los creyentes que se han convertido – como él define– en “uno en Cristo” (Ga 3, 28)⁴³.

Estas palabras de Benedicto XVI expresan bien dos ideas fundamentales: en primer lugar la limitación que el hombre experimenta en la alteridad. El deseo de comunión con aquellos que amamos siempre experimenta un límite: no podemos vivir enteramente en el otro ni hacer que el otro viva enteramente en nosotros. El papa habla aquí del límite del cuerpo, pero me parece claro que no experimentamos sólo ese límite. Es decir, que no sólo el cuerpo nos impone esta limitación. Sea como sea, el límite es un hecho para todos y lo experimentaban también los Apóstoles en su relación con Jesús.

La segunda idea fundamental es la superación de ese límite justamente en lo que ellos iban a experimentar, en un primer momento, como una separación y una ruptura total, la de la muerte. Sin embargo Cristo hizo de su muerte un acto de entrega voluntaria y total, un acto de amor perfecto al hombre y a Dios. Y ese amor perfecto logró la victoria definitiva: esto es, la superación del límite del que venimos hablando. Con la resurrección, su amor había vencido ya todo límite y está en disposición de darse enteramente para vivir realmente, con todo lo que él es, humanidad y divinidad, en el otro. La humanidad de Jesús entra en el seno del Padre, entra en el misterio de la *perijóresis* trinitaria. El Hijo, con su divinidad no había abandonado nunca este mutuo estar el uno en el otro perfectamente, propio de las personas trinitarias, que se expresa con el término *perijóresis*, pero ahora introduce en ella de forma perfecta y total su humanidad. Ahora el Hijo, hombre y Dios, vencido todo límite con su amor perfecto, puede real y enteramente vivir también en el hombre, aunque no de forma automática, sino en la medida de la acogida inteligente, libre y amorosa de cada hombre.

Es la perfección del amor en la cruz, su victoria sobre la muerte, la transformación total de lo humano en Dios por la resurrección, la eliminación de todos los límites de la humanidad que había asumido, la asunción en lo divino del camino humano de su amor y, por tanto, de su eterna actualidad, de su eterno presente. Todo eso lo dice el Papa de una forma bellísima y creo que

⁴³ BENEDICTO XVI, Homilía en la Vigilia Pascual. Basílica Vaticana. Sábado Santo 22 de marzo de 2008.

bastante comprensible, teniendo en cuenta de que hablamos de un misterio que está más allá de nuestra experiencia.

Bien, pues justamente la ruptura de esta limitación anterior a la resurrección es lo que va a inaugurar un tiempo nuevo, en el que no sólo se restablece la comunión anterior a la muerte, sino que alcanza un nuevo estado, más perfecto, un estado que supera el límite de la alteridad del que habla el papa y que permite que realmente san Pablo y con él cualquier cristiano, pueda decir: **«No soy yo, es Cristo quien vive en mí»** (Gal 2,20). Lo que en estas palabras no dice el Papa es que esa presencia nueva del Resucitado es la presencia por su Espíritu, por el Espíritu Santo. Esa nueva presencia por el Espíritu es la que le da a la fe una nueva eficacia en la comprensión de la verdad y en la comunión con Cristo.

Decía que las palabras anteriores de Benedicto XVI no identifican esta nueva forma de presencia, interior y más perfecta, con el Espíritu Santo, pero sí lo hace, aunque sea breve, en el fragmento siguiente, de otra homilía.

Este día, en el que por primera vez puedo tomar posesión de la cátedra del Obispo de Roma como Sucesor de Pedro, es el día en que en Italia la Iglesia celebra la fiesta de la Ascensión del Señor. En el centro de este día encontramos a Cristo. Solo gracias a él, gracias al misterio de su Ascensión, logramos también comprender el significado de la cátedra, que es, a su vez, el símbolo de la potestad y de la responsabilidad del obispo. ¿Qué nos quiere decir, entonces, la fiesta de la Ascensión del Señor? No quiere decirnos que el Señor se ha ido a un lugar alejado de los hombres y del mundo. La Ascensión de Cristo no es un viaje en el espacio hacia los astros más remotos; porque, en el fondo, también los astros están hechos de elementos físicos como la tierra. La Ascensión de Cristo significa que él ya no pertenece al mundo de la corrupción y de la muerte, que condiciona nuestra vida. Significa que él pertenece completamente a Dios. Él, el Hijo eterno, ha conducido nuestro ser humano a la presencia de Dios, ha llevado consigo la carne y la sangre en una forma transfigurada.

El hombre encuentra espacio en Dios; el ser humano ha sido introducido por Cristo en la vida misma de Dios. Y puesto que Dios abarca y sostiene todo el cosmos, la Ascensión del Señor significa que Cristo no se ha alejado de nosotros, sino que ahora, gracias a su estar con el Padre, está cerca de cada uno de nosotros, para siempre. Cada uno de nosotros puede tratarlo de tú; cada uno puede llamarlo. El Señor está siempre atento a nuestra voz. Nosotros podemos alejarnos de él interiormente. Podemos vivir dándole la espalda. Pero él nos espera siempre, y está siempre cerca de nosotros.

De las lecturas de la liturgia de hoy aprendemos también algo más sobre cómo el Señor realiza de forma concreta este estar cerca de nosotros. El Señor promete a los discípulos su Espíritu Santo.

La primera lectura, que acabamos de escuchar, nos dice que el Espíritu Santo será "fuerza" para los discípulos; el evangelio añade que nos guiará hasta la Verdad completa. Jesús dijo todo a sus discípulos, siendo él mismo la Palabra viva de Dios, y Dios no puede dar más de sí mismo.

En Jesús, Dios se nos ha dado totalmente a sí mismo, es decir, nos lo ha dado todo. Además de esto, o junto a esto, no puede haber ninguna otra revelación capaz de comunicar más o de completar, de algún modo, la revelación de Cristo. En él, en el Hijo, se nos ha dicho todo, se nos ha dado todo. Pero nuestra capacidad de comprender es limitada; por eso, la misión del Espíritu consiste en introducir a la Iglesia de modo siempre nuevo, de generación en generación, en la grandeza del misterio de Cristo.

El Espíritu no añade nada diverso o nada nuevo a Cristo; no existe -como dicen algunos- ninguna revelación pneumática junto a la de Cristo, ningún segundo nivel de Revelación. No: "recibiré de lo mío", dice Cristo en el evangelio (Jn 16, 14). Y del mismo modo que Cristo dice solo lo que oye y recibe del Padre, así el Espíritu Santo es interprete de Cristo. "Recibiré de lo mío". No nos conduce a otros lugares, lejanos de Cristo, sino que nos conduce cada vez más dentro de la luz de Cristo⁴⁴.

Hemos subrayado las frases que más nos importan para la comprensión de nuestro tema. Con esta presencia interior y con su magisterio, con ese magisterio sobre la persona y la obra de Cristo, el Espíritu da a la fe de los Apóstoles un conocimiento más verdadero y una comunión más íntima de Cristo y, con él, de la vida trinitaria. Cristo vive por su Espíritu en los que le dan fe y estos mismos viven también en Cristo. Aunque este «*vivir en*» es mutuo: de Cristo en el fiel, del fiel en Cristo. Y no es estático, sino que implica el mismo dinamismo que llevó a Cristo a superar todo límite. Guiados por el Espíritu de Cristo, también nosotros tenemos por delante el camino que nos lleva a la fe plena y al amor perfecto, para que la comunión, ya verdadera, llegue a ser también perfecta.

III. ACLARACIONES:

- 1º. Principios objetivo–externo y subjetivo–interno de la presencia de Cristo tras la resurrección: el Cuerpo de Cristo y la fe.
- 2º. El Espíritu Santo y los principios objetivo y subjetivo, externo e interno de la presencia de Cristo tras la resurrección: El Espíritu Santo y la formación de la Iglesia como cuerpo de Cristo. El Espíritu Santo y la Eucaristía

Antes de seguir adelante tenemos que hacer dos aclaraciones que nos ayuden a entender mejor el misterio de la comunión con Cristo en este tiempo posterior a la resurrección y ascensión a los cielos.

En primer lugar, la comunión que los Apóstoles tienen con Cristo depende de dos principios: uno objetivo, externo a ellos, la presencia física de Cristo entre ellos, sus palabras y sus obras, lo que ellos pueden ver oír y tocar; y otro interior,

⁴⁴ BENEDICTO XVI, *Misa de la toma de posesión de su Cátedra* (7 mayo 2005)

la fe, que les permite ir más allá de lo que ven y tocan y alcanzar «el corazón» de quien se revela. Ese doble principio, objetivo–exterior, subjetivo–interior, también permanecerá tras la resurrección. Veremos cómo.

Digamos que hasta la resurrección, la comunión de los apóstoles con Cristo estaba sostenida por dos realidades: primero por su presencia viva y reveladora ante ellos; segundo por la fe que, aunque aún no estaba acabada como tal fe apostólica, era verdadera y cierta, según hemos dicho hasta aquí.

Por tanto la comunión con Cristo tenía un doble principio: uno objetivo exterior, que era Cristo mismo, presente ante ellos, con sus milagros y sus palabras. Sin embargo este principio objetivo y exterior no es suficiente. Muchos hombres tenían a Cristo delante y no todos alcanzaron la comunión con él. Era necesario el segundo principio, la fe, que es un principio interior, no objetivo, sino subjetivo, perteneciente al sujeto.

Después de la resurrección los apóstoles, aún cuando Cristo ascendiese a los cielos, era también precisa la continuidad de esos dos principios, uno objetivo, externo, y otro subjetivo, interno al hombre. San Pablo nos habla de la presencia de Cristo Resucitado, bajo un principio externo y otro interior: relaciona la presencia de Cristo con «su cuerpo» y «con la fe». Para Pablo la fe vale tanto como decir «inhabitación de Cristo» (Ef 3,17), es decir que la fe asegura la presencia interior de Cristo. Pero la presencia de Cristo viene también por la realidad del «cuerpo de Cristo», que designa la comunidad creyente, la Iglesia. Ella representa en este mundo la presencia objetiva de Cristo, en su realidad humana y en sus sacramentos. En ella se congregan los hombres y por ella Cristo los hace partícipes de su acción salvífica. En decir, en los sacramentos Cristo sigue salvando. Por tanto, la presencia actual de Cristo tiene que ver con la fe y con la Iglesia, que han de estar relacionadas, que no son dos vías paralelas de comunión con Cristo, dos vías separadas la una de la otra. La presencia de Cristo tiene su realidad doble y única en la fe y en la Iglesia.

Es necesario afirmar esto antes de seguir adelante, porque nuestro estudio se centra en el hecho de la fe, pero no debemos perder de vista que esta fe está siempre en relación con una realidad objetiva: Cristo y su Cuerpo, con el acontecimiento histórico de Cristo nacido de María, con las Escrituras que dan testimonio de este hecho, con la Iglesia como realidad humana congregada por él y la que constituye como lugar de su presencia objetiva a lo largo de la historia, con la Eucaristía y los demás sacramentos.

La segunda aclaración que hay que hacer es la siguiente: el Espíritu Santo tiene que ver con el doble principio (objetivo-externo, subjetivo-interno) que fundamenta la nueva presencia de Cristo, su conocimiento y la comunión con él. Casi de forma instintiva pondríamos en relación al Espíritu Santo con la presencia interior que da la fe. Sin embargo hay que decir que el Espíritu Santo no sólo está en relación con la nueva presencia interior de Cristo, sino también con la presencia objetiva, en el cuerpo real de Cristo que es la Iglesia y en la Eucaristía.

A. Es el Espíritu Santo quien desciende sobre los Apóstoles y los reduce a unidad, haciendo de ellos el Cuerpo de Cristo. El espíritu de Cristo, no pude sino reducir a unidad a los diversos, no sólo desde la mera exterioridad, sino desde el corazón donde él habita:

«Todos nosotros que hemos recibido el mismo y único espíritu, a saber, el Espíritu Santo, nos hemos fundido entre nosotros y con Dios. Ya que por mucho que nosotros seamos numerosos separadamente y que Cristo haga que el Espíritu del Padre y suyo habite en cada uno de nosotros, este Espíritu único e indivisible lleva por sí mismo a la unidad a aquellos que son distintos entre sí [...] y hace que todos aparezcan como una sola cosa en él . Y de la misma manera que el poder de la santa humanidad de Cristo hace que todos aquellos en los que ella se encuentra formen un solo cuerpo, pienso que también de la misma manera el Espíritu de Dios que habita en todos, único e indivisible, los lleva a todos a la unidad espiritual»⁴⁵.

Es cierto que esta unidad objetiva del Cuerpo de Cristo, es una unidad que el Espíritu Santo obra desde el interior. Los Apóstoles habían sido convocados y unidos por Cristo, ahora, con la efusión del Espíritu Santo, esa unidad se perfecciona desde dentro, por decirlo de alguna forma.

San Ireneo une dos imágenes para expresar esta unión de la Iglesia, fruto del Espíritu de Cristo. Por un lado, el agua como símbolo e imagen del Espíritu Santo, tal como aparece repetidas ocasiones en el cuarto evangelista. Por otro lado la imagen del pan único formado de muchos granos diversos de trigo. Él une las dos imágenes y dice:

«Del mismo modo que el trigo seco no puede convertirse en una masa compacta y en un solo pan, si antes no es humedecido, así también nosotros, que somos muchos, no podemos convertirnos en una sola cosa, sin el agua (el Espíritu) que baja del cielo»⁴⁶.

B. La Eucaristía que configura a la Iglesia es un acontecimiento del Espíritu: él es invocado en la plegaria de la Iglesia para que transforme el pan y el vino en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo. Y es que la Encarnación misma es un acontecimiento del Espíritu de Dios («El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que nacerá Santo será llamado Hijo de Dios» Lc 1,35). Y las Escrituras que son memoria de este acontecimiento de la historia que no es posible superar como acontecimiento revelador y salvífico, son también inspiradas por el Espíritu Santo y sólo pueden ser acogidas y entendidas con el mismo Espíritu.

⁴⁵ SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA, *Commentarius in Iohannem*, 11, 11 (PG 74, 561). En CCE 738

⁴⁶ SAN IRENEO, *Adversus Haereses*, III, 17, 1-3 (SC 34, 302-306)

Así pues, podemos decir que tras la resurrección y la ascensión se da una nueva presencia de Cristo por el Espíritu. Una presencia que es tanto exterior como interior, objetiva y subjetiva.

Nosotros debemos seguir el recorrido de la fe de los Apóstoles, sin olvidar lo ya dicho: que esta fe, como lugar de conocimiento y de comunión no puede ser separada de la realidad objetiva externa dada en la historia ya pasada de la humanidad de Cristo ni de la realidad también objetiva externa de la continuidad de esa humanidad de Cristo en la Iglesia.

IV. El magisterio del Espíritu Santo en el corazón de los Apóstoles

La fe de los Apóstoles se ve ilustrada así por el magisterio interior del Espíritu Santo, un magisterio, un testimonio que les trae a Cristo superando los límites de la alteridad que habían experimentado hasta entonces.

Para comprender en qué consiste el magisterio del Espíritu Santo en el corazón de los Apóstoles y el perfeccionamiento de la fe, hay que tener en cuenta dos elementos fundamentales: los textos de san Juan y de san Lucas por un lado; la manifestación del propio Espíritu Santo en la vida de los Apóstoles y de la Iglesia naciente, que queda testimoniada sobre todo en los Hechos, pero también en las epístolas de san Pablo.

Examinemos los textos de san Lucas y de san Juan:

1. Lc 24,40-53 y Hch 1,4-5.8

Y dicho esto, les mostró las manos y los pies. Como no acababan de creer por la alegría y estaban llenos de admiración, les dijo: «¿Tenéis aquí algo que comer?»

Entonces ellos le ofrecieron un trozo de pez asado. Y lo tomó y se lo comió delante de ellos.

Y les dijo: «Esto es lo que os decía cuando aún estaba con vosotros: es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos acerca de mí».

Entonces les abrió el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras.

Y les dijo: «Así está escrito: que el Cristo tiene que padecer y resucitar de entre los muertos al tercer día, y que se predique en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las gentes, comenzando desde Jerusalén. Vosotros sois testigos de estas cosas.

Y sabed que yo os envío al que mi Padre ha prometido. Vosotros permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de la fuerza de lo alto».

Los sacó hasta cerca de Betania y levantando sus manos los bendijo. Y mientras los bendecía, se alejó de ellos y comenzó a elevarse al cielo. Y ellos le adoraron y regresaron a Jerusalén con gran alegría. Y estaban continuamente en el Templo bendiciendo a Dios. (Lc 24,40-53)

Cierto que en estas palabras san Lucas no habla explícitamente del Espíritu Santo, pero cuando dice que «les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras» está hablando del Espíritu Santo, el que inspira la Escritura como un todo y el mismo y único que capacita su comprensión. Como hemos dicho más arriba, si la Escritura es un acontecimiento del Espíritu, lo es también su comprensión.

Se alude también claramente al Espíritu Santo cuando se dice que les enviará «al que mi Padre ha prometido». Ese es el don del Espíritu Santo. El relato de san Lucas es, en realidad, una obra en dos volúmenes, el *Evangelio* y los *Hechos de los Apóstoles*. Así lo entiende el propio evangelista cuando al introducir el libro de los Hechos dice: **«El primer discurso** (algunos traducen “el primer libro”, “el primer volumen” o “el relato precedente”, el texto griego dice *πρῶτον λόγον*, esto es: la primera palabra) **lo escribí, Teófilo, sobre todo lo que Jesús comenzó a hacer y enseñar...»** (Hch 1,1-2). Pues bien, en los *Hechos de los Apóstoles*, poco después de las palabras citadas y refiriéndose al tiempo que media entre la resurrección y la ascensión, leemos que Jesús, **«Estando a la mesa con ellos, les mandó no ausentarse de Jerusalén, sino aguardar la Promesa del Padre “la que oísteis de mis labios”; porque Juan bautizó con agua, pero vosotros vais a ser bautizados con Espíritu Santo dentro de no muchos días»** (Hch 1,4-5) Y dos versos más adelante: **«recibiréis poder** (*δύναμις*, *dynamis*: poder, fuerza) **del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros para que seáis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y en Samaría, y hasta los confines de la tierra»** (Hch 1,8). Así pues, cuando en Lc 24 escuchamos en labios de Jesús hablar del que ha sido prometido por su Padre y del que él enviará, de la fuerza de lo alto, estamos escuchando hablar del Espíritu Santo.

Pero hay otro detalle que sin hablar del Espíritu Santo confirma lo que hemos venido diciendo sobre la nueva forma de presencia de Jesús después de la resurrección. Es un detalle que subraya Ratzinger en diversos lugares: ¿Cómo dice san Lucas que los Apóstoles, una vez que Jesús asciende al cielo y se separa de ellos vuelven a Jerusalén y están allí llenos de alegría? ¿Es posible que una vez que eres separado definitivamente de aquel en cuya persona has puesto la esperanza y el afecto, estés alegre?: No; a no ser este caso especial, en el que Jesús vence la muerte y al entrar en el seno de Dios —como hemos dicho— inaugura una nueva forma de presencia. Una presencia espiritual, pero tan real como la anterior y más eficaz, más íntima.

Se podría objetar que antes hemos identificado esta nueva presencia con el Espíritu Santo, dando por supuesto que el Espíritu Santo ha sido ya dado a los Apóstoles, que les da ya esta nueva presencia y una nueva inteligencia de las Escrituras. Esto parece estar en contradicción con que se prometa el futuro envío del Espíritu Santo, que se les mande esperarlo. ¿Lo han recibido ya o no los Apóstoles?

Las dos cosas: ya lo han recibido, pero aún deben recibirlo en mayor medida. Y la explicación es sencilla: el Espíritu Santo es una persona y no se le posee como el que posee un libro o un bolígrafo que se puede guardar. Uno lo

recibe una vez el bolígrafo o el libro y ya lo tiene entero a su disposición. Una persona, menos aún una persona divina, no es nunca poseída. Tampoco espiritualmente. El Espíritu Santo no es tampoco un objeto espiritual que una vez recibido, ya se posee: no es, por ejemplo, una definición o un concepto. No, el Espíritu Santo es una realidad personal y es Dios, por tanto infinito e inabarcable, aún cuando se da. Por lo tanto, puede haber una progresión en el don del Espíritu Santo y en su recepción, como ocurre de hecho en la vida cristiana ordinaria. Así cuando un niño es bautizado en la infancia recibe ya el Espíritu Santo. Eso no significa que no pueda recibir un incremento del mismo Espíritu y hasta su plenitud en la Confirmación, y que luego siga incrementando esa recepción en las sucesivas y reiteradas celebraciones de la Penitencia y de la Eucaristía.

El don que recibirán en Pentecostés tiene una relación muy directa con la fuerza (*δύναμις*, *dynamis*) anunciada en Hch 1,7 para el testimonio de Cristo, igual que en el Sacramento de la Confirmación. Y desde luego esta fuerza y este valor que nace en el corazón y se desborda es uno de los elementos que desde siempre se ha subrayado al contemplar el acontecimiento de Pentecostés (Hch 2,1-41)

Para esquematizar un poco lo que llevamos dicho de este pasaje de san Lucas:

- A. Cristo da los suyos con la resurrección el don del Espíritu Santo, lo cual se expresa en dos consecuencias de ese don: la inteligencia de las Escrituras y la alegría, alegría de una nueva presencia más íntima del mismo Cristo que asciende a los cielos. Este análisis está en sintonía con la narración de la primera aparición de Cristo resucitado a los Apóstoles que nos hace san Juan, cuando nos dice que Cristo resucitado, les dio su paz, exhaló sobre ellos su Espíritu y les dio poder para perdonar pecados (Cf. Jn 20,21-22).
- B. Al mismo tiempo este Espíritu ya dado se promete para un futuro muy próximo y se manda esperarlo. Este nuevo don viene designado como un bautismo del Espíritu Santo (Hch 1,5). De nuevo san Lucas y san Juan vuelven a mostrar íntimas conexiones, ya que san Juan relaciona el Espíritu Santo con el símbolo del agua y aquí se habla de bautismo, que rápidamente nos lleva a la idea del agua. Por otro lado, ser bautizado en el Espíritu Santo viene a significar si nos dejamos llevar por el significado literal del verbo «bautizar», ser sumergido en el Espíritu Santo. Esta forma de expresarse nos habla de un don sobreabundante, de una plenitud en el don. Por otro lado este don está en relación a una misión, al testimonio de Cristo y al poder y la fuerza que el testimonio requiere.

2. Jn 14,15-21. 23-26; 15,26; 16,13

2.1.

«Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; y yo rogaré al Padre y os dará otro Paráclito para que permanezca con vosotros siempre: el Espíritu de la verdad, al que el mundo no puede recibir porque no le ve ni le conoce; vosotros le conocéis porque permanece a vuestro lado y está en vosotros. No os dejaré huérfanos, yo volveré a vosotros. Todavía un poco más y el mundo ya no me verá, pero vosotros me veréis porque yo vivo y también vosotros viviréis. Ese día conoceréis que yo estoy en el Padre, y vosotros en mí y yo en vosotros. El que acepta mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama. Y el que me ama será amado por mi Padre, y yo le amaré y yo mismo me manifestaré a él».(Jn 14,15–21)

Después de todo lo dicho no será necesario un comentario pormenorizado del texto. Sólo señalar algunas cosas:

- Volvemos a ver la misma dinámica del don ya recibido (**«permanece a vuestro lado y está en vosotros»**), pero prometido para el futuro (**«Yo rogaré al Padre y os dará otro Paráclito para que permanezca con vosotros para siempre»**). Lo cual indica un dinamismo de crecimiento en el don del Espíritu Santo.
- Aunque se habla del Espíritu Santo como de «otro», una persona distinta de la Trinidad, hay una relación tan estrecha que la presencia del Espíritu Santo, implica la presencia del mismo Cristo, más aún, la introducción del hombre en la persona misma de Cristo y así en la Trinidad: **«No os dejaré huérfanos, volveré a vosotros... vosotros me veréis... Ese día conoceréis que yo estoy en el Padre, y vosotros en mí y yo en vosotros... yo mismo me manifestaré a él»**. La promesa de que Cristo mismo volverá a los suyos aparecerá también en el v 28: **«Habéis escuchado que os he dicho: “Me voy y vuelvo a vosotros”»**.
- La respuesta de amor de los apóstoles a Cristo, al Hijo de Dios hecho hombre, es el principio de esta relación creciente con el Dios Trino: **«Si me amáis»**, dice al inicio de estas palabras. La misma idea aparece otra vez al final de la cita.

2.2.

«Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amaré, y vendremos a él y haremos morada en él. El que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que escucháis no es mía sino del Padre que me ha enviado. Os he hablado de todo esto estando con vosotros; pero el Paráclito, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, Él os enseñará todo y os recordará todas las cosas que os he dicho» (Jn 14,23–26)

- Aquí está el texto clave para afirmar la in-habitación de la Trinidad en los fieles: **«vendremos a él y haremos morada en él»**. Esta

presencia de la Trinidad en el corazón de los fieles (los que dan fe), la trae el Espíritu Santo, igual que la presencia de Dios en la creación la pone el Hijo hecho hombre. Pero el orden es la acogida del Verbo hecho carne por la fe y el amor, luego la recepción del Espíritu Santo y con él el don de la inhabitación.

- Las palabras de Jesús «Él os lo enseñará todo» hacen referencia a un progreso en el conocimiento de la fe. Pero este conocimiento no es un progreso que deje atrás lo ya dado en Cristo, sino su verdadera y espiritual comprensión y profundización. Por eso añade: «Os recordará todas las cosas que os he dicho». La memoria significa esta referencia constante al que es la Palabra definitiva, en la que Dios lo ha dicho todo.

2.3.

«Cuando venga el Paráclito que yo os enviaré de parte del Padre, el Espíritu de la verdad que procede del Padre, Él dará testimonio de mí. También vosotros daréis testimonio, porque desde el principio estáis conmigo» (Jn 15,26–27)

- Además de los contenidos propiamente dogmáticos sobre la persona del Espíritu Santo, en los que ahora no podemos entrar, subrayamos en primer lugar la misión propia del Espíritu Santo cuando haya sido enviado: «él dará testimonio de mí». El presupuesto de este obrar del Espíritu Santo en los Apóstoles es el haber acogido ya al Hijo hecho carne («porque desde el principio estáis conmigo»). Y este dar testimonio es una acción en el interior del alma, como es propio del Espíritu. Dar testimonio de Cristo, es decir traer al alma su recuerdo, su verdad, su presencia.
- El testimonio interno del Espíritu Santo y la comunión que lleva a plenitud entre el hombre y Dios, es el principio del testimonio del cristiano: «También vosotros daréis testimonio». Pero con eso se indica la naturaleza de dicho testimonio, como un dar de lo propio y un ofrecer al otro la comunión en la propia vida espiritual, que no es vida al margen ni paralela a la ordinaria, sino la misma vida humana en verdadera comunión con Dios. El testigo puede dar testimonio porque está en comunión. Al hacerlo no ofrece algo distinto de sí mismo, aunque se ofrezca a Dios y no el yo aislado.

2.4.

«Todavía tengo que deciros muchas cosas, pero no podéis sobrellevarlas ahora. Cuando venga Aquél, el Espíritu de la verdad, os guiará hacia toda la verdad, pues no hablará por sí mismo, sino que dirá todo lo que oiga y os anunciará lo que va a venir. Él me glorificará porque recibirá de lo mío y os lo anunciará. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso dije: «Recibe de lo mío y os lo anunciará. Dentro de un poco ya no me veréis, y dentro de otro poco me volveréis a ver» (Jn 16,12–16)

- Volvemos sobre ideas ya expuestas: el progreso en el conocimiento de la fe que implica el don del Espíritu Santo, pero no como un dejar atrás a Cristo, sino como un desarrollo de la comunión con él.
- Y de nuevo también la asociación del don del Espíritu con una nueva forma de presencia del Señor Jesús «Dentro de un poco ya no me veréis, y dentro de otro poco me volveréis a ver».

CONCLUSIÓN:

¿En qué consiste, por tanto, lo que hemos dado en llamar al principio de este capítulo «magisterio del Espíritu Santo en el corazón de los Apóstoles»? Fundamentalmente en una nueva presencia de Cristo, una comunión más plena, la inhabitación de Dios en su corazón y, al tiempo el inicio, por parte de los Apóstoles, de una vida en el interior mismo de la Trinidad.

Esta inter-comunión —valga la redundancia de la expresión— entre el fiel y la Trinidad se inicia con la acogida de Cristo, el Verbo encarnado. La obra propia del Espíritu no se da al margen de Cristo ni en su lugar o sin él.

Y esta inter-comunión implica también un nuevo y más profundo conocimiento de la fe, parejo, en perfección, a la comunión que lo permite.

El don del Espíritu Santo a los Apóstoles es el término de la revelación. Revelación que es «cristiana», en el sentido de que el centro siempre presente de toda la revelación es Cristo.

Pero, ¡muy importante!: Si el don del Espíritu Santo indica el término de la revelación, es también el inicio de la verdadera vida en Cristo, o lo que es lo mismo, de la vida de filiación —«**Envío Dios a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama “¡Abba, Padre!”**» Gal 4,6; Cf. Rm 8,15—. El don del Espíritu Santo, con la nueva comunión y el nuevo conocimiento que otorga, es el principio de una vida que ya no acaba. Los Apóstoles han sido introducidos con él en el océano infinito del ser y de la vida de Dios. A partir de aquí el progreso en esa vida no tiene fin, porque Dios no es algo así como un paisaje limitado por el horizonte que se puede contener con la mirada. Dios es un océano infinito. Aquí el haber llegado al término, no indica un fin, sino un nuevo comienzo.

Es así como la fe de los apóstoles es perfeccionada por el don del Espíritu Santo, llevada a un nuevo conocimiento y a una nueva comunión.

Y según el dinamismo que ya hemos aprendido de las palabras de san Juan, «**Él dará testimonio de mí. También vosotros daréis testimonio**» (Jn 15,27), la transmisión de esta fe consistirá en hacer a los hombres partícipes de esta nueva vida. Lo veremos con más claridad en el comienzo de la Primera Carta de san Juan, que marca el final de la biografía de la fe apostólica, que hemos dibujado, y

el inicio de la segunda parte de nuestra asignatura: cómo esta fe apostólica es el principio y el fin de la catequesis:

Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han palpado nuestras manos a propósito del Verbo de la vida —pues la vida se ha manifestado: nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la vida eterna, que estaba junto al Padre y que se nos ha manifestado—, lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto para que nuestra alegría sea completa.

(1 Jn 1,1-4)